

**¿CÓMO PAGAMOS
LAS FALTAS
DE NUESTROS
ANTEPASADOS?**

**El inconsciente
transgeneracional**

Prefacio de Anne Ancelin Schützenberger

De
Nina Canault
Desclée de Brouwer.

A mis hijas

Judith y Eva

Y a sus padres.

A mi sobrina y a mi sobrino

Laura y Daniel

Y a su padre.

Tabla de Contenidos

Prefacio.....	
Introducción.....	
1. Encuentro con un psicoanalista poco corriente.	
2. El fantasma y sus manifestaciones.....	
3. La psicogenealogía.....	
4. El síndrome de aniversario.	
5. El niño y su secreto.....	
6. Femenino – maternal.	
7. Las faltas de los padres.....	
Conclusión.	

Prefacio

Es un placer presentar el libro de Nina Canault – es un placer leer, sencillamente descritas y explicadas, nociones complejas de psicología, sociología, física cuántica, nexos y nudos medico – familiares, algunas casi nacidas de encuentros e intercambios en mi casa, en París, hace unos treinta años como por la suerte de un azar feliz. Este azar feliz que bautizó el psicólogo Cannon con el término serendipidad alrededor de los años 1930, volviendo a coger el nombre y la historia de los príncipes de Serendip contada por Voltaire y por Walpole¹. La obra de Nina Canault es la búsqueda inteligente de una periodista científica que buscó y recopiló, en su cabeza y por escrito, trabajos diseminados de gente diversa – muy diversa- cuyas trayectorias nunca se cruzan – universitarios y autodidactas, científicos, literarios, artistas que, de modo muy diferente, tocan al misterio de la transmisión involuntaria e inconsciente de cualidades, modos de uso, maneras de ser (buena, violenta, incluso padecida o haciendo padecer), etc. Frecuentemente son el resultado de lutos no hechos o traumatismos no hablados y no digeridos.

Lo que no pudo ponerse en lágrimas y en palabras se expresa luego por males, debido a la carencia de palabras para decirlo.

Se observa esto frecuentemente en varias generaciones. “Los padres comieron uvas verdes y los hijos padecieron por ello durante tres o cuatro generaciones”, escribe ya la Biblia.

Y el milagro terapéutico es ver que, encontrando o volviendo a encontrar la posibilidad de hablar de ello, los males se vuelven otra vez frecuentemente lágrimas y palabras, y la enfermedad o la serie negra se para por fin. Pero es necesario hallar alguien con quien hablar de ello, alguien que comprenda por fin, ayude a parir este peso, sin juzgar, y permita la liberación (catarsis) y la cicatrización.

Pero, para entender, la práctica clínica no basta – ni el saber terapéutico – psiquiátrico - analítico – clásico.

Algunos de entre nosotros han abierto vías, propuesto claves y pistas, y Nina Canault las vuelve a poner en fajos, y permite a un público más amplio de comprenderlas y usarlas. Su libro es pues a la vez apasionante, útil y fácil de leer, para dejar de pagar los errores, faltas, traumatismos de nuestros antepasados.

Pero si estoy interesada por esta búsqueda e investigación, sin embargo no estoy del todo convencida por todas las pistas que explora el autor alrededor y en torno al término trastero de “psicogenealogía”, usado de modo independiente por psicoanalistas y no – analistas desde hace unos veinte años en sentidos y contextos diferentes, universitarios y autodidactas con bases y prácticas clínicas diferentes, incluso opuestas.

¹ Voltaire, *Cuentos persas*. Walpole, *Los tres Príncipes de Serendip*, 1778. Cannon, “Serendipite and Medial Discoveries”, 1936, citado por A. Ancelin Shützenberger, “La serendipité” en *Homenaje al Decano Weiss*,. Anales de la facultad de letras de la universidad de Niza, 1997, y nota en Ay, mis abuelos!, Descelée de Brouwer, 1998.

Nosotros tratamos lo “transgeneracional”, el “genosociograma”, la psicogenealogía clínica y la psicoterapia transgeneracional clínica – a partir de la práctica clínica analítica (y *sin* ninguna referencia al esoterismo, transmisión de pensamiento, tarots, astrología que usan algunos autodidactas – y que, para mí, pertenecen a las *artes y no a las ciencias*).

Esta gente (que no son analistas y no comprenden ni el inconsciente ni la transferencia – que usan a veces inconscientemente) mantiene frecuentemente a la gente en la dependencia y les impiden hacer a tiempo la auténtica psicoterapia que necesitarían – y tomar su verdadera independencia de adultos responsables de su vida, su porvenir, su salud.

Trabajamos a partir de bases científicas y analíticas clásicas, con los pies en el suelo y “al nivel de las margaritas del campo” de los libros y crónicas de historia, papeles de familia, actas de nacimiento, defunción, bautizos, casamientos, archivos civiles, médicos, militares, notariales y funerarios – es decir auténticos hechos.

Los rumores, recuerdos, sueños, asociaciones de pensamientos, pesadillas y otros males, en suma lo vivido afectivo, clínico, psicosomático, son como una expresión, un grito, una llamada de socorro, un traumatismo que aflora a veces desde lejos. Representan hipótesis que conviene oír y escuchar en el respeto de la persona que padece, pero que quedan por comprobar.

Ahora, volvamos un poco al porqué y al cómo de estos traumatismos. Un traumatismo mental es un suceso demasiado duro para la mente y el corazón, demasiado horroroso, inhumano, monstruoso, que nuestras estructuras mentales individuales y colectivas, no consiguen digerir, como un bombardeo arrasando una ciudad (Rouen o le Havre), como los gases usados en Ypres (abril 1915) o en Verdun, como los campos de concentración (el holocausto), como la guillotina durante el Terror (1793) o la expulsión brutal de los Judíos o Moros de España (1492), como la carnicería de la batalla de Sedan (1° de setiembre de 1873) o la bomba de Hiroshima.

La derrota de los Serbios en el Kosovo, hace seiscientos años, después de la batalla del 28 de junio de 1389, hizo perder al recién constituido estado Serbio su independencia (en particular después de la caída de Constantinople) – derrota hecha casi luto nacional y cantada en diversas cantares de gesta desde centenares de años.

El traumatismo ancestral del pueblo serbio está reactivado el 28 de junio de 1914 con ocasión de la visita del archiduque Francisco – Fernando de Austria – Hungría., visita sentida como una provocación, el día aniversario de la pérdida del Kosovo por los serbios. Estará asesinado lo cual desencadenará la guerra de 1914- 1918 y sus millones de muertes.

Se repite la historia (como por un telescopiado del tiempo) el 28 de junio de 1989 con la conmemoración, por Milosevic, de la derrota del Kosovo de 1389 y al regreso de los restos de San Lazaro (príncipe serbio Lázaro) asesinado el 28 de junio de 1389 por los musulmanes – otomanes.

Esto será el disparador de la masacre (genocidio) de los musulmanes de Albania y del Kosovo. Una revancha, seiscientos años después de un traumatismo nacional cuyo luto nunca se había hecho.

Otras circunstancias pueden no ser digeribles y así resonar durante mucho tiempo: una explosión de grisú para un minero, su familia, su equipo, o el golpe de un iceberg contra un barco (el *Titanic*) para sus ocupantes y sus familiares, o un incesto, una violación, el abuso de un niño.

También puede ser un trueno en un cielo de niño tal como la muerte del abuelo o del gato o del perro, o la degollación de un cordero – o la marcha del padre (divorcio o encarcelamiento).

Uno está paralizado por el espanto – faltan las palabras para decirlo o el miedo y la vergüenza de haber sido implicado (de un lado u otro, sea uno víctima o verdugo) y el suceso está enterrado en un silencio – un no- dicho o un secreto.

Y este acontecimiento, enterrado como en una cripta, se transmite desde el inconsciente de los padres al inconsciente de los hijos, por lo que Nicolás Abraham y María Török llamaron, en 1975 – 1978, un efecto ventrílocuo o un fantasma. Esta transmisión se hace por un fenómeno complejo que diversos investigadores pluridisciplinarios intentan elucidar – y que para mí, se resumiría en términos de co- consciente y de co – inconsciente familiar y de grupo – ampliando los conceptos de Freud, Jung, Moreno, Dolto, y de unidad dual madre – hijo.

Aunque la teoría de la transmisión entre generaciones (intergeneracional consciente y transgeneracional inconsciente) no está aún totalmente elucidada, numerosos clínicos y terapeutas la constatan y la cuidan. Intervienen en campos tan diversos como la psiquiatría y psicoterapia de adultos y niños, el final de pesadillas y algunas asmas

incluso diarreas gravísimas (enfermedad de Crohne) o estreñimientos graves (cirujanos evidenciaron las relaciones entre abusos sexuales y el estreñimiento). Existen muchas otras formas de lealtad invisible familiar bajo forma de enfermedad, accidente, episodio psicótico u otros, modos de marcar una fragilidad de aniversario, lutos no hechos o traumatismos no digeridos, no verbalizados, no metabolizados.

Sin gritar, como el barbero del rey Midas, los secretos de los demás, hay que constatar que el secreto o el no – dicho es devastador y que el no decir las cosas (“es por tu bien”) tiene un efecto boomerang y se transforma en un mal que daña precisamente a los a quienes queremos proteger. “Yo es otro” decía Rimbaud. Pero el efecto devastador de los lutos no hechos y traumatismos no digeridos no termina con la salud y las familias.

Frecuentemente estamos mecidos por cuentos o cantos que relatan los traumatismos pasados y las esperanzas de una reparación o una revancha (“Nos devolverán Alsacia y Lorena...” grita la canción, pero podría tratarse de Jerusalem, la Gran Serbia o el Gran Islam...). Todo esto conduce a lutos sin fin, “traumatismos elegidos” según el término de Vamic Volkan, erigidos en cultos nacionales, vendettas familiares, nacionales y culturales,

baños de sangre que nuestro siglo racionalista no consigue parar. Y es precisamente por falta de haber sabido, recordado y comprendido, la historia – la psichistoria – la historia personal, familiar, sociocultural, económica, en su contexto.

Pero esto es otra historia...

Y dejo que el lector goce con el descubrimiento, Anne Ancelin Schützenberger,

París – Niza – Montreal, 25 de setiembre de 1998.

Introducción

Cuando Isaac Bashevis Singer recibió en 1978 el premio Nobel de literatura, dio a la audiencia llegada numerosa para escucharle, el motivo por el cual escribía en una lengua que iba desapareciendo, el yiddish. “Me gusta escribir historias de fantasmas, declaró. Nada conviene mejor a una historia de fantasmas que un idioma moribundo. Cuanto más muerto es un idioma, más vivo es el fantasma. Los fantasmas adoran el yiddish, todos lo hablan. Después, yo creo en la Resurrección. Estoy seguro que vendrá el Mesías y que entonces, miles de cadáveres hablando yiddish saldrán de su tumba y preguntarán inmediatamente: “¿Hay nuevos libros en yiddish?”” Isaac Bashevis Singer sólo puede hacer vivir personajes humanos, seres de carne y sangre rodeándolos de seres inmateriales que responden a veces a las dulces denominaciones de “serafín”, “ángel”, “querubín”, a veces a las denominaciones más inquietantes, de “demonio”, “dibbuk” o de “fantasma”. En cuanto a mí, igual como Singer, creo en los espectros. Creo que nos invaden con apariciones fugitivas y que de hecho, su presencia es a tal punto familiar que vivimos con ellos sin darnos cuenta de ello...

¿De dónde proceden estos espectros, quiénes son?

Son los espíritus de los muertos, los espíritus de todos los que la vida sacrificó para sus propios fines: soldados, héroes, patriotas, muertos en combate, que aparecen en la Historia de los pueblos, mujeres muertas en el parto, que se agotaron dando la vida, los que, en cada familia, se marcharon prematuramente, llevados por la enfermedad, los que, por fin, obraron para la cultura, los de quienes heredamos.

Estos espectros no forzosamente son amenazadores. No nos hablan solamente de la absurdidad de la muerte. También están aquí para ayudarnos a vivir. ¿No es desde luego por esto que son presentes, al mismo título que los ángeles, los demonios, y los dioses, en todas las culturas?

Los fantasmas son también todos los que nos hicieron: cuando me oigo sermonear a mi hija reconozco el timbre de voz de mi propia madre en los sermones que me dirigía. O cuando me pongo a escribir y veo surgir inmediatamente la cara atareada de mi padre escribiendo algún recordatorio en su agenda, con su bella escritura, amplia y graciosa.

Pero mi padre y mi madre no están solos adentro mío. En el momento en que desconecto de este mundo, cuando la ensoñación vence la acción, tan pronto como estoy cara a cara conmigo misma, entonces emerge, primero tímida luego agitada, la gran muchedumbre venida del interior... Llegan todos los con quienes me identifiqué, de quienes tomé prestada una entonación, una sonrisa, un aire de familia. Todos estos personajes con quienes deseaba parecerme en mi infancia: Aladín, Robín de los Bosques, Tintín, Nils Olgerson viajando en su oca silvestre, o Gerda, la niña valiente que se fue en busca de Kay, su amigo de infancia, preso de la reina de las Nieves.

Los espectros son los que siguen, lo queramos o no, expresándose en nosotros, porque lo que llamamos el “espíritu”, el “alma”, o la “inteligencia”, este lugar de donde brota

2 Frank Eskénazi, “el yiddish pierde su pluma”, *Libération*, viernes 26 de julio de 1991.

nuestra propia creatividad, no es otra cosa que la continuación del espíritu, de la inteligencia y de la creatividad de las generaciones anteriores y, más estrechamente, de los que nos moldearon: nuestros padres y antepasados.

Salidos de la infancia, debemos encargarnos de nuestra evolución, asumirla activamente. En cuanto a esta vida que nos fue dada, debemos devolverla a nuestros hijos. Tanto si somos hombre o si somos mujer, consideramos nuestro deber transmitir a nuestros descendientes nuestra cultura, nuestros valores, nuestra ética, nuestro modo de empleo, y por lo tanto, en resumen, nuestra propia eficacia mental.

Mi oficio de periodista científica ya me había familiarizado con extraños encuentros. Me había enseñado que la búsqueda era una aventura y que los buscadores eran los trotamundos de la mente. La mente se burla de los recortes rígidos establecidos por los ministerios, las universidades, los institutos de investigación, que encierran a los investigadores en disciplinas y marcos cuyos datos están balizados de antemano.

1. Encuentro con un psicoanalista poco corriente.

Cuando encontré a Didier Dumas, bien lejos estaba de imaginarme que los fantasmas puedan ser el objeto de una investigación rigurosa.

Descubrí con asombro que ocupaban, en la vida diaria de su trabajo clínico, un lugar tan tangible como los parásitos para los virólogos. Y, por cierto, si el psicoanalista está a su acecho mientras escucha, es porque juegan un papel tan importante como los microbios en la eclosión de las enfermedades.

Encontré por casualidad en la biblioteca de mi barrio *El Ángel y el fantasma*³. Este libro atestigua el trabajo realizado durante diez años en un hospital de día con niños psicóticos, para descifrar, en la historia de los linajes de los padres, el origen de los traumatismos que siguen asediándoles. Salpicado de relatos clínicos tan hermosos como espantosos, este libro demuestra como los fantasmas secretan sus efectos ocultos, a veces hasta la cuarta generación.

Ya en nuestro primer encuentro, Didier Dumas me confió: “El trabajo con los niños psicóticos desbordaba todos los instrumentos teóricos que eran entonces los míos.” Había tomado cita con él para entrevistarle sobre el papel de la genealogía en un análisis. Mi objetivo de entonces era realizar un documento sobre la investigación en psicoanálisis para la página Ciencias del periódico *Libération*; y estaba muy curiosa porque había seguido, yo misma, una cura de trece años, a razón de tres sesiones por semana, y opinaba que la psicoanálisis con la cual la había hecho, era “moderna” ya que se había formado en la escuela y el pensamiento lacanianos. Por cierto, estaba muy satisfecha con los resultados de este largo trabajo que me había permitido sentirme mejor en mi piel, y entrar en un diálogo duradero con lo que pensaba ser las componentes más inconscientes de mi ser.

Es decir que durante este primer encuentro, en el mes de marzo de 1991, no estaba yo totalmente receptiva a lo que me iba él a revelar. El concepto que tenía yo de la psicoanálisis era el de mi cura. Y para comprender lo que me exponía, iba yo a tener que reconocer los límites del trabajo que había realizado. Sin poder aún darme perfecta cuenta, al escuchar cómo se refería a su trabajo con niños psicóticos y su familia, estaba descubriendo algo que mi propio psicoanálisis parecía haber ignorado totalmente.

El privilegio que se otorgaba de apoyarse en la teoría freudiana a veces y luego liberarse de ella a su antojo, me desconcertaba. El modo en que hablaba de su propia cura también. La había empezado en la edad de once años y había tenido desde entonces, nada menos que cinco analistas diferentes. Por lo tanto, de hecho, había sentido largamente la eficacia de la teoría freudiana, así como sus límites, tanto en su propia cura como en su clínica. Todo esto a causa de su historia que me fue contada mucho más tarde y que parecía salir de un relato de Kafka. Un padre probablemente demasiado joven que no podía desear a un hijo, una madre que toma por segundo esposo a un antiguo deportado, con esto todo está dicho o casi dicho. El hombre está fascinado por el niño de

3 Didier Dumas, *El Ángel y el Fantasma. Introducción a la clínica de lo impensado genealógico*, prefacio de Françoise Dolto, Editions de Minuit, 1985.

cuatro años que vive a su lado. Se adueña de él. Le cambia el nombre y lo instala como testigo y confidente de su desesperación. El niño se halla confrontado con un enigma que a la propia Esfinge le hubiese encantado. ¿Cómo cuidar de un padre obsesionado por lo que vivió en los campos? La respuesta a esta enigma, Dider Dumas tuvo que aplazarla mucho tiempo, por carencia de instrumentos de pensamiento. Si bien su cura empieza a los once años, en esta época ningún “psi” es capaz de asumir los problemas que, con este padre loco, aporta. “Vivir su construcción edipiana con un deportado, amándolo y siendo su único apoyo frente a un traumatismo sin nombre, me había confiado, es correr el riesgo de ser como él, obsesionado por el fantasma de los campos. ¡Sólo Françoise Dolto hubiese podido ayudar a un chico como yo! Pero, sólo comprendí esto mucho más tarde, algún tiempo antes de su muerte, cuando nos hicimos amigos.” En esa época por lo tanto, nadie sabe lo que es la obsesión. Sin embargo, se obstina, persiste pasando de un analista a otro. Acabará escribiendo su propia teoría con la cual curarse⁴. De aquí también su interés por las almas más desnudas: los niños psicóticos.

Los psicoanalistas, de un modo general, suelen temer la clientela frente a la cual se sienten con pocos instrumentos. Y si Didier Dumas me parecía diferir de sus colegas, era a causa especialmente de su trabajo con estos niños. En eco a la suya, esta experiencia con los niños psicóticos le había llevado a los confines del ser humano: estos niños generalmente considerados como débiles también tienen frecuentemente, dones comparables a los de los grandes místicos. Son videntes, telépatas, comprenden el lenguaje de los animales o son capaces de auto – anesthesiarse. Tal es en resumen lo que le permitía considerar la teoría analítica clásica, tanto como una reliquia polvorienta, tanto como la tierra base de sus propias investigaciones. Cuando hablaba de psicosis, era, para mí, la persona más desconcertante.

Por ejemplo, me decía que con Alicia, una joven adolescente psicótica de catorce años, había “visto el diablo”. Pensaba que se trataba de una simple metáfora. ¡Pero no lo era en absoluto! Internada desde su más temprana edad, esta muchacha vivía sus reglas como una enfermedad monstruosa. Cuando las tenía, arrancaba sus vestidos y se ponía, durante la sesión, a masturbarse fieramente y su cuerpo, los mocos y la sangre se volvían todo dolor. Él - mismo no sabía qué hacer. Alicia sólo poseía algunas palabras de lenguaje. No entendía nada a lo que ella intentaba así expresar. Hasta el día en que, cayendo al suelo, le dijo: “¡Es rojo, Señor Dumas, cúrame!” El diablo que padecía Alicia se resumía a una negación total de la feminidad, transmitida por su abuela a su madre y fechando así, para ella a tres generaciones.

Reflexionando sobre este caso, en efecto Alicia le había enseñado el diablo. ¿Qué es, pues, el diablo en nuestra cultura en la cual el patriarcado se estableció sobre la servidumbre de la mujer, por no decir el nombre dado al miedo ancestral que provoca lo femenino? Y mediante la expresividad de su cuerpo doloroso, esto es lo que Alicia intentaba simbolizar para el “Señor Dumas”. Es así cómo se iba curando.

No hay que olvidar que los niños psicóticos hablan escasamente o incluso, sólo disponen de un lenguaje rudimentario como en el caso de Alicia. Lo cual no les impide, cuando

4 Didier Dumas, *Obsesión y clínica del Otro*, Ed. Aubier, 1989.

vienen a ver a un analista, querer seguir su cura y expresar su sufrimiento con “los medios de a bordo”.

“Entonces vi que era como una niña de dieciocho meses que tuviera sus reglas”, añadió con emoción.

Esos diez años de trabajo en un hospital para niños constituían, aparentemente, una experiencia que le había proyectado, sin contemplaciones, fuera de los puntos de referencias sensoriales y conceptuales que poseemos normalmente para orientarnos en la experiencia ordinaria de la vida de cada día. Y al escucharle, me decía yo que debía existir una distancia segura entre lo que había escrito al respecto – un testimonio hecho para ser oído de todos – y la experiencia “extra – ordinaria” que le habían hecho vivir estos niños, y que había sido decisiva en el giro tomado por su vocación de psicoanalista.

¿Por qué le daba a Alicia esta edad mental de dieciocho meses?

Porque a esta edad, el niño aún es un bebé, empieza justo a hablar y el modo de expresión a disposición del bebé es el del cuerpo...

“Estos niños fueron para mí grandes profesores” me reiteró varias veces. Con ellos, ya no podía eludir el hecho que no tenía ningún instrumento teórico para ayudarles. Les debo el haber comprendido que la primera base de nuestro psiquismo es una “piel” hecha de sensaciones, ya que frecuentemente es la única que poseen y de la cual pueden usar para comunicar con un analista. Son ellos los que me llevaron a estudiar, en la acupuntura y el taoísmo cómo la sensación está ahí pensada y teorizada.

Todos padecían traumatismos ancestrales, lo que se llama en nuestra cultura la obsesión y afuera, en la mayoría de culturas llamadas tradicionales, “la enfermedad de los ancestros”. Están pues en el origen de mi interés por el estudio de lo que dichas culturas decían de la “enfermedad de los ancestros”, estas comarcas sin palabras del psiquismo humano donde viven los fantasmas familiares.

Los niños psicóticos parecen tener por misión el reparar incansablemente el pasado genealógico de su familia. Son incomparables exploradores del inconsciente transgeneracional”. Así es como consideraba, por ejemplo, a Juan Miguel, un adolescente de diecinueve años, autista de nacimiento. Juan Miguel era silencioso como una tumba y se obstinaba en nunca mirar a alguien en los ojos. Todos los niños que se desarrollan normalmente tienen una mirada profunda, una mirada que habla. ¡Cuál es la madre que no se deleitó con hundir su mirada en este intenso océano de inocencia! Con su hijo mayor Juan Miguel, la Sra. Lebois nunca había conocido esta alegría. En cuanto a su analista, se preguntaba cómo comprender algo a un niño que no decía palabra, se desplazaba como un pez, pintaba totalmente de negro todas las hojas blancas que se le daban, a modo de dibujo. “Con su madre, una “santa mujer”, precisa Didier Dumas, al cabo de cinco minutos de conversación, me invadían irresistiblemente ganas de dormir. Varias veces me ocurrió dormirme, después de haberla recibido. Me dormía y tenía muchos sueños, despertándome en el momento de la próxima cita. Para comprender lo que aquí ocurría, tardé muchos años. Era como si una instancia inconsciente en mí me obligara

sistemáticamente a transformar en sueños lo que me contaba esta mujer. Lo más extraño de todo fue que este fenómeno al cual estaba confrontado prefiguraba lo que me iba a permitir comprender la historia genealógica de Juan Miguel, ya que ésta me había sido dada por un sueño que su hermano vino a contarme.”

Asaltado por todo tipo de fenómenos mentales que comprende mal, no suelta. Intenta comprender los sueños que le provoca en él esta mujer, lo cual le obliga a hacerse preguntas sobre la telepatía. “Mientras no está asumido un traumatismo, sigue vivo. Un traumatismo mental es un acontecimiento que nuestras estructuras psíquicas no consiguen digerir. Un acontecimiento monstruoso, aterrador. Algo cuyas palabras no pueden dar cuenta. No se puede hablar, es el miedo, el espanto o la vergüenza! Y cuando la vergüenza de haber sido implicado en él prohíbe hablar de él, entonces uno encierra este acontecimiento traumático en una explicación falsa y este acontecimiento enterrado en una mentira se transmite desde el inconsciente de los padres al de los hijos, y engendra lo que la psicoanálisis contemporánea llama “un fantasma”.

Después de esto, me cuenta la historia del doble suicidio de los dos bisabuelos maternos de Juan Miguel que se colgaron ambos en la época de la guerra de 1914 y, al verme asombrada frente a una saga familiar digna de un cuento fantástico de Lovecraft o Ewers, se explica: “Lo que mantiene vivo un traumatismo y hace de él un fantasma transmisible a sus descendientes es el hecho de haberlo interpretado equivocadamente. Una historia transmitida con una explicación falsa provoca devastación en el inconsciente de los linajes.”

Un día, pues, Lucas, el hermano joven de Juan Miguel, viene y le cuenta un sueño que tuvo durante la noche en el cual oyó dos brujas que le hablaban del tiempo y de la muerte. El sueño de Lucas le lleva a interesarse por las dos bisabuelas maternas en las cuales ve a “ambas brujas” del sueño. Es así cómo descubrió el traumatismo al origen del autismo de Juan – Miguel. Para esto, hay que remontar cuatro generaciones en su linaje materno. Ambos bisabuelos de Juan Miguel llevaban el mismo patronimo sin ningún nexo de parentesco. Alrededor de la guerra de 1914, ambos hombres se suicidan colgándose. Mme. Lebois, madre de Juan Miguel, a quien hace muchas preguntas, no ve ninguna causa diferente de la que se dio en su familia: “fue a causa de la “miseria proletaria”. “Como si los soldados hubiesen sido librados de la miseria y del hambre en las trincheras!” le objeta el analista de su hijo. La verdadera explicación es muy diferente, pero también, terriblemente perturbadora para la Sra. Lebois quien siempre consideró a sus abuelas como admirables. Habiendo sobrevivido a una guerra atroz, estos dos hombres descubren a su regreso, que ya no hay lugar para ellos en su hogar. Ambos se llaman Leroux. Sus mujeres son hermanas y, durante la guerra, encontraron más cómodo vivir juntas para afrontar la vida diaria. Llevando el mismo apellido, Leroux, se encontraron sencillamente “casadas” la una con la otra, unidas de alguna manera con el mismo rechazo. Ya no necesitan a ningún hombre. Agotados por la guerra, sus maridos son una carga. Y como por casualidad, ambos se suicidan.

En la generación siguiente, esta vez, es entre las hijas de estos hombres que se dan suicidios y, escondido detrás de una explicación falsa, el fantasma de estos dos abuelos está actuando. Varias se tiran en un pozo.

Estos suicidios todos están provocados por el hecho de encontrar a faltar a un hombre. Las abandonan o cometen faltas que ellas no pueden perdonarles. Una de ellas se casa con su primo, como para protegerse de los daños causados por este terrible fantasma. Da a luz a una niña, la madre de Juan Miguel. Todo parece recobrar orden, pero en la generación siguiente, el primogénito de esta mujer se niega, desde su nacimiento, a mirar a esta mujer en los ojos, es autista: Juan Miguel. “El autismo, en este caso, es el resultado de un “incesto genealógico””, comenta el investigador.

“La prohibición del incesto es una ley universal, en todos los países o culturas. Esta prohibición garantiza la posibilidad que un ser humano pueda transmitir a su hijo los medios de prolongarle, sustituirle. El incesto falsifica las leyes de la vida. Da a entender al hijo que podrá hacer su vida con sus padres, nunca dejarles. Por lo tanto intenta hacer creer que no existe la muerte. Es así como priva al hijo de tener que elaborar los instrumentos mentales que le permitirán vivir sin sus padres y poder sustituirles. Y ¿qué es un autista? Alguien que, desde el inicio, está carente de los medios de acceder a la edad adulta. ¡Le es imposible mirar a su madre a los ojos! O sea lo que vivió Juan Miguel ya desde su nacimiento.

Y no entendí nada hasta el día en que encontré, volviendo cuatro generaciones atrás, una historia que niega las leyes del flujo de la vida.

Esas dos bisabuelas que llevan el mismo apellido, activan la creencia que para ser madre, no hacen falta los hombres: una negación de la sexualidad y del papel del padre en la construcción mental del hijo! A partir de entonces, esta negación se instala y se transporta en este linaje, transmitiéndose de madre a hija, para no tocar la imagen de las “santas mujeres” detrás de quienes se esconde la homosexualidad incestuosa de estas dos hermanas, estas dos bisabuelas. En vez de llorar la muerte de sus esposos y reflexionar a los motivos de su suicidio, lo explicaron por la miseria proletaria. Lo cual era el modo más seguro de prohibir que sus hijos sepan el por qué habían muerto sus padres. En esa época, llamé esto “incesto genealógico”. ¡También lo hubiese podido llamar “partenogénesis genealógica”!

La historia de Juan Miguel es tan inverosímil que al hallarla en *El Ángel y el Fantasma*, uno se pregunta si se trata de realidad o ficción. Le gustaría creer que está en presencia de una patología que no se refiere a Vd., ni a la gente normal. “¡Al revés!, estamos todos afectados” afirma Didier Dumas. A los que no entienden lo que los psicóticos vienen a hacer en la tierra, contesto que están, en cualquier caso, aquí para enseñarnos lo que ignoramos de nuestras transmisiones mentales y espirituales. Ellos son los primeros que pusieron mi dedo sobre la realidad inevitable de las transmisiones genealógicas en la vida mental de cualquier individuo. Los niños psicóticos expresan o cuentan cosas que *a priori*, nadie entiende.

Pero, cuando se les escucha atentamente, uno se da cuenta que uno no comprende que están explorando de hecho el pasado familiar que hizo de ellos lo que son. Es como si usasen casi todo su tiempo a recorrer el inconsciente de su madre, buscando sus amores perdidos: las abuelas, los abuelos o las tías en segundo grado, de quienes ella o su propia madre no supieron llevar el luto. Y en este universo – fantasma, el único personaje sin

descubrir, el que no llegan jamás a encontrar, es su propio padre. No es que su madre no ame a su padre. Los padres de niños psicóticos son frecuentemente hombres fieles, pero estos compañeros no pintan nada en la educación de sus hijos. Tampoco decidieron de la llegada del hijo. Sólo ellas lo decidieron. Consideran, como me lo decía una de ellas, que “los hombres viven en otro planeta”. Asumen solas la educación de su hijo y a pesar de que el padre sea el hombre con el cual viven, el hijo nunca oye hablar de él. Lo peor es que estos hombres parecen estar totalmente satisfechos con este estatuto. Esto hace que, cuando se interroga a los niños psicóticos sobre su padre, en un caso sobre dos, se lo presentan no como a un padre, un genitor responsable de su presencia, sino como una especie de hermano mayor que ayuda a la madre a asumir la pesada tarea materna. Para estas madres, los hombres realmente no existen.

Denuncian los autistas por su existencia, silencios falsificadores. Asumen, sin que nadie se dé cuenta en la familia, todo lo que los demás no pueden ni pensar ni decir. Por su mutismo, protegen a sus padres de verdades demasiado dolorosas. Y si, como lo había dicho Françoise Dolto a propósito de los padres de Juan Miguel, éstos no consultaron a un psicoanalista antes de que esté tenga siete años, hay que concluir que hay muchas probabilidades para que tengan una necesidad inconsciente, sin embargo vital para ellos, de ver cómo así se queda. La psicosis es pues, bajo este ángulo, un destino de descendiente sacrificial, una prueba, por si fuera necesaria, de que existe realmente lo que llamo el canibalismo familiar. Y sin el análisis de lo genealógico, no se entiende nada a esta dimensión radicalmente inconsciente de la comida mental.”

Estas conversaciones sobre la psicosis despertaron en mí una tormenta de preguntas: ¿cómo un antepasado, nunca conocido, puede sin embargo influenciar el curso de la vida de uno? ¿Cómo puede marcar el destino de sus descendientes, como si les atribuyera la misión de decir o de hacer lo que él mismo no pudo realizar mientras vivía? Cuando los síntomas proceden de una obsesión, el que los padece no puede comprenderlos a partir de sus únicas vivencias. En esta situación, los sucesos de la historia familiar y, en particular, los que fueron callados adquieren un significado crucial. Esto modificaba enormemente el concepto del psicoanálisis que me había hecho en mi propia cura, y era lo que me perturbaba muy hondamente.

Provista de mi propio abanico de imágenes, hice múltiples preguntas a Didier Dumas:

-¿Sería entonces el fantasma un simple no – dicho?

-¡Exacto! Es una ausencia de representación, un agujero en las palabras, una carencia de palabras de nuestros padres sobre la sexualidad y la muerte, tales como ellos – mismos – o sus antepasados! – tuvieron que asumirlas.

-Pero, ¿por qué llamar a este fenómeno un “fantasma”?

-Resulta que esta carencia de palabras es la expresión de un traumatismo psíquico que se produjo hacia atrás en nuestra filiación, en nuestra ascendencia. El traumatismo es un daño a la integridad del ser. Este daño es el que se transmite de inconsciente a inconsciente. El niño se vuelve el último depositario y, para colmar esta ausencia de

palabras que hereda, se va creando imágenes que, más tarde, en la edad adulta, podrán resurgir en sus sueños y sus fantasmas sexuales. Lo no – dicho funciona como un “huésped” que, una vez incorporado, podrá irrumpir en trastornos psíquicos o somatizaciones.

-¿No se podría, en este caso, hablar de “imagen fantásmica”? ¿Porqué introducir un nuevo término?

-La palabra “imagen fantasmagórica” es una creación del psicoanálisis. No se halla en los diccionarios anteriores al principio del siglo XX. En el diccionario Littré de 1863, tenemos “fantasía” o “fantasmático”. Este término se refiere entonces a todo lo que se refiere a la visión del fantasma.

La palabra “imagen fantásmica” aparece en el Larousse de 1922, pero sin indicar el primer significado de “fantasmático”. “Fantasma” e “imagen fantásmica” están por lo tanto estrechamente vinculados el uno con la otra.

Bajo la forma activa de un verbo, “fantasmar” designa una actividad psíquica que juega un papel importante en la formación de la mente humana. La imagen fantásmica es el fruto de una facultad de la mente, un modo de expresión en el cual nuestras estructuras psíquicas usan, para expresarse, otra cosa que las palabras, lo más frecuentemente imágenes. Es pues un pensamiento en imágenes, similar al que está en acción en el sueño. Y las rarezas de este pensamiento, lo absurdo o la aparente incoherencia de estas imágenes pueden, igual como cualquier idea descabellada que nos pasa por la mente, indicar un fantasma: una ausencia de representación verbal procedente de la psique de nuestros padres, de lo cual somos herederos.

La continuidad que introducía las nociones de “imagen fantásmica” y de “fantasma” me parecía interesante. Pero tenía dificultad en representarme lo que él llamaba las “rarezas” del pensamiento en imagen.

Se lo pregunté.

-Son todas las absurdidades que constelan la palabra del analizante, las ideas que le dan vergüenza, que le cuesta expresar, pero se le imponen.

Tomemos el caso de una de mis clientes. Estaba esperando un hijo e hizo un aborto espontáneo. Llega a la sesión llorando: “maté a mi bebé!” declara, inconsolable. Le ayudo a hacer un trabajo de luto. Hace este trabajo, pero queda convencida de que, si la dejó este feto, es porque era una niña. Nada le permitía concluir esto, la ecografía era, entonces de uso menos común que hoy. Esto es una “imagen fantásmica”, una idea absurda, que no habíamos podido vincular con su historia. Transcurren dos años. Da a luz a un niño que se encuentra en buena salud. La menor de las hermanas de su madre entonces le hace una visita. Y en presencia de este recién nacido, la vieja dama le cuenta que su propia madre, quien era enfermera, había tenido una última hija que la medicina había declarado no viable. Entonces se la había puesto en una caja de zapatos y se la había dejado morir de hambre. Al oír esta historia contada por su tía, mi clienta

comprendió de golpe porqué había desarrollado la “imagen fantásmica” de haber matado a una hija, a partir de un suceso seguramente doloroso, pero del cual no tenía ninguna responsabilidad ya que se trataba de un aborto espontáneo.

-¿Y desconocía esta historia? ¿No se la había contado su madre con anterioridad?

-No, y naturalmente, es lo más extraño! Luego interrogó a su madre. Ésta no se acordaba de nada! El suceso había sido totalmente borrado, quitado de su memoria. Había vuelto a brotar en la tía, vaya Vd. a saber por qué! Al ver el recién nacido probablemente.

En un caso como éste, es un “vacío de palabras” sobre la viabilidad de las hijas que se transmitió de inconsciente a inconsciente, ya que su madre había totalmente olvidado la breve existencia de ésta última hermanita. Mi clienta no hubiese probablemente sabido nunca nada de este drama si su tía no le hubiera hablado. Cuando existen traumas importantes en una familia, muertos por suicidio, o bebés muertos, estas historias se mantienen vivas en el inconsciente y si los que les sobreviven no hablan de ello, entonces se transmiten de inconsciente a inconsciente bajo forma de fantasmas. En las curas, incluso cuando el que sufre ignora todo referente a la historia que le obsesiona, en un momento u otro, siempre aparece alguien, como aquí esta tía, para quien esta historia olvidada de todos los demás se mantuvo bien viva. Se ve así como un fantasma puede proceder de un trozo de historia ancestral que fue borrado. ¡Y esto es el fantasma! ¡Es la huella de un sufrimiento en nuestros antepasados que no pudo ser dicho!

Como objeto clínico, el fantasma no pierde nada de los atributos que le prestan normalmente la literatura. Para una psicoanálisis que lo estudia en la lógica de sus efectos, el universo hechizante de un Singer sólo aparece más verosímil. Acurrucado en la psique humana, el fantasma es un huésped vivo y solapado en su trabajo de destrucción y de desligamiento en varias generaciones. Y este parasitado se distingue claramente del que opera la amnesia que cubre los acontecimientos de nuestra infancia: lo que llamó Freud lo “reprimido”.

Al descubrir que los trastornos histéricos son palabras que no llegan a decirse, Freud fundó la psicoanálisis. Buscando el origen de esta ausencia de palabras, la encuentra en los acontecimientos de la pequeña infancia que, reprimidos, cayeron en el olvido. Construye pues su teoría sobre la amnesia infantil, sin considerar el papel que juega el inconsciente de los padres en la constitución del niño. Esta carencia está colmada por la teoría del inconsciente transgeneracional y del fantasma, ya que evidencia el hecho que los traumatismos responsables de los síntomas psíquicos no se sitúan forzosamente en la infancia del que los padece. Obsesionando al hijo, el fantasma puede proceder de la historia del padre, de la madre, o de un antepasado más lejano en el tiempo. Se caracteriza como un enclave, una entidad, un objeto inconsciente que se transmite directamente, de inconsciente a inconsciente, sin que estén enterados sus huéspedes. Así, el fantasma desemboca sobre un nuevo enfoque clínico y un nuevo concepto del inconsciente, más amplio y más flexible que el de Freud, ya que la teoría del inconsciente transgeneracional establece un puente entre el inconsciente individual de Freud y el inconsciente colectivo de Jung.

Lo más curioso es que esta teoría del inconsciente transgeneracional nazca hoy en el propio seno de lo que llamamos el pensamiento contemporáneo y que figure como novedad en el psicoanálisis. Sin embargo, si reflexionamos un corto instante, no existe ninguna tradición - incluida la nuestra – en la cual lo transgeneracional no sea central.

Empezando por uno de los libros fundadores de nuestras civilizaciones, la Biblia.

Esta visión “se halla corresponder con las grandes explicaciones míticas y religiosas de la vida humana” observa la psicoanalista Marie Balmay⁵ quien, igual como cierto número de otros analistas, trabajó en la mitología bíblica. En efecto, se puede ver obrando, en nuestros mitos religiosos, una visión ancestral de la transmisión de la “falta” muy precisa, como se me presentó con fuerza cuando exploramos largamente el Antiguo Testamento⁶, con Didier Dumas. Lo transgeneracional es central ahí. El dios bíblico está en él definido como el que asume las transmisiones paternas, buenas o malas, y por lo tanto “las faltas de los padres”. De ellas, se dice en el Éxodo (20, 5-6) que serán transmitidas sobre tres o cuatro generaciones. Lo que se halla otra vez en Ézequiel (18,2) en donde reza así: “Los padres comieron las uvas verdes y los dientes de los hijos estuvieron molestos”, retomada tal cual en el libro de Jeremías (31,29) como el *leitmotiv* de los males espirituales que golpean a su descendencia.

Lo transgeneracional es tan central en el taoísmo, un pensamiento fechando algunos siglos antes de nuestra era. El pensamiento tradicional Chino en el cual se basa la acupuntura reconoce la existencia de entidades, los *Gui*⁷, con el estatuto de espectros y que pueden entrar y albergarse en la casa en otoño si uno no sabe protegerse de ellos. Están adormecidos entonces, todo el invierno, y vuelven a salir en la primavera bajo forma de enfermedad. Por esto en la China antigua se hacía en otoño todo tipo de rituales para ahuyentarlos. Estos “espíritus” son, para los taoístas, componentes naturales de la organización espiritual de la persona.

Proceden de los *Po*, término que designa la parte más terrestre del alma. Los *Po* administran las grandes funciones de la persona viva: el metabolismo, los alimentos sensoriales, afectivos, sexuales, materiales.

Sólo se vuelven malos cuando extravían su camino natural que es, a la muerte del difunto, volver a la tierra. Pero si se trata de una muerte “anormal”, de una muerte brutal, inesperada y, en esto, traumática, los *Po* corren el riesgo de querer engancharse a la vida. Al no encontrar su camino hacia la tierra, es cuando bajo forma de *Gui*, espíritus malos, parasitan a los vivos. Los rituales funerarios tenían pues una importancia considerable para los antiguos Chinos que no olvidaban nunca poner una estela en el lugar de un accidente o de una muerte violenta.

La obsesión es una patología mental reconocida en todas las culturas, civilizaciones y

5 Marie Balmay, *El hombre de las estatuas*, Grasset, 1979.

6 Nina Canault, “Inmersión psicoanalítica en la Biblia”, en *La Actualidad Religiosa*, 15 Diciembre 1994.

7 Se pronuncia los “Kwaie”.

religiones antiguas⁸. En Indonesia, los sanadores que la curan son los Dukun, en Corea del Sur, los Mustang, en África, los fetichadores, en América del Norte, en las reservas Indias, los Medecine – men. Todos estos sanadores saben reconocer y curar lo que llaman, cada uno en su idioma, la “enfermedad de los antepasados”; el hecho que el espíritu de un muerto vuelva y parasite a un ser vivo. La presencia de estos espectros siempre se explica con la naturaleza de su muerte. Vuelven porque esta muerte fue violenta, pero sobre todo inesperada y que, al haberse producido así antes de hora, el muerto “sufre” por no haber podido cumplir el ciclo de su vida. No pudo, al mismo tiempo, ni decir su última palabra, ni realizar sus objetivos más queridos e intenta entonces hacerlo tomando posesión del cuerpo de los vivos. Condenado a errar, obsesiona su descendencia sin poder alcanzar el estatuto de antepasado benéfico.

Durante nuestra Edad Media, a los espíritus se atribuía también la causa de los trastornos psíquicos. En Occidente, ¿no luchaban también sanadores y exorcistas contra los “espíritus malignos”? En cierto modo, lo genealógico está por todas partes, y para mí, la verdadera sorpresa fue el descubrirlo en el mito de Edipo en donde ocupa un lugar tan importante como en la Biblia! Acababa de leer *El hombre de las estatuas* de Marie Balmory. El análisis que hace del mito de Edipo tiene un carácter claramente genealógico, porque remonta a la generación del padre de Edipo, Laios, para evidenciar la falta del padre, y el vínculo entre esta falta y el destino de su hijo Edipo.

Aquel día fuí a visitar a Didier Dumas que consideraba de ahora en adelante como mi principal corresponsal en este campo.

-¿Cómo explica Vd. que Freud sólo haya considerado en el mito de Edipo la historia de Edipo propiamente dicha? Le pregunté. Esta leyenda de un hombre que mata a su padre y se casa con su madre no tiene en absoluto el mismo sentido cuando se considera la historia familiar de Edipo. El oráculo que predice a Laios que su hijo le matará está consultado por un padre ofendido, el rey Pelops. Laios sedujo a su hijo Crispos y éste, por vergüenza, se suicidó. La falta de Edipo es, primero, la de su padre, Laios. Sin esta falta, Edipo no hubiese tenido el trágico destino que se le conoce. ¡Sólo está pagando las faltas de su padre!

-Es difícil saber si Freud estudió a fondo y en detalle, o no, la totalidad de este mito. Sólo lo considera a partir de Edipo rey, la obra de Sofocles. Y si no se preguntó más cosas, es porque disponía en esta obra de los elementos suficientes para darse cuenta de lo que le interesaba: la dimensión infantil del deseo humano. Edipo rey deja en la sombra toda la genealogía de Edipo, pero para comprender el destino parricida e incestuoso que fue el suyo, hay que remontar mucho más lejos en su linaje paterno que lo hizo Marie Balmory. La dimensión del deseo inconsciente es, realmente, como lo vio Freud, muy presente en este mito. Pero el inconsciente que gobierna el destino de Edipo está muy claramente presentado como un inconsciente de su linaje, tratando tanto de su padre y de su abuelo como del propio Edipo. Freud quizás no lo vio pero Levi-Strauss lo anotó. Observa que los nombres de los reyes de Tebas parecen indicar que padecen los tres, de cierta dificultad a

⁸ Para un análisis más completo de la obsesión en las demás tradiciones, cf.: Didier Dumas, *Obsesión y Clínica del Otro*, op. cit.

andar recto: Edipo significa: “Pies hinchados”, Laïos su padre, “El zurdo” y Labdacos, su abuelo, “el Cojo⁹”.

La historia de Edipo es pues, en realidad, la de un hombre, engendrado por un padre enfermo. Su destino incestuoso es la consecuencia de un fallo en la función paterna que se refiere a todo su linaje paterno. Edipo, con apenas tres días, fue abandonado por Laïos, su padre, colgado por los pies a un árbol sobre el monte Citeron. El motivo aparente de este abandono es evitar la predicción que le hizo el oráculo de Apolo: que, si tenía un hijo, éste le mataría. Pero, es también y ante todo, la repetición de un guión familiar que vuelve a dos generaciones anteriores y vinculado con un acontecimiento traumático durante la infancia del padre de Laïos, el rey Labdacos.

Durante la infancia de Labdacos, un regente, Nictéas, es nombrado debido a la muerte prematura de su padre, el rey Polidoros. Pero Nictéas se suicida porque su hija, Antiope, fue seducida por Zeus y se fue de casa, embarazada de dos mellizos. Antes de esto, hizo prometer a su hermano Licos de vengarlo. Tomando la regencia entonces, Licos captura a su sobrina y libra ambos mellizos apenas nacidos, a la ferocidad de las fieras, en el monte Citeron, como lo será Edipo. Es pues primero, en la infancia del abuelo de Edipo, del Cojo, que el guión inventado por Laïos para evitar el oráculo tiene su verdadero origen. El mito aporta una representación concreta de la obsesión que padece Laïos, en el momento en que da nacimiento a un hijo. Al dar luz a Edipo, Laïos no está movido por un drama que tuvo lugar en su propia infancia. Está bajo la influencia de una tragedia que no vivió, ya que se produjo durante la infancia de su padre, el rey Labdacos, pero que obsesiona cuanto más fuertemente su genitalidad.

El fantasma en acción en la locura de este padre que abandona a un bebé colgado por los pies a la voracidad de las fieras, remonta a un acontecimiento traumático que se sitúa dos generaciones antes, en la infancia del suyo. Este traumatismo marcó la infancia del Cojo, el padre de Laïos, que tuvo que soportar que un regente condene a dos bebés inocentes a una muerte atroz, en su nombre y sin que pueda hacer nada!

-Pero lo que me está contando Vd. ahora, pregunto sin poder reprimirme, es lo que piensan realmente hoy los psicoanalistas? El libro de Mary Balmory no presenta el mito como Vd. Presenta la historia de Edipo y la falta de Laïos su padre: su aventura homosexual con Crisipos, que terminó con el suicidio de éste. Pero no se trata aquí ni de fantasma ni de obsesión. ¿Qué hay de la teoría de lo transgeneracional para el conjunto de la comunidad de los analistas?

-No lo sé. Referente al mito de Edipo, es grosso modo, en los años setenta y cinco cuando aparece lo transgeneracional en la literatura analítica, cuando se empezó a considerarlo bajo este ángulo. El primer artículo que recuerde, que trata de la genealogía de Edipo, es el de Jean – Claude Rouchy¹⁰. Fue publicado algunos meses antes del de Marie Balmory. Pero lo transgeneracional no sale de una escuela. Francia fue, y siempre es, el centro de

9 Claude Levi-Strauss, *Antropología estructural*, Plon, 1974, p. 237.

10 Jean – Claude Rouchy, “Un pasado bajo silencio”, *Estudios freudianos*, n° 13 – 14, Denoel, 1978.

una renovación del pensamiento freudiano, gracias a la irradiación de Jacques Lacan y de Françoise Dolto. Los primeros brotes de una nueva teoría del inconsciente se dibujan en la multitud de pensamientos que generaron. En esta época, los autores que empezaron a conceptualizar el análisis de lo genealógico no pertenecen a las mismas escuelas y no se conocen siquiera los unos a los otros¹¹. La teoría de lo genealógico no rechaza el inconsciente individual definido por Freud y Lacan, constitutivo de la inhibición, el olvido en el cual cayeron los vividos infantiles. Va más lejos y considera que el inconsciente también está hecho del de los padres y de los antepasados.

Esta innovación teórica conlleva serias modificaciones en el protocolo de la cura. Según la teoría clásica, si el analista no habla, esto no forzosamente perturba el desarrollo de la cura. Entonces se trata de volver a hallar los afectos que estuvieron reprimidos en la infancia y es el sujeto, el analizante, quien, en este caso es, ante todo, portador del futuro de su cura.

Si el analista es silencioso, no hay ningún problema mientras se trata de explorar un vivido olvidado. En cambio, cuando sus síntomas están provocados por lo que sus padres no pudieron o no quisieron decir durante su vida pulsional, hay que volver a hallar las palabras que, al carecer de ellas, las provocaron. Para ello, puede ser peligroso que el analista se obstine a mantenerse en el silencio. Su silencio corre el riesgo, en este caso, de multiplicar y reforzar el de los padres, y expone, a su vez, a su cliente a que vaya cada vez peor. Hacer síntomas es uno de los medios de que dispone para indicarle que el niño, en él, sigue careciendo de palabras. Amplificando sus síntomas, alimenta inconscientemente la esperanza de oír a su analista pronunciar las palabras que faltaron en la boca de sus padres.

Y, en el mejor caso, la cura se vuelve interminable. El análisis de lo genealógico invita pues al psicoanalista a adoptar otra actitud, la en la cual asume buscar con su cliente en cuál dirección ir, para encontrar las informaciones que faltan.

El 5 de Enero de 1949, Hermann Hesse, en su “Carta a un joven artista”, escribía esto: “La única cosa que cuenta, es el hecho que cada uno de nosotros es el depositario de una herencia y el llevador de una misión: cada uno de nosotros heredó de su padre y de su madre, de sus numerosos antepasados, de su pueblo, de su lengua, ciertas particularidades buenas o malas, agradables o desagradables, ciertos talentos y ciertos defectos, y todo esto puesto junto hace de nosotros lo que somos, esta realidad única llamada J.K . en lo que a ti se refiere. Y esta realidad única, cada uno de nosotros debe hacerla valer, vivirla hasta el final, hacerla llegar a madurez y finalmente restituirla en un estado de perfección más o menos adelantado¹².”

¿Qué es lo que pudo eliminar de nuestra cultura, tan sabia y moderna, este modo de pensamiento comúnmente compartido en el mundo al punto que se puede, sin exagerar, cualificar de “universal” la teoría de lo transgeneracional?

11 Nicolas Abraham, Maria Torok, Monique Bydlowski, Didier Dumas, Jean Guir, Jean Guyautat, Lucien Méléze et Amain de Mijolla (ver la bibliografía, al final del libro).

12 Hermann Hesse, *Lettres (1900-1962)*, Calmann-Levy, 1981.

¿Es la alta tecnicidad de nuestra cultura, o el hecho de que la ciencia se ha sustituido poco a poco a la religión? Difícilmente se puede evitar hacerse la pregunta. Porque ¿cómo aceptar que hayamos podido perder, olvidar, o como lo hubiese dicho Freud, “reprimir”, un saber a tal punto precioso en la salud de la vida?

En 1995, en el curso de una entrevista en la cual me hablaba de su libro, *Dios del universo*¹³, el investigador en botánica, Jean – Marie Pelt me decía: “Las posibilidades que nos ofrecen las ciencias nos dan la sensación que hemos dominado la naturaleza. Deriva una sociedad en la cual se está conscientemente orgulloso y fascinado por los objetos tecnológicos y los aparatos divertidos cuando inconscientemente somos esclavos de ellos!

Perdimos la dimensión interior del ser en provecho de progresos puramente superficiales”. En esta obra, no ahorra su crítica de la sociedad occidental indicando, con el talento de vulgarizador que caracteriza sus numerosas obras, las aperturas que nacen en la ciencia, en el propio centro de las teorías, en los modelos y conceptos científicos. Ve sobre todo en ellos “un nuevo enfoque del ser íntimo de la consciencia, este ser que suda en tantas obras científicas, como un interrogante mal afianzado o una vaga nostalgia, incluso como la explicación posible y puntual de tal o cual cuestión hasta entonces aún no resuelta¹⁴”. A sus ojos, esta alba nueva en la ciencia estaba totalmente en clave y ajena a la mayoría de las mentes” debido al poco interés que los medios le concedían. “Descubrí, con este último libro, un terrible desfase entre los medios y la vida. Ampliamente rechazada por éstos, mi obra, en cambio, suscitó reacciones entusiastas en el público y mucho más numerosas que para todos mis demás libros! Recibo llamadas telefónicas, cartas, me hacen preguntas en mis conferencias, etc.¹⁵”

¿Sería pues una mentira el materialismo? Es lo que parece pensar Didier Dumas que, un día, me declaró: “Decir que el materialismo transporta una mentira, es muy sencillamente reconocer que en la historia de las ideas, nos hizo olvidar la importancia de la subjetividad. Freud nos dio una llave para comprender el tema, enseñándonos que la sexualidad es el verdadero motor de nuestra evolución. Pero, en buen materialista, no se aventuró a explorar el lugar que corresponde a la psique de los antepasados en la constitución de la nuestra. Porque, considerar que las transmisiones de inconsciente a inconsciente puedan existir, es reconocer la existencia de la telepatía. Lo que es inaceptable en la dogmática materialista. Freud lo explicó así, por lo menos en sus intercambios epistolares con Lou Andreas-Salomé, ya que le escribía que no quería tocar a este tipo de cosas por miedo a que hagan de él un “mitagogo¹⁶”. Elaboró su teoría en una época en que la mística estaba muy mal considerada. Y esto es algo que caracteriza nuestro siglo XX. En el siglo XIX, el cierre estanco que separa lo científico y lo religioso no ha sido inventado aún. Esto se radicaliza solamente a principios del siglo XX. El físico Gustav Fechner a quien Freud cogió prestada su teoría del sueño y del impulso de muerte, no tenía, en su época, ningún problema en ser físico y gran místico a la vez.” A principios de nuestro siglo XX, en efecto

13 Nina Canault, “La revancha del cerebro derecho”, en *La Actualidad religiosa*, fuera serie n° 6, setiembre 1995.

14 Jean-Marie Pelt, *Dios del universo*, Ciencia y fe, Fayard 1995, p. 119.

15 Nina Canault, *op. cit.*

16 Los mistagogos son religiosos de la Grecia antigua. Iniciaban a los misterios sagrados.

se impone una nueva creencia, al mismo tiempo que se crean los primeros organismos de investigación: la creencia en un mundo únicamente hecho de materia, un mundo comparable a una inmensa máquina que, potencialmente, sabríamos medir y comprender de cabo a rabo. Es un universo sin misterio que propone entonces la ciencia, un universo por definición totalmente inteligible. Pero, en ese mismo principio de siglo, nace la mecánica cuántica cuyas consecuencias filosóficas están mejor apreciadas hoy día, gracias a la reflexión de físicos como Bernard d'Espagnat, Olivier Costa de Beauregard o Régis Duthéil¹⁷. De hecho se manifiesta que la mecánica como teoría más acabada de la física (y reconocida como tal por la comunidad científica), ni siquiera pretende ser capaz de describirnos el mundo tal como es. Confiesa sólo poder informarnos sobre el modo en que nuestra mente puede abordar este mundo, y no sobre este mismo mundo. Aquí, no puedo entrar en las diferencias de perspectivas entre estos eminentes sabios. Simplemente, citaré lo que me declaró Bernard d'Espagnat en una entrevista en junio 1995¹⁸:

-Las ciencias pretenden entregarnos lo real tal como es, independientemente de nosotros, lo real objetivo. Sin embargo, es este real y esta objetividad lo que hoy está inculcado, en el propio seno de la ciencia, en física. ¿Por qué?

-Antaño, me parecía totalmente normal suponer que alcanzábamos efectivamente el conocimiento de las cosas. Era para mí la explicación más simple del hecho que nuestra ciencia funciona. Es también la explicación que se da, en la vida corriente, de cualquier cosa. Si tiene éxito tal cosa, es porque se vieron las cosas tales como eran. En consecuencia, si abandoné este enfoque, es por razones basadas en la propia física, la física contemporánea. Existen muchos filósofos que dirían que no es posible que la física sea una teoría "ontológica"¹⁹ es decir que describa las cosas tal como son, porque lo real es inalcanzable. Y porque hablar de la existencia de algo que no se puede conocer no tiene sentido. De hecho es un modo de responder, pero que no depende de la física! Personalmente, creo que la noción de realidad, de ser, de lo que existe, es una noción fundamental de la cual no nos podemos apartar.

-Y sin embargo, Vd. abandonó la idea que la física era capaz de alcanzarlo.

¿Cuáles son sus motivos?

-La física anterior a la mecánica cuántica, la física "clásica", describe el mundo macroscópico, la realidad física que rozamos a diario, esencialmente en términos de objetos, miríadas de moléculas, átomos, interactuando por mediación de fuerzas que pueden ser importantes cuando los objetos están cercanos y que se debilitan a medida que los objetos se apartan los unos de los otros. Este mundo de la física clásica supone necesariamente una fuerte objetividad. Dicho de otro modo, se supone implícitamente que los objetos de referencia existen realmente, y que las propiedades que se les descubren les pertenecen propiamente. Los enunciados de la física clásica pueden todos comprenderse así, con algunas pocas excepciones.

17 Ver la bibliografía al final del libro cuántico pone fin a la ilusión de la inteligibilidad.

18 Nina Canault: "El misterio posible", en *La Actualidad religiosa*, fuera serie n° 6, setiembre de 1995.

19 Una teoría ontológica es una teoría del ser, de su naturaleza, de sus propiedades.

La física cuántica que es la ciencia de las propiedades de los átomos y de las partículas subatómicas, pone fin a esta objetividad fuerte. Cuando se realiza una medición en una partícula, se perturba el sistema que se está estudiando [...]. Así, la mecánica cuántica comporta algunos axiomas de base considerados como objetivos por todos los científicos, pero que se presentan bajo la forma: “si hacemos esto, observaremos ello”, sabiendo que “se” designa a cualquier persona. Estos axiomas tienen pues forma de reglas de predicción, y no la de una descripción de lo real tal como es. Por esto los llamo enunciados de “objetividad solamente débil”. No se pueden interpretar como describiendo la realidad tal como es.

-¿No acepta Vd. el materialismo que, en su opinión, perdió su credibilidad con la aparición de la mecánica cuántica?

-[...] Hago el razonamiento siguiente: hagamos la hipótesis de que lo real es describable por la física, y veamos a donde nos lleva esta tesis de la inteligibilidad de lo real, tan querida de los materialistas. La física que supuestamente describe este real no puede ser la de Newton ni la de Aristóteles. Tomemos referencia en la física contemporánea, la física cuántica. Entonces descubrimos que algunos de los axiomas de la mecánica cuántica tienen una objetividad solamente débil, y, en consecuencia, no describen lo real. Por lo tanto, llego a esta noción que lo real no es conocible tal como es realmente. El realismo abierto que propongo consiste en plantear como postulado que la noción de realidad tiene un sentido, *aunque no haga ninguna hipótesis referente a la naturaleza de esta realidad*²⁰.

Dos años más tarde, interrogado por Jean Staune²¹, acerca de este *real velado*²² que se oculta al físico, Bernard d’Espagnat dirá también: “Lo real verdadero está más allá de la física, más allá de las percepciones que podemos tener, más allá de las medidas que podemos hacer con los instrumentos más perfeccionados existentes o pudiendo realizarse en el futuro.” Según él, podemos tener la intuición de este real de un modo totalmente diferente del científico: es “la idea que cada individuo puede tener una intimidad con algo que no es simplemente del orden de lo biológico o de lo psicológico, algo que no es una ilusión”, sino “que no se puede nombrar” por el hecho que “no hay palabras para describirlo” y que “la profundidad de lo real” es inabordable. Así el Misterio de la vida y de lo mental que asegura su animación se halla otra vez introducido por lo que parecía haberlo apartado para siempre: la ciencia. Y, en esta ciencia, por la disciplina en la cual semejante giro parecía más improbable, la física. Ya nada más demuestra, de ahora en adelante, que el mundo sólo estaría hecho de materia.

Las ciencias quieren controlar el mundo, como si la comunidad científica no tuviera también un inconsciente, me clamó un día un analista psicogenealógico, Jean – Paul Trapp. Tuve yo obligación de reconocer que todo lo que me había enseñado el periodismo científico trataba de este límite. Esta profesión fue para mí el instrumento con el cual busqué respuesta a mis preguntas infantiles. Pero mucho tiempo desprecié todo lo que no pertenecía al estricto registro de las ciencias objetivas. El descubrimiento del psicoanálisis transgeneracional me enseñó que existían investigaciones subjetivas tan apasionantes

20 Subrayado por mí.

21 “la materia de referencia”, entrevista de Bernard d’Espagnat, *Nouvelles Clés*, invierno 1997.

22 Bernard d’Espagnat, *Le réel voilé*, Fayard, 1994.

como fundamentales y que, queriendo a toda costa seguir separando lo subjetivo de lo objetivo como se haría con lo bueno y lo malo, la ciencia oficial ha llegado a defender una dogmática tan rígida como la de las religiones.

La teoría de lo genealógico parece corresponder a un saber que perdió nuestra cultura. Un saber cubierto por la amplia inhibición en la cual el materialismo encerró la mente. Lo transgeneracional está en el origen de nuestra cultura. Lo vimos, nuestros mitos todos los que constituyen la cuna cultural de Occidente, llevan su huella, sean bíblicos o griegos. Y el objetivo de esta obra es poner a la luz los elementos que, en la existencia sobre todo individual, sino también, a veces, colectiva, enseñan cómo está actuando este principio genealógico. Para esto, interrogué a investigadores, hombres y mujeres que, cada cual en su campo, tuvieron que descubrir y conceptualizar lo transgeneracional. El conjunto resume, por lo esencial, lo que aprendí con ellos.

Empecé con Didier Dumas, porque es mi encuentro con él lo que hizo nacer en mí el deseo de investigar en este tema. El segundo capítulo define lo que es un *fantasma* a partir de los trabajos de Nicolás Abraham y de María Török que son sus inventores. También asocié las “pesadillas genealógicas”, que evocan los trabajos de Nathalie Zadjé, psicóloga e investigadora universitaria, sobre los descendientes de los rescatados del holocausto, y los de la psicoanalista Anne Ancelin Schützenberger que se interrogó sobre el peso de la historia con una H mayúscula, en el inconsciente y el destino familiar. El tercer capítulo trata de la difusión de los conceptos de Abraham y de Török en cierto número de terapias.

Presenta una terapia de un estilo nuevo, la psicogenealogía, dando la palabra a uno de estos nuevos terapeutas, a Carole Labédan. El capítulo 4 trata una modalidad particular de la repetición genealógica: la repetición de cifras o fechas. Y esto, a través de los testimonios de médicos y clínicos: el Dr. Monique Bydlowski, el Pr. Ghislain Devroede y Anne Ancelin Schützenberger que estudiaron estas repeticiones en un marco hospitalario evidenciando así lo que el Dr. Josephine Hilgard llamó en 1953 el *síndrome de aniversario*. El capítulo 5 da la palabra a un psicoanalista de niños formado por Françoise Dolto, Willy Barral, que revela como lo transgeneracional es, en clínica de niños, una “evidencia simbólica”. El capítulo 6 se dedica a lo femenino, a la sexualidad de la mujer y su dimensión transgeneracional, tales como los concibe a través de su clínica un médico ginecólogo y acupuntor, Danièle Flaumenbaum. Para acabar este libro, el capítulo 7 trata de la función paterna que es, en el momento en que escribo estas páginas, el tema en el cual trabaja Didier Dumas. Revela que esta función es una instancia transgeneracional, que implica tres generaciones de padres asumiendo su papel, para poder plenamente existir y asegurar la salud de los linajes.

2. fantasma y sus manifestaciones

Según Anne Muxel, socióloga en el CNRS, que se interesó a la memoria familiar: Las partes, de memoria y olvido entre las dos ramas de una misma familia nunca son iguales. Un linaje predomina casi siempre sobre el otro, que el olvido haya vencido en primer lugar la más negligente o la menos significativa, o bien que se haya puesto al servicio de ocultaciones voluntarias, secretos de familia redhibitorios²³.” Anne Muxel presenta un ejemplo que la afecta personalmente: el borrado de los relatos de la familia, de un bisabuelo paterno, muerto prematuramente de alcoholismo. Sus descendientes inmediatos no hablaban nunca más de este hombre y los nietos hallaban solamente su silencio. Sólo queda de él un retrato guardado en el desván. Buscando su tumba en compañía de su padre y de su hijo, en el pequeño cementerio suizo donde había sido enterrado, Anne Muxel descubre que “al no haberse renovado la concesión por la familia”, el citado bisabuelo había sido borrado por segunda vez sin que ella – misma, ni su padre, lo supiesen. Las “ocultaciones voluntarias” o “los secretos de familia redhibitorios” que Anne Muxel constata en su investigación sobre la memoria familiar son lo que la psicoanálisis recopila de ahora en adelante bajo el término de “fantasma”. Como precisado por Nicolás Abraham en la revista *Estudios freudianos* en 1975 en la cual define este concepto, los fantasmas “no son los difuntos que vienen a molestar sino los vacíos dejados en nosotros por los secretos de los demás”. Tres años más tarde, publica, en colaboración con María Török en un libro titulado *La corteza y el núcleo*²⁴, la serie de artículos que, desde unos quince años, recogen un conjunto de hechos clínicos que no pueden explicarse por la teoría freudiana. Estos hechos, los recopilaron según categorías totalmente nuevas dentro de la clasificación psicoanalítica de las patologías, la de cripta y de fantasma. Y es mediante este libro que el *fantasma* se vuelve el concepto más corrientemente utilizado por los clínicos de lo genealógico, cualesquiera sean sus orígenes o sus pertenencias profesionales. El concepto de *fantasma* se presenta como un concepto unificador que requiere un tratamiento particular dentro de la metapsicología²⁵ freudiana. Nicolás Abraham y María Török vuelven a introducir toda una serie de preguntas sobre un tema, la muerte, que la literatura freudiana tocó principalmente a partir del luto y de sus patologías. Para ellos, cuando se acompaña la muerte de un ser querido de un aumento de la necesidad sexual, esto indica la constitución de una *cripta*. Esta observación ya fue detectada en 1922, por un psicoanalista de la primera generación, Karl Abraham, discípulo de Freud, quien, en su correspondencia con el Maestro, la menciona con la esperanza de llamar su atención. Pero en vano. María Török pone esta observación de relieve en un artículo titulado “Enfermedad del luto y fantasma del cadáver exquisito²⁶”. Afirma que “cierto incremento libidinal cuando el fallecimiento del objeto sería un fenómeno frecuente, por no decir universal”, y llama este fenómeno, en el cual volveremos en el capítulo dedicado al síndrome de aniversario, la *fiesta maníaca*. En breve, la muerte brutal de un padre, hermano, madre puede poner en ebullición la sexualidad del o de la que sufre esta pérdida. Con su mayor vergüenza porque ¿cómo se puede, en tal momento, tener deseo semejante? “Nunca me perdoné algo, confiesa una paciente, en el sofá de su analista. El

23 Anne Muxel, *Individuo y memoria familiar*, Nathan, 1996.

24 Nicolás Abraham, María Török, *La corteza y el núcleo*, Aubier – Montaigne, 1978.

25 La metapsicología es la teoría que da cuenta, en Freud, de las estructuras del inconsciente.

26 María Török, *Revista francesa de psicoanálisis*, XXXII, 4, 1968.

día del fallecimiento de mi padre, tuve una relación con mi marido. Fue la primera vez que conocí el deseo y la satisfacción. Poco después, nos separamos²⁷.” Este suceso vivido en la vergüenza se vuelve inconfesable. Además, constata María Török, hunde a la persona en un “luto patológico”: una “enfermedad de luto”. El trabajo doloroso que cualquier persona de luto debe hacer para integrar psíquicamente la desaparición del ser querido está entonces bloqueado, porque al dolor del luto se asocian la perturbación y la vergüenza de un vivido orgásmico reprimido.

La *cripta* es la negación de lo que es. No es el resultado de una represión del deseo como en la histeria, es mejor dicho el efecto de una negación de la realidad, de la realidad de la satisfacción sexual obtenida cuando la muerte de un ser amado. “En la histeria, un deseo nacido de lo prohibido busca, con rodeos, su camino y lo halla en las realizaciones simbólicas, mientras que en el criptóforo, es un deseo ya realizado y sin rodeos que se halla enterrado, siendo incapaz de renacer como de caer en polvo²⁸.” En cuanto al fantasma, define el modo en que un individuo puede estar obsesionado por el secreto de un antepasado del cual lo ignora todo sin embargo.

Nicolás Abraham asocia así la noción de *cripta* con la de *fantasma*: “si el fantasma no está conectado con la pérdida de un objeto, no sabría ser el hecho de un luto fallido. Tal sería mejor el caso del melancólico o de todas las personas que llevan en ella una tumba. Sus hijos o sus descendientes recibirán el destino de objetivar, bajo las especies del espectro, tales tumbas ocultadas. Porque son éstas, las tumbas de los demás que vuelven a obsesionarles²⁹.” Mejor dicho, lo que, en una generación, se constituye en cripta, se volverá fantasma por el bies de las transmisiones inconscientes, en la generación siguiente. Para él, “el fantasma es una formación del inconsciente que tiene la particularidad de no haber sido jamás consciente” y que resulta “del paso – cuyo modo queda por determinar – del inconsciente de uno de los padres al inconsciente de un hijo³⁰”. Muy frecuentemente parasita la vida fantasmática salpicándola de ideas extrañas, descabelladas, absurdas. Pero para Nicolás Abraham, “las imaginaciones inducidas por la presencia del extraño (es decir el *fantasma*) no tienen ninguna relación con el fantasma propiamente dicho”. “En su gratuidad con relación al sujeto”, dan la sensación de “fantasmagorías surrealistas³¹”. Es decir que no se puede entender nada al fantasma sin haber, antes, explicitado este aspecto de la vida psíquica que es la vida fantasmática. Volví entonces a interrogar a Didier Dumas para que me explique cómo se constituyen las imágenes fantásmicas sexuales.

Imágenes fantásmicas sexuales y fantasmas.

“Las imágenes fantásmicas se forman en la edad de Edipo, entre los dos y siete años, y con lo que los padres callan referente a la sexualidad y a la muerte, me contestó Didier Dumas. Este empieza ya en los tres años, en el momento en que el niño reclama constantemente: “¿Qué es esto?, ¿Qué es esto?” En esta edad, no para de producir en

27 Nicolás Abraham, María Török, *La corteza y el núcleo*, op. cit., p. 232.

28 Ibid., p. 255

29 Ibid., p. 427.

30 Ibid.

31 Ibid.

su cabeza imágenes mentales. Si encuentra un objeto que nunca ha visto, pregunta lo que es. Sus padres le contestan “un farol”, y entonces él vincula la imagen del farol con la palabra representando este objeto en el lenguaje. Pero si el niño oye hablar de algo que no tiene ninguna realidad material, como el tiempo, el amor o la muerte, interrumpe a sus padres igualmente porque ha de comprobar primero que las imágenes mentales de su cerebro, asociadas a las palabras “tiempo”, “amor” o “muerte” corresponden exactamente al sentido que da el lenguaje a estas palabras. Si, entonces, sus padres no le contestan, bien porque no saben, bien porque esto les molesta, o que la palabra sobre la cual el niño pregunta les evoca demasiado crudamente la sexualidad, el niño se encuentra con imágenes en la cabeza que no puede asociar a ninguna representación de palabras. Es así como todas las imágenes conectadas con el sexo y la muerte se estancan en su aparato psíquico.

Entonces no sabe qué hacer con ellas. El silencio de los padres congeló las preguntas que se hace, en estas imágenes mentales a las cuales no puede dar significado. Le persiguen con la insistencia de las preguntas a las cuales no se puede responder.

El proceso entonces es similar al que se observa en la neurosis traumática. En ésta, el traumatizado sólo puede soñar de lo que repentinamente interrumpió su movilidad mental: su traumatismo. En la edad de Edipo, el niño es, igualmente, perseguido por imágenes a las cuales no se puede dar sentido. Y, para remediar esto, su cerebro intenta reponer en movimiento estas imágenes. Lo que hace, de noche, en sus sueños. Los vuelve a movilizar inscribiéndolas en un “tiempo inventado”, es decir en un guión. Por esto, en la edad adulta, las imágenes fantásmicas sexuales siempre tienen forma de un guión. Su elaboración remonta a la edad de Edipo. Y si la gente no consigue, la mayoría de las veces, comprender sus imágenes fantásmicas sexuales, sencillamente es porque éstas son la supervivencia de preguntas a las cuales sus padres no supieron dar respuesta. Las imágenes fantasmáticas no son nada más que preguntas de niño que no hallaron respuesta en su momento, y la transmisión de un *fantasma* tiene por primera causa la necesidad en la cual se halla el niño de construirse.

Cuando se transmite un *fantasma* en el seno de una familia, los padres sólo son responsables de sus omisiones, en la medida en que mantuvieron el secreto sobre un acontecimiento que les traumatizó, a ellos o a sus propios padres. El *fantasma* siempre es el contragolpe de un suceso familiar que implicó el sexo o la muerte de modo traumático, una violación, un incesto, un encarcelamiento, un crimen; un suceso, bien mantenido en secreto, o bien ocultado por explicaciones falsas. Siempre son los secretos de familia los que generan *fantasmas*, pero si éstos pueden transmitirse de una generación a otra, esto procede de una actividad psíquica propia al niño, la que los psicoanalistas llaman identificación.

Así, los individuos obligados a construirse en ausencia total de palabra sobre la sexualidad y la muerte, se encuentran con fantasmas cuyas imágenes no proceden de lo que comprendieron, en la edad de Edipo, de la sexualidad, sino de lo que captaron de modo telepático, en el inconsciente de sus padres. Todos los niños son telepáticos y la identificación no es un proceso consciente: es una duplicación mental que, en su base, es inconsciente. Para comprender lo que es un fantasma, primero hay que preguntarse cómo

se pone a hablar un niño, casi de un día al otro, el idioma de sus padres. No lo aprende en el sentido de un aprendizaje escolar, descomponiendo las palabras o grupos de palabras. ¡Se calca sobre su modo de hablar, sus expresiones favoritas, sus tics de lenguaje y las entonaciones con las cuales se expresan! Al hacer esto, duplica su estructuración mental, y es así como puede inconscientemente integrar todo tipo de zonas oscuras, cosas que ellos esconden o que no quieren saber. Tal es el modo en que puede “importar” en su propio psiquismo una historia olvidada o cualquier otro secreto de familia que ellos reprimieron inconscientemente. Y si esto se refiere a un secreto de familia que implica la sexualidad o la muerte, esta duplicación podrá quedarse largo tiempo inconsciente y manifestarse en la edad adulta solamente, a través de un comportamiento sexual aberrante o cualquier otro trastorno. Esto es lo que se llama un *fantasma*. Si la *identificación* con los adultos tutelares no implicase ningún proceso inconsciente, el *fantasma* no existiría. Sólo se transmite en la medida en que el niño lo recoge por su cuenta, y esto a partir de los procesos mentales necesarios a su construcción”.

Las pesadillas genealógicas.

Nathalie Zajde, que es psicóloga e investigadora universitaria, se interesó en los *fantasmas* de la última guerra. En una encuesta sobre los descendientes de los supervivientes del holocausto, estudió cómo los horrores vinculados a la exterminación nazi se transmitían en el seno de las familias, en la generación siguiente, en los hijos de deportados. Constata que los mismos trastornos se pueden también detectar en los descendientes de nazis³². Cita los trabajos de Peter Sichrovsky, periodista austríaco que se interesó por los hijos de víctimas judías de Austria y Alemania, así como a los hijos de nazis. Entrevistados, dice ella, “obsesionados por un pasado tenaz y nefasto”, como si “la población consultada por Sichrovsky fuera una generación heredera de la falta y de la desgracia y que todas sus preocupaciones, todos sus afectos dependiesen de éstas”. El estudio de Nathalie Zajde es una valiosa fuente de informaciones para el tema que nos ocupa. Menciona el trabajo hecho por los psiquiatras con los deportados, no sólo del otro lado del Atlántico, sino también en Israel y en Europa del Norte. Entre los síntomas que ella misma encontró en sus conversaciones con hijos de supervivientes, las pesadillas son muy frecuentes. Veamos el ejemplo de Corinne: “Desde muy pequeña, Corinne tiene pesadillas que están directamente vinculadas con lo vivido en las persecuciones de la guerra. Siempre está asombrada por la naturaleza de estas pesadillas y no entiende porqué, al haber sido criada en la buena burguesía judía en total seguridad, se ve constantemente invadida por terrores invencibles durante su vida nocturna.” Corinne se pregunta “si los no – Judíos tienen sueños de guerra”. Piensa que “es una locura el no haber vivido jamás la guerra y tener sueños tan precisos³³”.

¿De dónde vienen estas pesadillas? Se pregunta Nathalie Zajde. Los traumatismos sufridos por sus padres ¿se arraigan en el inconsciente del hijo, en el momento en que éstos le cuentan los sucesos abominables que tuvieron que vivir?

32 Nathalie Zajde, *Sopla sobre todos estos muertos y que vivan!* Prefacio de Tobie Nathan, “El Pensamiento salvaje”, 1993, p. 193.

33 Ibid., p. 241.

Pero, cómo explicar, en este caso, las pesadillas que atacan a Marc desde que es muy pequeño, y cuando sus padres nunca habían evocado el holocausto delante de él? “Marc se asombra de sus propias pesadillas: sus padres sólo recientemente empezaron a hablarle del pasado y sobre todo, no se acuerda de que jamás le hayan contado las escenas atroces que invadieron las noches de su infancia [...] Sin jamás haber oído a sus padres contar la menor escena de horror, tiene la sensación de haber vivido en “un ambiente y una atmósfera muy densas” desde su más tierna edad³⁴.” El traumatismo de guerra es también central en las investigaciones a las cuales se dedica desde algunos años la psicoanalista Anne Ancelin Schützenberger. Esta antigua resistente que conservó un recuerdo vivaz de la clandestinidad y de los combates del maquis en donde, al igual que su esposo, peleó, durante la última guerra mundial, pudo constatar el peso que representa la Historia en el inconsciente y el destino familiar. Las campañas militares, los bombardeos, las ejecuciones, las masacres, y también los usos y modales en uso, los acontecimientos incluso anecdóticos, de la actualidad de cada año de guerra, son, entre sus manos, extraños sésamos para detectar los hiatos que, en un cliente, afectan su filiación y le señalan un *fantasma*.

Nos encontramos por primera vez en mayo 1997. Su libro, *Ay, mis abuelos!*, un bestseller inesperado que se vendió en más de 40.000 ejemplares, me había apasionado. Su modo de trabajar la genealogía de sus pacientes articulándola con los acontecimientos históricos y el contexto cultural y social, abría perspectivas que no había encontrado en ninguna parte. Por otro lado sabía que era la esposa de un científico de talento,

Marcel – Paul Schützenberger. Había podido apreciar la determinación llena de humor de este hombre durante un debate tormentoso, en 1994, sobre el darwinismo³⁵, del cual combatía, decidido, algunas tesis. Médico, matemático apasionado por teorías de la información, y miembro de la Academia de ciencias, Marcel – Paul Schützenberger probablemente no fue ajeno a la orientación que tomó la carrera de su esposa, Anne Ancelin. Conocía sobre todo sus intervenciones en el campo de las ciencias “duras” (matemáticas, teorías informáticas, biología y Evolución). Por lo tanto fue muy conmovedor para mí descubrir, contado por su mujer, durante la conmemoración del aniversario de su muerte³⁶, su inmenso interés por las ciencias humanas. Aún joven científico, le enseñó los recursos de la sociometría, disciplina entonces poco conocida en Francia, que él había ayudado a formalizar con ayuda del instrumento matemático³⁷. Fundada por Jacob Lévy Moreno durante la guerra, la sociometría estudia desde un ángulo cuantitativo y experimental, las relaciones humanas en grupos o pueblos, así como propiedades psicológicas de estos pueblos. Recalca los papeles que jugamos frente a nuestro entorno directo y la sociedad. La terapia por el *psicodrama*, que es el instrumento privilegiado de Anne Ancelin Schützenberger, interroga esos mismos papeles. Trabajó largo tiempo con

34 Ibid; p. 261.

35 “Las evoluciones de la Evolución”, coloquio en el Senado, de la universidad interdisciplinaria de París, el 4 de junio de 1994, organizado por Jean Staune y Jean – François Lambert.

36 Homenaje público hecho en el Senado el 28 de junio de 1997, por la universidad interdisciplinaria de París.

37 Marcel-Paul Schützenberger, “Estudio estadístico de un problema de sociometria”, *Gallica Biológica - Acta* (1948).

Jacob Lévy Moreno, psiquiatra y sociólogo, que fundó su terapia en los años 1920. El *psicodrama* consiste en “jugar su vida en el escenario psicodramático”, es decir reconstituir, en un escenario terapéutico, una situación personal histórica real o una situación importante imaginaria.

Y Anne Ancelin Schützenberger tiene una larga carrera de clínica y universitaria³⁸, dedicada a practicar, enseñar y difundir el *psicodrama* y la dinámica de grupo en el mundo entero. Aunque haya elegido preferentemente ser terapeuta más que científica (sus investigaciones científicas, a base de estadísticas, están poco difundidas), me llamó la atención el hallar en ella la misma insistencia que en su esposo para interrogar las formas de transmisión de la información que entran en juego en la organización de la supervivencia de los seres vivos. “Me pregunto, me decía, cómo se pueden tener imágenes “fotográficas”, es decir sumamente precisas, con sonidos y luces, olores y escalofríos, de traumatismos que uno no ha vivido y que no fueron contados.” Acababa de hablarme largamente de traumatismos transgeneracionales que tenían su origen en la guerra.

Anne Ancelin Schützenberger trabaja sobre la herencia genealógica individual en grupos de cuatro a seis personas, que duran dos o tres días: “Cada uno, por turno, habla de su familia, inscribiendo los acontecimientos destacados de su historia en una gran hoja de papel. Construye su árbol genealógico, comentado y enriquecido con acontecimientos de vida, el *genosociograma*. *Genosociograma* viene de “genealogía” y de “sociograma” (representación de los nexos, relaciones), precisa Anne Ancelin Schützenberger. Es la construcción gráfica y de memoria, sin documentos ni búsqueda de información previa, del propio árbol genealógico, con sus hechos destacados, los acontecimientos de vida importantes, los lazos afectivos, repeticiones y rupturas, del sujeto con su entorno y con los diferentes personajes de su historia familiar. Por ejemplo, se mencionará quien vive bajo el mismo techo o come de la misma fuente, quien cría a los hijos de quien, quien sustituye a quien en la familia, cómo se comparte, quienes son los privilegiados y los desfavorecidos, etc.” Esta construcción simultáneamente se habla y dialoga con el terapeuta.

Es pues un árbol en parte “imaginario” en el sentido en que no se intenta reconstituir la historia familiar tal como se produjo con total objetividad, sino tal como uno la lleva adentro suyo, conscientemente e inconscientemente. Esta historia presenta “agujeros” o “cosas no-dichas”, que intenta colmar el trabajo con el terapeuta. Confrontado con lo que ha sido tachado de la memoria familiar, se está haciendo posible construirse una representación nueva, inédita, de la propia historia familiar, en la cual la mirada que se tiene sobre los personajes que la componen se halla modificada en la misma medida. En la puesta a punto del genosociograma, alternan relatos personales e intercambios activos entre Anne Ancelin Schützenberger y su cliente.

¿Por qué practica el genosociograma sobre todo en grupo? Porque, para ella, el grupo tiene una función de “resonancia”. Nunca somos individuos totalmente separados unos de los otros. “Bañamos” en un contexto psíquico más amplio, trátase del contexto psíquico o

38 Anne Ancelin Schützenberger es profesora emérita en la universidad de Niza.

del contexto social. Conforme con la óptica de Moreno, Anne Ancelin Schützenberger considera que existe un *co – inconsciente de grupo*, como existe un inconsciente familiar, y que este inconsciente se pone en marcha tan pronto como la gente trabaja en los grupos de *genosociograma*, para la gran ventaja de cada uno de los participantes.

El otro instrumento en el cual se apoya es su conocimiento de la comunicación no verbal. Es, dice ella, la expresión de lo vivido por la utilización del espacio y del lenguaje del cuerpo, que le permite ayudar a un participante a que tome consciencia de su traumatismo y elaborarlo.

“Hay lo que los Americanos llaman “goteras” (*leakage*), los lapsus gestuales: una postura, un gesto que es hablante, por ejemplo una mano se pone alrededor de la garganta y acompaña una emoción invisible. O también los *artefactos*, como el porte sistemático de una bufanda.”

Le pedí me explicara lo que era para ella la comunicación no verbal, y dónde y cómo la había aprendido.

-Sabe Vd., es un largo viaje! En el *psicodrama*, en la técnica del doble, se imitan gestos, postura, ritmo respiratorio del sujeto que está trabajando para identificarse a él. Así es como empecé. Pero también trabajé con Margaret Mead y Gregory Bateson esta forma de comunicación particular. Además, Françoise Dolto me enseñó a prestar gran atención a todo lo que toca al cruce buco - faringeo, en la constricción de la garganta y en los ruidos, tales como rascamientos o cambios de ritmo respiratorio. Sin embargo, en lo esencial, las investigaciones sobre la comunicación no – verbal empezaron en la escuela de Palo Alto³⁹, de Gregory Bateson. Allí filman grupos, familias, en sesión de terapia y se analizan. Schefflen me hizo analizar sesiones de psicoterapia volviendo a pasar la misma secuencia sesenta veces seguidas! Entonces, ahí, sí, se ve: las posturas, los gestos, los movimientos del cuerpo, la tensión muscular, la acción – respuesta, toda una variedad de expresiones corporales. Por ejemplo, la expresión involuntaria de los sentimientos por una mímica, un intercambio de miradas, un gesto de irritación. Mi primer artículo sobre la *comunicación no – verbal* fecha de 1962. Pero mi tesis de doctorado, en 1976, le fue dedicada. ¡He observado y analizado a tantos grupos que tengo como una cámara en el ojo y una mirada en faro! Siempre miro a una persona, cuando está hablando, y estoy atenta a este lenguaje del cuerpo que me informa sobre el modo involuntario – por lo tanto inconsciente – de comunicar que tiene un individuo.

-¿Y cómo hace Vd. la distinción entre un traumatismo procedente de la vida individual y un traumatismo transgeneracional? ¿Se recalca éste por una expresión corporal particular?

-Tengo ganas de responderle que “un tren puede ocultar otro”; o sea que, muy frecuentemente, detrás de un traumatismo personal, hay otro, éste siendo anterior y familiar. Con mucha frecuencia mando a mis clientes hagan investigaciones

39 Palo Alto, ciudad pequeña de los alrededores de San Francisco (California) en donde nace, en el seno de un movimiento de terapeutas (Gregory Bateson, John Weakland, P. Watzlawick), la terapia familiar llamada “sistémica”.

complementarias en los archivos familiares o en el Minitel, o cerca de su familia, para completar sus informaciones. Y a este respecto, el trabajo sobre el genosociograma puede, a veces, actuar más profundamente en el psiquismo que un analista.

-Según Nicolás Abraham y María Török, el análisis del *fantasma* es un trabajo muy largo. Cuando la leí a Vd. me pareció que el genosociograma, al contrario, tardaba muy poco. Y sin embargo, Vd. hace referencia a estos dos autores cuando habla Vd. del *fantasma*, ¿verdad?

-Sí, es verdad. Pero da la casualidad que conocí personalmente a ambos psicoanalistas. Sin duda hay cosas que integré de ellos, sin darme cuenta, e inversamente también, quizás. Tenía, en esta sala en la cual estamos ahora, un grupo de trabajo que se reunía el jueves, en donde venían Nicolás Abraham y María Török mucho antes de que escribiesen su libro. La corteza y el núcleo, en el cual se vuelve el *fantasma* un concepto clínico.

Intercambiamos mucho, y sobre el *fantasma*, hay cosas que me fueron probablemente transmitidas de este modo. Era estudiante en “psico” para el doctorado, al mismo tiempo que María Török. Ibamos cada semana al mismo seminario, el de la psicoanalista Juliette Favez – Boutonier, profesor de psicología en la Sorbonne.

-¿Y cómo explica Vd. las pesadillas genealógicas?

-No las explico, constato simplemente que existen. Se podría hablar de “identificación inconsciente”, de “lealtad invisible”, de “engrama psicológico y psicosomático de la angustia y del daño sufrido”, o de “obsesión de un traumatismo pasado”, según las hipótesis de los diversos autores que se interesaron al aspecto teórico de dichos problemas. Desde hace más de cincuenta años que existe el *psicodrama*, tuve frecuentemente la experiencia de revividos angustiosos, arcaicos, pre – verbales (revivido del nacimiento por ejemplo). Pero los revividos transgeneracionales, sólo estamos empezando a reconocer que existen! Y observo que cuando se descubre la causa de estas pesadillas, cuando el traumatismo está hablado y oído, cuando se le llama “a un gato, un gato”, y que se verbalizan estas imágenes horribles haciéndolo delante de alguien que comprende y hace las conexiones, los síntomas disminuyen notablemente o desaparecen totalmente.

Una vez que se ha visto que se está manifestando el fantasma, se vuelve una señal clínica tan simple como el test del movimiento – reflejo de la rodilla. Reconocía su presencia por el hecho que la gente se vuelve helada y que Vd. siente cómo le viene el frío encima, como si hubiera Vd. abierto una nevera. Frecuentemente, en este caso, personas que padecen, o bien de la enfermedad de Raynaud que es gravísima, o bien de angustias crónicas, asma o bronquitis repetitivas. Converso con una de estas personas mientras está haciendo su genosociograma y, bruscamente, va a buscar un jersey. Entonces, le digo: “¿Tiene Vd. frío?” “¿Qué pasa?” Y muy rápidamente, a partir de este simple signo clínico, hablamos del frío, de un “frío mortal” o de “estar helada de espanto”, etc., y encontramos de cuál antepasado se trata, y qué tipo de problema o traumatismo debe ser.

Estamos entonces en la pista del o de los secretos de familia que producen vividos difíciles y estas repeticiones nocivas.

Si Anne Ancelin Schützenberger siente de repente venir sobre ella el frío que le señala la presencia de un fantasma, Didier Dumas cuenta que sintió él extraños dolores en el vientre frente al primer caso de obsesión que encontró. Entonces era joven analista, practicando desde algunos años solamente, ignorando todo de lo transgeneracional.

La primera vez que se presentó un fantasma en mi despacho, estaba tan poco preparado a percibir su existencia que lo recibí por un trastorno corporal de una violencia espantosa: padecí insoportables crispaciones abdominales. Era absolutamente incomprensible. Me asaltaban estos dolores cada vez que recibía a una cliente que, sin embargo, no decía palabra desde hacía varios meses. Tenía otros clientes que se callaban como ella, sin provocar en mí, sin embargo, esta dolorosa sensación. Se trataba de una mujer a quien se le había dado el nombre de una hermana muerta en tierna edad anterior a ella. La llamé Blanca⁴⁰. Esta mujer había sido concebida sustituyendo a otra. Y, además, al darle la identidad de una muerta, su madre no se había liberado del luto de su primera hija. La muerte de esta hermana mayor ya era el producto de un fantasma, el de una hermana de la madre, que se había ahogado cuando, de pequeñas, jugaban ambas cerca de un estanque. Casi hacían nueve meses que venía Blanca puntualmente a sus sesiones, pero sin decir la menor palabra y no conseguía comprender lo que podían significar estos dolores abdominales, creadas en mí por su mutismo. Hasta el día en que, después de todas las preguntas que me hacía sobre este fenómeno, alargó la sesión y estoy estupefacto al oírla decirme: “Quería decirle que quería estar en su barriga”. Comprendí en seguida lo que significaban estos dolores de vientre. Expresaban el deseo que tenía Blanca de hallar, en mi persona, a una madre utilizable para ella sola. Durante esos nueve meses de silencio, había regresado sin atreverse a pronunciar este deseo, *a priori* obscuro, de querer albergarse en el vientre de un hombre.

Su silencio era una regresión al estado fetal. Y a través de este deseo impronunciable, expresaba el sufrimiento de sólo haber venido al mundo en sustitución de otra, cuyo nombre llevaba.

40 Este caso fue publicado en *El Ángel y el Fantasma*, *op. cit.*, p. 17 y siguientes.

3. La psicogenealogía

-Se casaron sus padres un 26 de Abril, ¿y Vd.? Le pregunta Carole Labédan.

-Sí, yo también, contesta Martina muy extrañada.

-Tuvieron dos hijos. Y Vd., ¿cuántos tuvo Vd.?

-Dos, responde Martina apenas repuesta de su asombro.

Desde hace un momento, Martina navega en medio de hilos impalpables del parentesco. ¿Cómo se llamaba su abuelo paterno? ¿En dónde vivía? Fuera de su oficio de sastre, su padre no le había hecho muchos comentarios. ¿Sabe algo más de su abuela?...

Pero desde hace un momento, nace una evidencia. Penetrar en esta investigación revela en qué modo lo que uno creía haber elegido conscientemente (su profesión, su casamiento, sus hijos) no refleja únicamente una elección consciente. Y están también en juego comportamientos familiares, actitudes cómplices de su padre, de su madre o de cualquier otro pariente que para ella fue importante. Y para llegar a comprender esto, Martina se fue a consultar a una psicogeneóloga.

El trabajo de un psicogeneólogo consiste en evidenciar lo que Freud llama la “repetición”, el enemigo más insidioso de la vida mental. En la boca de los clínicos de lo genealógico, el concepto de repetición no es del todo idéntico al de la obra de Freud. Para éste, la psique de los padres y de los antepasados no influencia ni la constitución de la nuestra, ni el destino del individuo. Los clínicos de lo genealógico recogen pues este concepto por su cuenta, ampliando su significado. Todos consideran en efecto que la repetición es mucho más inquisitiva en su dimensión transgeneracional que en su dimensión individual. Más violenta, más radical, la repetición genealógica es absolutamente inevitable y no se puede trabajar en la historia familiar sin encontrarla.

“Empecé a interesarme en este tema hace unos diez años, a partir de una reflexión de mi hija, escribe Anne Ancelin Schützenberger en *Ay, mis abuelos!* Me decía: “Te das cuenta, Mamá, que eres la mayor de dos hijos, y el segundo ha muerto, Papa es el mayor de dos y el segundo ha muerto y yo, soy la mayor de dos hijos, y el segundo ha muerto... y que, desde la muerte del tío Jean – Paul, me temía de alguna manera la muerte de mi hermano...” (hasta que se produzca).

Fue un golpe. Era verdad, y el hecho que se trate de accidentes, y accidentes de coche, no cambiaba nada al problema, al contrario.

Entonces busqué en mi memoria, respecto de mi familia, y encontré muertos, y muertos a repetición⁴¹.”

41 Anne Ancelin Schützenberger, *Ay mis abuelos!* Desclee de Bouver/La Méridienne, 1993, p. 75 (édition rev. Aum. 1998).

Anne Ancelin Schützenberger entonces se giró resueltamente hacia el análisis transgeneracional. Hoy, practica terapias de grupo centradas en la construcción del genosociograma. Porque, para ella, en este trabajo, “lo más interesante, lo más nuevo es el establecimiento de los nexos probables entre los acontecimientos, las fechas, las edades, las situaciones. Y constatar las repeticiones⁴²”.

Didier Dumas es igual de afirmativo. “Cuando nos cuidamos de niños y que asumimos los problemas de los padres, la repetición es en sus aspectos más espantosos, ante todo genealógica. Los que nos consultan por los problemas que les plantean sus hijos atestiguan de ello unánimemente.

La llegada de un hijo siempre es el envite de una repetición. Hacer un hijo, es primero repetir lo que los propios padres hicieron. Las mujeres les dicen: “Yo, sólo tuve por amantes a unos artistas, con cabello, tíos divertidos y luego, no sé por qué, hice un hijo con un hombre de una rigidez!... Es espantoso, es igual que mi padre!” O bien él nos cuenta: “Estábamos muy enamorados, muy felices sexualmente, y desde que ha llegado este hijo, nada. Ya no podemos tocarnos”. En su infancia, vivieron a sus padres como seres asexuados y cuando se vuelven padre o madre, se encuentran ellos mismos asexuados sin comprender el porqué. Son los últimos en darse cuenta que repiten así a sus padres! Y este modo en que cuentan que, desde que son padres, perdieron toda sexualidad, es la forma más corriente de la repetición”.

Para Didier Dumas, la repetición sólo se “saldar” en un síntoma a la condición de que proceda de una similitud mental entre ambos padres. Considera que los trastornos mentales nunca proceden de uno de los dos.

Cualquier hombre, declara en *El Ángel y el Fantasma*, está capacitado para disolver los *fantasmas* del linaje materno, sin tener nada más que hacer que vivir con el hijo, ser su padre, pero a condición de que no esté, él – mismo, portador de un fantasma similar o complementario.

Se insiste mucho sobre el determinismo de orden genealógico que rige la elección del cónyuge, entre los terapeutas familiares que participan a la revista *Diálogo*. Una revista que recopila investigaciones clínicas y sociológicas sobre la pareja y la familia. “La clínica de las familias y parejas nos permite constatar que la elección de la pareja con quien se contemplan proyectos de futuro familiares, no se debe al azar”, escribe la psicoanalista Evelyne Granjon. Según ella, “la alianza fundadora de la pareja, luego del grupo familiar, se basa en lazos libidinales y narcicistas” pero también “genealógicos”. En su opinión, esta alianza “es el encuentro de dos linajes, en su complementariedad y sus fracasos”. Y se pregunta con más precisión: “¿Cuál destino lleva tal hombre o tal mujer a elegir esta otra familia (y naturalmente también a esta otra persona) si no es alguna cuenta pendiente con su propia familia?” Una tarea que no se puede asumir solo, opina Evelyne Granjon, para quien “lo genealógico está en acción desde la fundación del grupo familiar, en las premisas del aparato psíquico familiar”. En cuanto al “encuentro genealógico” que

42 Ibid., p. 89 padres. Para él, se deben, principalmente, a una “puesta en común” o a una “complementariedad” de los fantasmas de quienes son ellos mismos los herederos.

constituye a sus ojos la pareja, su característica es el ser un “negativo fundador de la pareja”, un “no saber” que refleja, en cada miembro de la pareja, a “importantes no – dichos en su respectiva familia”. “La elección amorosa puede estar inducida por un fantasma”, escribe otro psicoanalista familiar, Denise Morel⁴³. Este fantasma puede, según ella, ser el de un muerto que, en las estructuras del inconsciente de una de las dos familias, no pudo estar enterrado, no pudo ser objeto de un luto. En este caso, “la alianza entre los dos esposos era ante todo una alianza entre uno de los miembros de la pareja y el “fantasma” de uno de los padres”. Es así como “la elección amorosa representa entonces una especie de representación, en la generación siguiente, de lo que forma parte de estos famosos secretos de familia”.

Genealogía y nuevas terapias.

Pero no forzosamente es necesario ser psicoanalista para practicar la psicogenealogía. Es un instrumento a tal punto exitoso que funciona solo, o casi. Así, el trabajo de Carole Labédan consiste principalmente en dejar que los que la consultan establezcan un nexo entre lo que les sucede, aquí y ahora, en su vida, y los elementos de su historia genealógica. Carole no se considera psicoanalista, es psicogeneóloga. Vimos como el análisis genealógico era el hecho de analistas que no se conocían entre sí. Esta situación parece por cierto haberse apenas modificado hoy, unos veinte años después de los primeros trabajos clínicos publicados en este campo. Esto quizás explica que lo genealógico surja también en el trabajo de terapeutas que no son psicoanalistas, tal como Jodorowski⁴⁴. Alejandro Jodorowski forma parte de los famosos de París. De origen Chileno, este hombre tiene múltiples talentos. Es guionista de películas y dibujos animados, escritor y gran conocedor de tarot. Echa las cartas en un bar parisino y hace hacer, a los que se lo piden, su árbol genealógico. Para Carole Labédan, su encuentro con “Jodo” fue decisiva. La tendencia a considerar la historia familiar como formando parte de lo que, en cualquier trabajo sobre uno – mismo, debe estar explorado y cuestionado, se está generalizando casi por todas partes actualmente, no sólo en el círculo de los terapeutas no - médicos, sino también, lo veremos, en el mundo médico. En el campo terapéutico, lo transgeneracional parece así hacer mancha de aceite. Numerosos son los clínicos que integraron este nuevo instrumento en su práctica. Está, bajo diversos aspectos, presente en la terapia familiar, el análisis transgeneracional y comportamental, la psicoanálisis de niños, el grupo – análisis y las terapias de pareja. El material valioso que aporta a cualquier empresa terapéutica un trabajo sobre el árbol genealógico, ocupa un lugar importante en todas estas formas de terapia. El llamarse esto “hacer su árbol” o su “genosociograma”, o su “genograma”, no cambia nada. La naturaleza del trabajo es la misma. Además, es posible en nuestra época consultar terapeutas de un nuevo género cuya acción se limita a volver conscientes visiones implícitas, no – dichas o inconfesables que, en la historia familiar de una persona, constituyen su herencia mental inconsciente. Son los “psicogeneólogos”.

43 Denise Morel, “Elección de la pareja y genealogía”, en *Dialogue* n° 100, “El dialogo y el secreto”, 2° trimestre 1988.

44 Escribió dos libros sobre este tema: *El teatro de la curación* (con Gilles Farcet), Albin Michel, 1994, y *El árbol del dios colgado*, Métailié, 1996.

Los psicogeneólogos pertenecen a la familia de los “psi”, pero aman su especificidad. “La terapia en psicogeneología es una psicoterapia analítica. No tiene nada que ver con una psicoanálisis o una terapia del comportamiento. Es también diferente en algunos aspectos, de las psicoterapias tradicionales⁴⁵”, escribe Chantal Rialland, en un libro dedicado a la psicogeneología. Pero precisa también que “la psicoterapia analítica recoge las bases teóricas de la psicoanálisis: papel del inconsciente, análisis de los sueños⁴⁶, etc.”.

En cuanto a los o las psicogeneólogos que encontré, frecuentemente habían hecho su propio análisis, así como todo tipo de otras investigaciones. “Era farmacéutica, me explica Nicole Rivière, cincuenta y cinco años. Seguí una psicoterapia con un psicoanalista, luego una terapia emocional de grupo con Etienne Jalenques. Además trabajé la astrología con un psicoanalista freudiano, profesor de universidad en Nanterre, Philippe Granger. Me enseñó todas las bases de la psicología durante cinco años y me fomentó ganas de formarme en psicogeneología. Lo cual emprendí con Anne Ancelin Schützenberger. Con ella, trabajo tanto el psicodrama como la dinámica de grupo, como la genealogía. Hoy, soy psicogeneóloga. Ayudo a la gente a hacer su genosociograma en tres o cuatro sesiones de dos horas”. Carole Labédan, estudió largamente, después de su árbol, los nexos entre azar y predicción mediante los arquetipos del Tarot de Marseille, y el sistema Chino de adivinación del I Ching que son, en su opinión, dos instrumentos de “autocuración”. El hecho de haber hecho una psicoanálisis muy clásica no impide que estos terapeutas de un género nuevo estén muy apegados a su actividad de psicogeneólogos.

Bien porque encuentran que esto es más eficaz y más rápido al nivel de las ventajas clínicas, bien porque prefieren un protocolo de trabajo menos pesado que el de su propia cura. O bien porque hayan hecho esta elección, justamente porque su psicoanalista era como el mío, ignorante total de lo genealógico. Los psicogeneólogos no pretenden tener otra formación que la de su árbol personal. Algunos reanudan, como Carole Labédan, con las tradiciones orientales que, contrariamente a los analistas freudianos, reconocen el lugar de los ancestros en el psiquismo. Los que han sido formados por Alexandro Jodorowski son familiares de las prácticas adivinatorias como el tarot, que él usa de forma inmejorable en su dimensión terapéutica. Es el caso de Chantal Rialland quien fundó un instituto de psicogeneología. Lo cual atestigua del deseo de oficializar una profesión que debería conocer, en los años venideros, un bello desarrollo ya que los que se dedican a ello profesionalmente hoy día son cada vez más numerosos.

Trayectoria de una psicogeneóloga.

Encontré a Carole Labédian por primera vez en una velada del Jardín de ideas⁴⁷. Había venido, aquella velada, atraída por la conferencia de Benny Cassuto, médico acupuntor, sobre los “meridianos extraordinarios⁴⁸”. Esta mujer joven muy vivaz, que lleva el pelo

45 Chantal Rialland, *Esta familia que vive en nosotros*, Robert Laffont, 1994, p. 241.

46 Ibid., p. 240.

47 El Jardín de ideas es un grupo de investigación sobre los sistemas metapsicológicos que Didier Dumas y yo creamos en enero de 1996.

48 Los “meridianos extraordinarios” corresponden en medicina China a lo que Françoise Dolto conceptualizó bajo el término de imagen inconsciente del cuerpo, memoria muda pero fiel, de toda la encarnación, desde el embrión hasta el anciano. Estos maravillosos vasos son, de algún modo, una anatomía dinámica, evolutiva, de nuestro inconsciente freudiano.

corto, en un casco denso creciendo alrededor de una cara de niña alegre, se dice autodidacta. En su boca, esto significa que todo lo que practicó a lo largo de su vida le sirvió para inventar su profesión: sus estudios literarios, la práctica de diferentes enfoques corporales, del shiatsu⁴⁹, del Qi Gong, de la relajación de Schultz, el trabajo con la voz, el conocimiento del pensamiento tradicional Chino energético, la frecuentación asidua de la etnometodología⁵⁰, el estudio de las funciones emblemáticas propias a diferentes grupos humanos. Y hasta la compra-venta de trastos viejos y la moda que le enseñaron, la primera la importancia de la memoria simbólica de los objetos del pasado, la otra “a qué punto es fuerte el deseo, en cada uno, de crearse una apariencia sentida como adecuada al propio ser más íntimo”.

Todo empieza pues para ella el día en que, encontrando a Jodorowski, hace ella su árbol con él. “Este encuentro fue una bendición!” dice. Un momento bisagra en su trayectoria ya que, después de este trabajo, emprende el camino de la psicogenealogía. En ese momento, concreta, “sentí cómo me volvía por fin la actriz de mi propia vida”. Porque, “antes de esto, no hallaba mi terreno de predilección, ni los medios de situarme en el mundo. A la edad de quince años, sin embargo había seguido una psicoterapia con un psiquiatra durante tres años. Pero al hacer mi árbol, comprendí la medida en que iba repitiendo, acomodándolos a mi manera, modelos familiares de los cuales no tenía consciencia. Volví a pasar por mi punto de origen, lo cual me permitió descubrir que mis sufrimientos no eran vanos, que tenían un sentido para esta gran cadena de generaciones en la cual se inscribe cada vida humana. Aprendí a ver pruebas, posibilidades iniciáticas”. Y añade con una sonrisa: “Los terapeutas suelen ser gente que ha sido maltratada duramente por la vida. ¿No se debe haber sufrido para curar o aliviar?”

Jodorowski le abrió la vía de la psicogenealogía y entonces Carole realiza su formación al modo de los Compañeros de antaño, sin dejar nada al azar. Da la vuelta a los profesionales “del árbol”. Trabaja algún tiempo con Chantal Rialland que asegura su formación teórica, sigue su investigación con Anne Ancelin Schützenberger con quien aprende, al hacer su árbol en sesión de grupo, la realidad concreta del *síndrome de*

49 El shiatsu es una técnica de cuidados mediante los masajes y la comunicación táctil.

50 La etnometodología, enseñada en Paris VII enseña el pensamiento Chino tradicional: “Empecé entonces a establecer nexos entre, por una parte, la ancestralidad y sus efectos sobre la vida del individuo y, por otra parte, la energética China y la teoría taoísta de los antepasados. Ambos enfoques evidencian la necesidad de considerar al individuo en su globalidad, una globalidad que incluye forzosamente la dimensión espiritual. La misma noción de filiación puede declinarse tanto con relación a los antepasados y al mundo que me rodea como con relación a un espíritu creador. El tiempo de los antepasados, le gusta decir, es el tiempo del origen de la especie, también es el tiempo del proyecto de la célula viva: proyecto de la concepción como el de la enfermedad. Los Antiguos Chinos consideraban que un “mandato” estaba dado por el Cielo, en la filiación a los antepasados, y que pasaba a través de la existencia singular de cada uno de ellos. Este mandato pasa pues a través mío, el último descendiente, vivo hoy, aquí y ahora; pero soy yo quien decido de mi destino, del modo en que voy a honrarlo. Nacemos con un proyecto de vida, por cierto personal, pero sin embargo vinculado a nuestra herencia. En el pensamiento tradicional Chino, un proverbio afirma que para conocer a una persona, hay que conocer su genealogía sobre nueve generaciones. El mandato (término que prefiero al de destino, demasiado fatalista) es el modo en que cada cual puede hallar su punto de inserción y de acción en el mundo y realizarse en él. El mandato es la dimensión propiamente espiritual del ser, la en la cual nos sentimos vinculados al espíritu creador que obra en nosotros, y nos empuja, siempre más adelante, al descubrimiento de lo que somos. El trabajo sobre el árbol permite hacer la parte de los mandatos mal acabados que recogimos en nuestra cuenta propia, y liberar lo que nos pone auténticamente en resonancia con nosotros – mismos.

aniversario y el papel que juega la Historia en la elaboración del *genosociograma*. Paralelamente, encuentra a Jean – Marc Eyssalet que se interesa en los métodos de funcionamiento propios a cada grupo humano.

El árbol genealógico es también la más bella de las máquinas adivinatorias. A cada dificultad que se presenta, se le puede volver a interrogar. Las ramas del árbol forman parte de nuestras estructuras más profundas, y sondarlas permite aprender, en términos valederos para uno – mismo, lo que bloquea. Siempre responde el árbol. No forzosamente entrega la solución, pero los elementos de información que emanan de él permiten ir algo más lejos, en la buena dirección.”

La psicogenealogía, modo de uso.

“Practico la psicogenealogía bajo forma de una terapia individual. El árbol, o el genosociograma es una técnica que se inscribe dentro de esta terapia. Se lo puede concebir también como un trabajo por realizar en grupos de cinco a seis personas. Entonces es una intervención puntual. Para que alguien quiera hacer directamente su genosociograma, debe realmente estar muy motivado, o dentro de un sufrimiento agudo, crucial. Una vez construido, revela un esqueleto de significado, y hay que estar listo para aceptarlo. En esta óptica, más vale darse tiempo para hacerlo. El tiempo necesario para hacer el inventario de los elementos de la historia personal y familiar puede tardar entre un año y un año y medio.

Todas las personas con quienes trabajo, llegan con un objetivo que deben apuntar en una hoja. Frecuentemente se trata de superar un problema, una dificultad de vida: problema de inserción profesional o económico, dificultades del compromiso amoroso, deseo de hijo no realizado, enfermedad... Uso este objetivo como se lanzaría un motor de búsqueda. Una vez logrado este objetivo, esto permite pasar a otra cosa. No es una psicoanálisis en la que uno inicia un proceso reflexivo y donde sólo se habla de sí.

El trabajo se realiza mediante grandes hojas de papel en las cuales nunca intervengo directamente. La hoja es un espacio de transacción importante: el trazado es evolutivo, se va enriqueciendo poco a poco con signos que escribe la persona a medida que progresa el trabajo. Escribir, simbolizar, hacer imágenes con colores, dibujos, la llevan a dar el retrato íntimo de su familia tal como ella la lleva. Le pregunto primero situarse en esta hoja con el conjunto de su familia conocida, viva o muerta. Esta representación queda generalmente tal cual, no se vuelve a trabajar sobre ella directamente. Luego, sobre otra hoja, trabajamos distintamente en el linaje materno y el linaje paterno. Siempre se esfuerza uno en detectar las repeticiones y los temas importantes. La única regla siendo que nunca se borra lo que ha sido escrito. Una información relativa a una abuela que luego, después de investigación, se halla anulada o contraria, coge todo su peso a la hora de rectificarla. Este conjunto de inscripciones constituye el soporte del trabajo de interpretación. Para alguien, puede ser desconcertante hablar de su abuela o de un lejano tío en vez de sí – mismo. Siempre propongo, en paralelo, un trabajo corporal con otro terapeuta, para que se puedan poner en relación las manifestaciones del cuerpo (dolores de vientre, de cabeza, etc.) con lo que se trabaja en ese momento. Frecuentemente de este modo, se sueltan bloqueos obstaculizando la puesta en consciencia.

Este trabajo entre dos terapeutas que poseen instrumentos diferentes y que no comunican entre sí directamente, sino únicamente a través del paciente, constituye una posibilidad, para éste, de situarse como el fruto de un encuentro entre un principio materno (lado corporal) y un principio paterno (lado de la palabra y del árbol). Y esto, sin prejuzgar del sexo físico de sus terapeutas. Al tratarse de actualizar, aquí y ahora, el sentido de la filiación que cruzó nuestros linajes antes de nosotros, este tipo de protocolo representa un apoyo importante; el paciente puede de este modo anclar, en su consciencia, la legitimidad de su concepción y de su llegada al mundo, en el seno de sus linajes. Lo importante es encontrar el sentido del encuentro entre su padre y su madre, lo que hace que uno esté aquí.

El hacer legítimo el encuentro entre un hombre y una mujer, los que sean, habiendo dado lugar a ese individuo ocupado en hacer su árbol, ya es comprender que sus deseos tenían un objetivo, que ellos mismos estaban llevados por una trama inconsciente que orientó su elección. Se penetra en el propio sentido de su filiación y se halla el propio sentido como individuo.

Este trabajo puede dar el sentimiento de un inmenso caos: volver a poner en tela de juicio el sentido y el valor de lo que se transmite con el curso del tiempo, a través de decenas de padres y antepasados hasta uno mismo, individuo solitario pero heredero de toda esta gente! Sí, somos individuos, pero aunque individual, uno está ubicado dentro de una filiación: uno es hijo o hija, nieto o nieta, bisnieto o bisnieta etc. Además, cada cual puede ser padre o madre.

En cualquier terapia de este tipo, hay tiempos de impaciencia, momentos de cansancio, de digestión, revelaciones. Hay que hacer un luto de lo que uno había aceptado hacer hasta hoy, por fidelidad, a inducciones familiares más o menos explícitas, antes de reconocerse una identidad propia.

El único trabajo de la palabra no basta, de aquí la idea de hacer actos.

Dibujar el propio árbol, escribir en él, hacer elecciones de símbolos, colores, efectuar investigaciones concretas, ya son actos en sí, pero además ocurre con bastante frecuencia, que proponga un acto simbólico, un ritual, a realizar en lo diario, con el propósito de levantar una prohibición. Un día a una mujer joven que tenía dificultad en asumir una función de poder en su profesión, pedí que llevase en cualquier ocasión un bastón bonito que le había prestado y esto, hasta nuestro próximo encuentro que debía producirse quince días más tarde. No debía separarse de él bajo ningún pretexto. Se me ocurrió este ritual al ver que el poder le parecía irremediadamente destructor y manipulador porque asociado a una persona de su familia a quien no amaba, y a quien no quería parecerse. Había dibujado una representación de esta persona llevando un palo. Al mostrar este “bastón de poder” como dicen los chamanes, puso su temor a prueba para constatar finalmente que podía ella también asumir funciones de mando, sin confundirse sin embargo con esta parienta. Cuando me devolvió el bastón con el cual pudo hacer un uso lúdico, sus dificultades en aceptar la jerarquía se había singularmente allanado y había tomado consciencia de la evolución que se había operado en ella.

El ritual frecuentemente es la reparación de un traumatismo genealógico que nunca había podido, hasta entonces, superarse. Sucede que acaba bellamente con el trabajo en el árbol, levantando la prohibición o la creencia que bloquea desde tiempo el desarrollo individual. El ritual es una información nueva mandada al inconsciente arcaico, el inconsciente ancestral, para volverlo a programar en una vía más viva. Cuando el acto cierra el trabajo, marca el final de la relación terapéutica poniendo al paciente en una dinámica que ya sólo depende de él.

La necesidad de hacer actos en el curso de la terapia aparece frecuentemente también en extraña sincronización. Es en el momento en que el paciente toma consciencia de una dificultad personal la cual había quedado desapercibida para él hasta entonces, cuando brota en su vida una petición o una oferta en relación estrecha con su dificultad. Me acuerdo de una mujer joven que no podía hablar en público. En el momento en que toma consciencia de esto, se le propone justamente dar una conferencia sobre un tema que la apasiona! La conferencia sale bien - el cielo no se le cayó encima- otra conferencia se dibuja en el horizonte. Es suficiente a veces para que el individuo, antes vencido bajo el peso de una inercia familiar dedicada a la única repetición, aprenda primero el arte de actuar, de ser actor en su vida, antes de volverse él mismo investigador o creador.

El trabajo genealógico transforma el peso de la historia familiar en un material cuya riqueza de información puede ser explotada por el sujeto a su antojo. Éste se vuelve así un pivote, una articulación de consciencia en la sucesión de las generaciones. Ya no trabaja sólo por su cuenta, restituye así dinamismo a sus linajes.

Los pacientes que realizaron este trabajo emplean frecuentemente, para describirlo, la imagen de trozos de puzzle que, "antes no encajaban bien" y que, poco a poco, cambian de forma. Llegan a componer un conjunto armonioso, al cual corresponde un experimentado del mismo orden, unificador, en el trabajo corporal. Es una apertura sobre la globalidad y la disponibilidad íntima."

Al término de esta conversación con Carole Labédan, una pregunta subsistía al borde de mis labios. Se la hice:

-Si el trabajo que hacemos sobre esta herencia puede revelarnos cuán hondamente estamos hechos de los que vinieron antes de nosotros, entonces, dónde ubicar nuestra libertad individual?

-Esta es la cuestión: soy a la vez un heredero –heredo de la problemática familiar, le debo algo en términos de deuda y dones – pero no simplemente soy miembro de una familia. Como individuo, dispongo de un potencial de novedad, creación, originalidad. Me pertenece mi destino. No es de mis ascendentes. No estoy únicamente al servicio de la temática familiar, ni totalmente liberado de esta temática. La psicogenealogía interroga este movimiento de va y ven entre determinismo y libre albedrío, a favor del cual cada uno puede situar su lealtad de sujeto miembro y acceder a la soberanía de su vida.

4. El síndrome de aniversario.

El caso Myriam.

Es el invierno, poco antes de Navidad. Miriam tiene trece años cuando se cae accidentalmente en una barra de hierro que baliza una carretera del Quebec. La nieve acumulada forma pequeñas colinas en los campos y Miriam, jugando, se lanza sobre una de ellas para deslizarse en ella. Pero de repente, resbala y, saliendo de la extremidad de la pendiente, cae directo sobre una barra de señalización más abajo. La barra está helada dentro del suelo, los enfermeros de la ambulancia deben primero sacarla del palo antes de llevarla al hospital.

Sobrevivió Miriam a este accidente. En el plano físico, está curada, pero queda profundamente perturbada. Su madre, durante una de sus visitas, desvela a su hija, en presencia del médico lo que ella llama su “gran secreto”: ella misma fue violada por dos hombres en la misma edad en que su hija cayó atravesada en un palo, lo cual nunca había dicho ella a nadie.

Y, la barra que había atravesado el duodeno de Miriam, de punta a punta, le rompió el himen y perforó el diafragma. Pasó entre el recto y la vagina sin dañar ni al uno ni al otro, rozó las vísceras de algunos milímetros y salvó la vejiga, el útero, el estómago y el hígado. Miriam salió de esto con mucha suerte y dejó el hospital diez días después del accidente.

Pero al haberse enterado de lo sucedido a su madre en la misma edad, Miriam descubrirá pronto, en una encuesta que realiza, esta vez, sobre su abuela materna, la extraña repetición genealógica a la cual la confronta su accidente. Dos generaciones antes, su abuela había ella también sido violada dos veces, a los once y trece años, y nunca lo había dicho.

Este caso, comunicado⁵¹ por el Pr. Ghislain Devroede, del servicio de cirugía general, en el Centro universitario de salud de la Estrie en Sherbrooke, en el Quebec, ilustra de modo elocuente la entrada del análisis transgeneracional en clínica quirúrgica. Es la primera vez, en efecto, que un cirujano constata el alcance repetitivo y familiar de traumatismos corporales accidentales, que no deben nada, naturalmente, a la herencia genética. Este tipo de repetición es lo que cierto número de clínicos convinieron llamar el *síndrome de aniversario*. El *síndrome de aniversario* es la forma singular que puede tomar la repetición genealógica cuando está vinculada a cifras significativas tales como fechas destacadas en una familia, o las edades en los cuales fueron vividos acontecimientos traumatizantes.

El inconsciente tiene buena memoria.

En Francia en donde, no lo olvidemos, nació la teoría de lo transgeneracional, psicoanalistas de maternidad realizaron investigaciones sobre las fechas de concepción,

51 Anne Ancelin Schützenberger publicó dos casos del Pr. Devroede, , éste entre ellos, en la 10ª edición de enero de 1998 de *Ay mis abuelos!*, op. cit., p. 191-193. Para este capítulo, hemos modificado algo su presentación.

parto, y nacimiento de los bebés, y atestiguan, del mismo modo, desde 1978, de la realidad desconcertante del *síndrome de aniversario*.

En 1992, caí incidentalmente en un viejo número de *Psicoanálisis* en la universidad, que me alumbró en las relaciones que mantienen sexualidad y muerte en la procreación. En un artículo firmado por el doctor Monique Bydlowski, se podía uno informar de una serie de hechos clínicos revelando cómo las fechas de nacimiento de los hijos podían asociarse, en el inconsciente de las madres, con una muerte anterior ocurrida en su propia vida o en sus linajes. Me apresuré en ir a interrogar su autor.

Monique Bydlowski me recibió en su oficina del hospital Tarnier. Encontré, cerca de esta mujer con palabras concisas, la materia de un primer artículo sobre el papel del inconsciente transgeneracional en la fecundidad⁵². Monique Bydlowski es directora de investigación en el Inserm y en el Laboratorio de psicopatología fundamental y psicoanálisis, en la universidad de Paris VII.

Es neuropsiquiatra, de orientación y práctica psicoanalíticas y conduce investigaciones sobre los temas de “la problemática inconsciente de la reproducción humana” y de la “psicopatología perinatal”. Los trabajos clínicos del Dr. Bydlowski se basan en parte sobre la teoría de la *cripta* y del *fantasma* de Nicolás Abraham y María Török. Muestran que a veces existe una relación directa entre el deseo de un hijo y un luto no hecho. Al nivel de la concepción del hijo, todo sucede como si el inconsciente tuviera “buena memoria”, memorizando las fechas como tantos “significantes”, es decir recuerdos de muertos cuya importancia psíquica fue descuidada o de sucesos (pérdida de un órgano, aborto prematuro, por ejemplo) que, por el juego de las coincidencias y ciclos de estaciones, mandan, otra vez, a otros acontecimientos – familiares éstos – que han sido en el pasado borrados.

Recordemos que María Török puso en evidencia un hecho clínico del cual decía que existía casi universalmente: la fiesta maníaca. Como lo vimos, ésta se activa con ocasión de la muerte de un ser querido provocando una llama de sexualidad que, asociada a la vergüenza y la culpabilidad, dará más tarde lo que ambos buscadores nombraron una cripta o también una enfermedad de luto. Monique Bydlowski muestra que la fiesta maníaca puede también expresarse en la concepción de un hijo:

“Es una puesta en obra, escribe, o mejor dicho una puesta en hijo. Literalmente, ya no hay cadáver, hay un hijo que viene a sustituir y hacer barrera al luto como proceso elaborativo eventual. Hay negación del luto.

El cadáver se hunde dentro del hijo.⁵³” Pero es entonces cuando “este hijo salió mal: interrupción de embarazo, prematuridad grave, incluso psicosis precoz”. Ampliando este análisis, Monique Bydlowski demuestra que si el luto de un ser querido no pudo hacerse,

52 Monique Bydlowski, “los hijos del deseo, el deseo de hijo en su relación con el inconsciente”, *Psicoanálisis en la universidad*, 1978, tomo V, n° 13.

53 Monique Bydlowski, “los hijos del deseo, el deseo de hijo en su relación con el inconsciente”, op. cit. p. 70.

la fecha aniversario de su fallecimiento puede, por sí sola, revelarlo, porque esta fecha se halla entonces en la de la concepción, del nacimiento o del término previsible del embarazo. Estas tres fechas pueden pues tener por origen una enfermedad de luto, y la validez de esta hipótesis fue comprobada por el Dr. Bydlowski cerca de gran número de mujeres embarazadas. Pero, de hecho, me confió, en un nivel fantasmático, “muchas mujeres consideran el nacimiento de un hijo como la repetición, el renacimiento de alguien desaparecido y que se añora”. Y aún tengo en memoria la emoción suscitada por este “artículo” entre las mujeres de la redacción de las páginas Ciencias del periódico: ¿debíamos, nosotras también, ser consecuentes? ¿Tomar bastante seriamente las investigaciones de Monique Bydlowski, mirando de cerca las fechas de nacimiento de nuestros propios hijos?

El trabajo psicoanalítico en maternidad.

Cinco años más tarde, en su último libro, *La deuda de vida*⁵⁴, Monique Bydlowski vuelve a tomar estas consideraciones pero volviendo a ubicarlas en el contexto de los hechos que permitieron su elaboración, para revelar toda su dimensión clínica y social.

Como todos los que optaron por un concepto transgeneracional del inconsciente, un *outsider*. Constatando el vacío que existe entre la medicina y el psicoanálisis en el terreno de la reproducción humana, queda de acuerdo con el Pr. Papiernik sobre la necesidad de introducir a un psicoanalista en su servicio de maternidad. Para ella, el parto no debe mirarse como un acontecimiento biológico, sino como “psicosomático”. No sólo hay una reproducción del cuerpo en la persona de un bebé, sino que también una transmisión psíquica de representaciones inconscientes por parte de los padres. Emile Papiernik no discutió este enfoque del nacimiento. Es, no lo olvidemos, junto con René Frydman y Jacques Testart, uno de los padres promotores de la técnica de la fecundación *in vitro* en Francia. Nuestra medicina le debe el primer nacimiento en 1982, en el territorio francés, de un bebé – probeta, la famosa pequeña Amandina. Es así como Monique Bydlowski fue uno de los primeros psicoanalistas – ha habido algunos más desde entonces – que trabajó en maternidad.

Empezó en su servicio, en la maternidad Antoine-Béclère, en Clamart, y siguió a Papiernik en la de Port-Royal, en París.

Su método es nuevo en muchos aspectos. Pocos analistas aceptan trabajar, como ella, en estrecha colaboración con un equipo de obstetricia compuesta de médicos, comadronas e enfermeras. En tales condiciones el psicoanalista, escribe ella, está “confrontado con los acontecimientos en caliente, en vez de ser únicamente el testigo de relatos, a distancia⁵⁵”. Bajo sus ojos, se plantean temas relativos a la transmisión de la vida psíquica y al niño muerto, mayormente ocultados en la práctica de consulta en la ciudad. El riesgo que se corre, afirma, es el de verse “cambiado en sus puntos de referencia teóricos clásicos⁵⁶”.

54 Monique Bydlowski, *La deuda de vida*, PUF, 1997.

55 Monique Bydlowski, *op. cit.* p. 18

56 *Ibid.*, p. 61.

El investigador del Inserm descubrió este fenómeno de repetición – conmemoración, primero en casos “de embarazos sucediendo después de un antecedente obstétrico severo, la muerte neonatal, por ejemplo”. Pero, añade, “en un segundo tiempo, hemos comunicado nuestra observación a nuestros colegas, tocólogos – ginecólogos, comadronas, y fue evidente gracias a la experiencia de los unos y de los otros que este fenómeno no era patrimonio reservado a los embarazos difíciles [...]. El cálculo inconsciente de la fecha prevista para el nacimiento tenía un carácter más general. Se añadió que *la misma fecha de la concepción* podía también ser significativa. Rápidamente, la cosecha de los hechos se hizo importante y la gran frecuencia del fenómeno hace *muy improbable una simple coincidencia*⁵⁷”.

El traumatismo transgeneracional.

Así que el inconsciente hace sus cálculos. Pero ¿cómo lo hace?

“Se trata de una operación involuntaria de suma y resta. En cualquier caso, se trata de una operación simple, llevando sobre el momento de una duración fijada por la biología: las 40 semanas y medio de la gestación (280 días) en el interior de un período numéricamente limitado: los 365 días del año, período que se repite cíclicamente en el calendario: días, meses, semanas, estaciones⁵⁸.” Así, la Sra. B “tuvo dos hijas mortinatas los 22 y 23 de octubre con dos años de intervalo. Tiene cuarenta y dos años cuando un embarazo no programado empieza cuyo término, una vez más, está previsto para el 20 de octubre. Entonces se acuerda que su propia madre fusilada a los cuarenta y dos años, el 20 de octubre de 1944⁵⁹.”

Frente a un fracaso de maternidad, se pueden hallar las huellas que le dan un sentido”, me había afirmado Monique Bydlowski, durante nuestro encuentro de 1992. “Desde un punto de vista terapéutico, es muy importante ayudar a una mujer que pierde a un hijo durante un embarazo, a dar un sentido a este acontecimiento. Hacer con ella una reconstrucción de su historia, para descubrir el lugar que tenía este embarazo o este hijo en la genealogía familiar. Desde luego, el luto sólo se hace cuando la pérdida del hijo cobra un sentido. Y el sentido siempre manda otra vez a la historia familiar... Finalmente, nos damos cuenta que los adultos están animados por recuerdos que frecuentemente no les pertenecen.⁶⁰”

Entonces me contó la historia de Nicole quien, en su libro, es el caso inaugural de una reflexión sobre el valor terapéutico de la colaboración entre médico y psicoanalista en maternidad:

Tuve una paciente que perdió sucesivamente tres hijos, casi a término. El embarazo se paraba brutalmente a siete-ocho meses. Me la confiaron durante su cuarto embarazo. Cuando se enteró de que el cuarto también era un niño, vivió un momento terrible: se puso a tener contracciones uterinas, a punto de dar a luz del mismo modo que las veces

57 Ibid., p. 112 y subrayado por mí.

58 Ibid., p. 113.

59 Ibid, p. 73 .

60 Nica Canault, artículo citado en *Libération*, 9 de diciembre de 1992.

anteriores. La veía entonces casi cada día. Y en esta efervescencia psíquica vinculada al miedo de perder a este cuarto bebé, brotó de su memoria un recuerdo traumático que nunca había contado. Su padre había tenido a un padre muerto en deportación. Nunca había conocido a este abuelo pero, repetitivamente, había dado a todos sus hijos muertos, este nombre. Por este nombre, ella transmitía un luto imposible de hacer por su padre y, a su vez, para ella. Gracias al trabajo que iba haciendo conmigo, pudo recordar totalmente este drama paterno, hacer hablar a su padre que sólo tenía doce años en el momento de la desaparición de su propio padre. Pudieron reunir todo lo que sabía del desaparecido: dónde había nacido, donde había sido deportado, etc.”.

En *La deuda de vida*, referente a este drama genealógico, Monique Bydlowski escribe: “La única diferencia instituida entre el tercer y el cuarto embarazo seguidos por el mismo obstétrico fue la instauración de un protocolo psicoterápico, con un marco de confianza y contenido. Este nuevo enfoque permitió comprender que el luto flotando en esta familia era tanto el de los bebés muertos como un luto antiguo del cual nadie hablaba, luto encriptado en el padre de N. y auténtico “fantasma” para su hija, en la generación siguiente. Esto abre el tema del peso transgeneracional de acontecimientos antiguos en la transmisión actual de la vida⁶¹.”

El fantasma inconsciente responsable de los abortos prematuros de Nicole y descubierto por Monique Bydlowski consistía en “la idea inconsciente de estar embarazada de un muerto o de un zombi, es decir de un espectro, el abuelo desaparecido, quizás⁶²”.

El síndrome de aniversario.

En *Ay, mis abuelos!* Anne Ancelin Schützenberger aboga en favor del análisis transgeneracional como un instrumento de trabajo indispensable en las ciencias humanas y clínicas. Por el bies de este libro hizo descubrir al público Francés tanto sus propios trabajos como los de Josefina Hilgard, médico y psicólogo, sobre el síndrome de aniversario.

“El síndrome de aniversario era del orden de la anécdota, me explicó hasta los trabajos de Josefina Hilgard⁶³, en 1953. Analizó todas las entradas de un hospital de California hechas durante cuatro años. A partir de este enorme material de estudio, demostró que la psicosis de adulto se repetía en una familia de madre a hija, en tres generaciones, de modo *estadísticamente significativo*. Josefina Hilgard, cada vez, se había asegurado que la fecha de la pérdida del padre o madre pudiera firmemente estar establecida. Si por ejemplo, una mujer de treinta y cinco años estaba internada, cuando tenía un hijo de cinco años, al investigar se encontraba que ella misma, en la edad de cinco años, había perdido a su madre de treinta y cinco años, generalmente muy enferma, o internada. Por lo tanto, había un “doble aniversario”: el hijo hecho padre a su vez, al alcanzar la edad del padre perdido, tiene en este caso, al mismo tiempo, un hijo de la edad que él tenía en el

61 Monique Bydlowski, op. cit., p. 20.

62 Ibid., p. 22.

63 Los trabajos de J.R. cubren un período que va desde 1952 hasta 1989. Su artículo de 1953 “Anniversary reactions in parents precipitated by children” salido en la revista *Psychiatry*, es el punto de inicio de toda una serie de estudios sobre la enfermedad como fenómeno de repetición transgeneracional.

momento de esta pérdida. Se tiene una conmemoración de la pérdida, por la enfermedad física o mental, marcando (doblemente en las mismas edades) a la madre y al hijo, la filiación psíquica entre madre e hija. “Lo que es nuevo, escribe Josefina Hilgard, al término de sus investigaciones en 1989, es el reconocimiento de un síndrome específico creado cuando las coincidencias contextuales son el resultado del re - experimentado de traumatismos precoces que podrían llevar a graves enfermedades mentales.”

Entonces, pregunté a Anne Ancelin Schützenberger cómo, ella – misma, se había enterado de estos trabajos.

“Hace unos quince años, empecé a trabajar con enfermos afectados de cáncer en fase terminal, con el método del Dr. Carl Simonton⁶⁴. Por mi gran asombro, entre estos primeros enfermos hallé a una mujer realizada, llevando una vida agradable y tranquila, sin estrés excesivo, con un joven esposo que la amaba y a quien ella amaba! Y, en esta persona, se había declarado un cáncer muy grave a los treinta y cinco años, en la misma edad en que su madre había muerto de un cáncer. Dije: “Ah, ¿sí? ¿En la misma edad?, ¡Curioso!” Y aquí, se activó todo un proceso terapéutico. Luego, su estado mejoró de modo espectacular, y sus metástasis desaparecieron, una vez la conexión establecida y hecho el luto de su madre. Luego, fui buscando sistemáticamente en la historia familiar de cada enfermo a quien cuidaba, si había alguna repetición o “lealtad familiar invisible”. Uso este término que se debe a la *terapia familiar contextual*, teoría que fundó Ivan Boszormenyi Nagy⁶⁵, psicoanalista de origen Húngaro, en los E.U. y según la cual no hay familia sin fundación subyacente de solidaridad y lealtad intrínsecas y originales, antecedente al nacimiento de los hijos. En estateoría, la dimensión transgeneracional de los nexos familiares ocupa pues un lugar central. La lealtad familiar es, finalmente, la identificación inconsciente a una persona clave de la familia: madre o abuela, tía jugando el papel de madre o madrina. ¡Y en caso de enfermos cancerosos, frecuentemente la encontré! En esa época, me interesé por el *síndrome de aniversario*. Cuando se busca, a veces se halla y, en 1991, durante una discusión con Rupert Sheldrake, descubrí los trabajos de Josefina Hilgard que por desgracia acaba de morir. Si la repetición es estadísticamente significativa para la psicosis adulta, sólo queda buscarla para otras patologías y realizar los mismos estudios, en particular para el cáncer.

Hoy se puede decir que entre los enfermos del cáncer, 25% de ellos vieron su enfermedad empezar en el contexto de un período de fragilización de aniversario, de repetición transgeneracional. Hilgard mostró que, una vez revelado el lazo afectivo al origen de la repetición en la enfermedad, las ganancias terapéuticas eran evidentes, trátase de mejora o curación. Yo misma fui testigo de la regresión de cánceres terminales en enfermos con quienes estaba trabajando, hasta curación total. Por esto me pareció importante presentar el síndrome de aniversario a los médicos de familia, cirujanos, cancerólogos, psicoterapeutas y trabajadores sociales⁶⁶. Uso mucho más ampliamente el término de

64 Dr. Carl Simonton, Stéphanie Matthews Simonton, James Creighton, *Curar a pesar de todo*, Epi, 1982

65 Sus libros por desgracia no están traducidos al Francés. Cf. n° 110, 111, 115, y 125 de la revista *Dialogue* que dedicó a su trabajo artículos luminosos. Cf. también Anne Ancelin Schützenberger: *Ay, mis abuelos!*, op. cit. p. 40 y sig.

66 Cf. Anne Ancelin Schützenberger, *Querer curar*, Desclée de Brouwer, 1995.

síndrome de aniversario porque vi, con frecuencia, diferentes casos de repetición, accidentes, aborto prematuro, más singularmente en la misma fecha, sobre dos, tres, cinco, ocho generaciones, es decir, concluye Anne Ancelin Schützenberger, remontando en la historia familiar sobre casi doscientos años, hasta la Revolución Francesa, incluso más lejos aún!”.

Síndrome de aniversario y prevención médica.

Médicos se plantearon la cuestión: ¿Cómo usar de modo profiláctico el conocimiento del *síndrome de aniversario*? ¿Cómo evitar, por ejemplo, que un tratamiento o una intervención produzcan efectos nefastos en un paciente, cuando, en principio, parecen ser indicados para él?

El profesor Ghislain Devroede se sensibilizó con el *síndrome de aniversario* gracias a Anne Ancelin Schützenberger. Pero, por otra parte, Ghislain Devroede es un cirujano a quien sus enfermos enseñaron el valor terapéutico de la abstención. No obligatoriamente opera. Conoce la locura inventiva⁶⁷ (las auto - mutilaciones son un ejemplo de ello) que algunos de entre ellos manifiestan para obtener que se intervenga quirúrgicamente en su propio cuerpo. “Sólo opero, de ahora en adelante, después de que esté seguro que el enfermo está informado de dos cosas, me confía, durante un encuentro en París. Por una parte, debe estar consciente que la cirugía implica una cooperación estrecha entre médico y enfermo. En vez de ser pasivo, éste debe poner en marcha todas sus fuerzas vivas para que la intervención pueda desarrollarse satisfactoriamente. Por otra parte, necesita saber que no se cae enfermo “por casualidad”. El modelo contemporáneo más sofisticado que conozca de la enfermedad es el presentado por el psiquiatra americano George Engel. Pone en juego tres niveles de realidad: biológico, psicológico y social. A los elementos cromosómicos hereditarios, se añaden un pasado psicológico y emotivo más o menos bien vivido, un contexto afectivo más o menos benéfico, y un entorno más o menos polucionado. Además, un individuo enfermo puede recibir un apoyo de su entorno que no tendría si no hubiese desarrollado su enfermedad. Y esto le impide curar. Después de la cirugía, se pueden buscar los elementos que activaron la enfermedad. En la mayoría de casos, no se hallan en el enfermo, factores de riesgo físicos, como lo sería, por ejemplo, una poliposis familiar, antecedente del cáncer del colon. En vez de ser técnico, únicamente al hecho de la historia de caso del paciente, el cirujano puede entonces ser un acompañante que sigue al enfermo deseoso de explorar más hondo en su historia de vida, incluidos naturalmente los elementos transgeneracionales.”

En obstetricia, “el cálculo de la fecha de nacimiento puede ser, para el tocólogo, un elemento de vigilancia de mujeres que tienen antecedentes obstétricos” subraya por su parte el Dr. Bydlowski. “Con ella, en el curso de conversaciones prenatales, se busca la fecha que se anuncia para el nacimiento. Si esta fecha es conmemorativa de una catástrofe obstétrica anterior, se podrá intentar prevenir su tendencia a la repetición.”⁶⁸

67 Pr. Ghislain Devroede, “El cuerpo que grita sus males”, en actas del coloquio de Montreal sobre “el proceso de curación”: más allá del sufrimiento y de la muerte”, Ed., MNH, Québec, 1995.

68 Monique Bydlowski, op. cit. p. 115.

Pero una profilaxia de la fecha de parto comporta también un riesgo.

Es la fecha en sí que es significativa”, recuerda el investigador del Inserm.

Por esto, una interferencia médica puede introducir otra fecha para el registro civil. La fecha significativa duerme entonces definitivamente en el archivo del tocólogo⁶⁹!” La profilaxia toca pues a algo de lo cual no necesariamente se miden las consecuencias a largo plazo. Toca a las transmisiones psíquicas transgeneracionales pero también puede borrar sushuellas. “Los padres que dan la vida son ellos – mismos portadores de representaciones, guiones más o menos conscientes, marcas significantes, venidas de su historia y de modo transgeneracional, de la de sus ascendentes. Estas marcas se transmitirán sin que lo sepan, al mismo tiempo que el aliento biológico. El término de marca significativa se debe tomar en su sentido inmediato. Se trata de cualquier signo detectable vinculado a un sentido oculto, a un significado hundido en la memoria del sujeto.⁷⁰” Al modificar la fecha de nacimiento del niño por nacer, es el significado transmitido a través de esta fecha lo que se pierde para la generación futura, ya que, con el síndrome de aniversario, se está en presencia de una transmisión de representaciones inconscientes evocadas por el bies de una fecha. Lo cual incrementa la dificultad, para las generaciones futuras, del acceso a la memoria de las generaciones anteriores en vez de permitir su reconocimiento.

69 Ibid., p. 115.

70 Ibid., p. 68.

5. El niño y su secreto.

El psicoanálisis de niños nació en Francia con Françoise Dolto.

Nadie como ella había dado cuenta anteriormente, de un modo tan firme y eficaz, del hecho que el niño ve y vive las cosas, de un modo totalmente diferente del de un adulto. “Françoise Dolto sabía por experiencia personal que un niño puede alcanzar el fondo de una desesperación a causa de una ilusión, una idea falsa que se hizo sobre la realidad, sobre sus padres, sobre el amor [...]. Dolto nos enseñó una cosa: que un niño necesita la verdad para vivir [...] No sólo reparaba ella los daños, sino que quería también prevenirlos, ayudar a que crezcan los niños!” escribe la periodista Catherine David en un dossier del *Nouvel Observateur*⁷¹ dedicado a la famosa psicoanalista. El semanario quiso hacer el balance de su contribución, en el nivel práctico, diario, y también en el plano social.

Al volver a leer este conjunto de artículos, me doy cuenta que Dolto sólo ha sido comprendida a medias. Si se le reconoce el mérito de saber curar a niños gravemente afectados en su alma, si se le reconoció un saber – hacer casi mágico o, por lo menos, inexplicable, también se le reprochó querer asimilar a los educadores, padres y personal docente a psicoanalistas. “¿Qué sería una política de prevención de las neurosis que conduciría la “psi” mal digerida a invadirlo todo, la casa, la escuela, la colonia, los centros de orientación?” se interroga Catherine David. “¿La escuela es un lugar de aprendizaje o un centro de vacunación psíquica? ¿No es mejor discernir los papeles para que los niños se aclaren?”

El gran malentendido entre Dolto y algunos medios franceses parece pues llevar sobre el de sus objetivos que era el más social y el más político: instalar una sólida prevención de las neurosis y otros trastornos mentales del niño. Para ella, la educación verdadera de un hijo sólo se resumiría a esta profilaxia. ¿Pero cómo pretendía Françoise Dolto colocar esta prevención? Creando Casas Verdes. Fundó la primera, en 1979. Se trata de una estructura de acogida, de un lugar de encuentro para los padres y sus hijos de menos de tres años, cuya misión es plural.

“Es primero un espacio de socialización precoz, me explica WillyBarral, psicoanalista formado por Dolto. Se trata de hacer descubrir a los padres la capacidad del niño a ser destetado. Los padres se relajan y hablan entre ellos mientras juegan los niños. El personal, él, vigila por su seguridad material. Fuera de la vigilancia de los padres, los hijos pueden hacer hazañas y explorar en total libertad un espacio sin embargo balizado, con su señalización (pista para bicicletas) y sus prohibiciones (ninguna pintura sin delantal). Pero las Casas verdes también son lugares de prevención de los trastornos psicosomáticos infantiles. Hay que entender por psicosomáticas, todas las formas de trastornos corporales que cogen al niño cuando se encuentra en un conflicto entre sus aspiraciones, su deseo de crecer y las barreras que inconscientemente ponen sus padres. Psicoanalistas formados en la observación de la expresividad corporal del niño están presentes, pueden ser consultados en cualquier momento, aunque la Casa verde no realmente sea un lugar de consulta.”

71 *Le Nouvel Observateur*, “Hemos de quemar a Dolto?” 3-9 setiembre 1992.

Françoise Dolto no quería alistar educadores y padres en batallones de la causa freudiana. Sencillamente quería hacerles comprender esta verdad difícil de admitir para ellos: los trastornos de los niños sólo tenían su origen en las deudas (inconscientes) contratadas por los adultos tutelares para con las generaciones anteriores. Quería “vacunar al niño contra la enfermedad de la madre o del padre⁷²”.

Françoise Dolto conocía intuitivamente la importancia de lo transgeneracional en los trastornos infantiles y, cuando ella cuidaba de un niño, no olvidaba jamás que el trabajo que hacía con ella iba, más tarde, a permitirle asumir su descendencia”, me confía Didier Dumas, que estaba muy vinculado a la psicoanalista hoy desaparecida. “Es así como explicaba ella la diferencia entre la psicoanálisis y las demás formas de terapia del niño. Sabía que cuando se analiza a un niño de menos de tres años, esto tiene efectos el día en que, hecho adulto, es padre a su vez. De aquí la idea de prevención de los trastornos mentales del niño y la creación de las Casas verdes cuya importancia no parece haber sido bien entendida aún. Si seriamente se quiere afrontar la delincuencia que reina en los suburbios, hay que empezar por implantar Casas verdes y hacer que trabajen en ellas los jóvenes del barrio.”

A partir de los dibujos y moldeados de los niños a quienes curaba, Françoise Dolto cruzó, en pionera, el espejo de las apariencias para penetrar en su mundo. Formó varias generaciones de analistas en saber leer, comprender e interpretar los dibujos del niño. Les enseñó a hablar con los bebés y es ella quien, la primera, afirmó que para comprender los síntomas de un niño, era necesario considerar las transmisiones mentales en el seno de las familias sobre tres generaciones. Sería una lástima para nuestra cultura el reducir lo que nos trajo a una “pedagogía moralizante” porque el arte que, a lo largo de toda su carrera, fue desarrollando, es primero el de la observación.

En su consulta del hospital Trousseau, recibía a los niños sin enjuiciarlos. Los observaba mientras actuaban y hacían, liberándose de todos los a priori que constituye la teoría cuando se establece previamente.

No sólo oía, sino que trabajaba con sus ojos. Observaba, intentando comprender cómo los “decir” de un niño pequeño se expresan por su cuerpo, en sus gestos, sus expresiones y sus acciones, y no en una palabra.

Es lo que ella largamente desarrolló a través de su concepto de *imagen inconsciente del cuerpo*.

Esta mujer fuera de lo común trabajó para una nueva generación de psicoanalistas que saben confiar en el testimonio sensorial, emocional y fantasmático de su propio cuerpo, tanto escuchar como observar y servirse de sus ojos, con todos sus sentidos despiertos, para captar lo que se produce en el espacio relacional de la sesión entre ellos, el niño y sus padres. “La mayoría de los analistas trabajaron, de jóvenes, dos o tres años en un centro médico – psico – pedagógico en donde recibieron a niños, añade Didier Dumas.

72 Françoise Dolto, *La Causa de los niños*, Robert Laffon, 1985.

Pero el analizar a niños no era su única pasión. Porque de darse el caso, hubiesen seguido siendo analistas de niños. Lo cual es muy escaso en nuestra profesión.”

Willy Barral es uno de ellos. “Al ampliar el campo de intervención del psicoanalista al niño, me dice, Françoise Dolto dio al terapeuta instrumentos para comprender, en sus pacientes adultos, el niño que, en ellos, sigue sufriendo, y cuestionar. Y al ser este niño en el meollo de la problemática familiar en la cual se encarnó, es en él que se mantiene viva la relación con los antepasados y los secretos, haciendo que lo transgeneracional sea, en la cura, del orden de una “evidencia simbólica.””

Cuando encontré a Willy Barral por primera vez en 1993, durante una comida de trabajo, era un hombre jovial, dotado de una inagotable curiosidad por los seres y las cosas, quien se sentaba frente a mí. Todo le hablaba, le interesaba, la literatura, la gastronomía, el amor, las terapias analíticas y no – analíticas, la ciencia y la mística, la filosofía y la teología, el arte y la técnica. Pero una sola verdadera causa parecía habitarle, la al servicio de la cual ponía estos diversos intereses: la causa de los niños. Sus dos curas personales, una con un jungiano, Pierre Solié, y la otra con Françoise Dolto, con quien trabajó luego durante muchos años, en la clínica de los niños, dejaron en él “algunas bellas huellas”. Y éstas le pusieron fuera de los senderos conocidos, en un asumir el mundo del niño. Este hombre inagotable, recibe niños y adultos, forma terapeutas de niños, sostiene la creación de Casas verdes en el extranjero, no para de recorrer el planeta para dar a conocer la obra de Françoise Dolto.

Hoy existen algunas trescientas estructuras tipo Casa verde en Francia y en el extranjero. Por su parte, Willy Barral implantó una en Erevan (Armenia) y contribuye a formar personal para estructuras Casa verde en Rusia, Polonia, Japón y Vietnam. El mundo de la infancia le debe también el coloquio⁷³ que, tanto por su contenido como por sus proposiciones concretas registradas en el Consejo económico y social, quedará probablemente como una de las manifestaciones más importantes sobre el lugar del niño en nuestra cultura.

Para Willy Barral, mucho antes de Françoise Dolto, fue el pensamiento de Jung lo que le dio acceso a lo transgeneracional. “Para Jung⁷⁴, el niño sufriría ante todo de un “inconsciente de los padres”, de todo lo que quedó en la sombra de estos “trasfondos secretos”, ocultado por el adulto con esmero. Jung habla también de “contagio psíquico”, de participación mística” para nombrar y explicar lo que vincula al niño con el inconsciente de los padres. La herencia es inconsciente, afirma, y “generación tras generación”, se transmite, tal “la maldición de los Atrides”.”

-Y Françoise Dolto, qué es lo que le enseñó?

-La clínica de Françoise Dolto es una clínica eficaz porque se dirige al *sujeto del deseo*. Considera todo ser humano vivo como un sujeto que tiene un deseo por expresar y no

73 Este coloquio se celebró del 15 al 18 de enero de 1990 en el Unesco. Las actas del coloquio se publicaron bajo el título *Niño por derecho: la revolución de los pequeños pasos*, Unesco, 1990, Coedición Lierre et Coudrier-La Harpe-niño de derecho.

74 Jung desarrolla esta idea en 1924, en su obra *Psicología y educación*.

puede actuar de otro modo que seguir haciéndolo. “Sólo hay una clase de pecado en mi opinión, decía ella, el pecado contra su deseo, el hecho de no tomar el riesgo de vivir su deseo.”

Este deseo siempre está ya aquí, incluso en el feto. Este axioma basa su ética de psicoanalista. Si el niño es vivo, es que es la encarnación de tres deseos: los de los padres encontrando el del niño que desea encarnarse.

“Los padres sueñan con el hijo que les gustaría concebir, la madre sueña con el bebé que lleva en ella, el niño sueña con el día en que verá la luz, y si no soñasen juntos, la vida no vendría al mundo” escribió Leonardo da Vinci, en una nota de sus cuadernos de dibujo!

-Porqué tomaría el niño hecho y causa por sus padres si ya tiene un deseo propio?

-Si el niño puede estar enfermo de lo que capta en el inconsciente de los padres, es porque, al construirse con ellos, hereda también de las actividades psíquicas de ambos padres suyos. Su actividad psíquica que consiste en construirse con relación a su padre y madre está, ya desde el principio, totalmente cogida por los conflictos inconscientes de sus padres.

Cogida, en el sentido de “invadida” por la novela familiar, mucho antes de Edipo. Por esto, repite, en una expresividad todo corporal, la historia familiar. Es aquí su primera misión. Los trastornos que se apoderan de él son un decir del cuerpo y por su síntoma, el niño llama “S.O.S. bomberos”. Lo cual me induce a mantenerme prudente en cuanto al análisis de los niños y preferentemente a invitar a veces a que los padres no se queden ignorantes de sus propias dificultades, éstas también contratadas en las de la generación superior! Nunca recibo, la primera vez, a un niño con su sola madre. Pido sistemáticamente que ambos padres estén presentes. Cuando hablo con los padres, cuando les pregunto las condiciones en las cuales brotó el problema con su hijo, éste está aquí y oye. Nuestros hijos nos hacen trabajar aspectos de nuestros nexos con nuestros padres propios que, sin ellos, no podríamos detectar. Nos hacen vivir cosas dolorosas que suscitan nuestra ira o, al contrario, una profunda depresión. ¿Porqué me tocó tan hondamente? Nos preguntamos entonces. Mediante esta pregunta, estamos llevados a interrogarnos sobre el nexo con el padre, el nuestro, que nos obligó a tocar tan hondamente. Y a veces, esto saca a la luz lo que fue doloroso para nosotros en la misma edad que nuestro hijo.

Y cuando esto sucede, es importante que el niño oiga por primera vez, en la boca de sus padres, los relatos de su infancia, porque en ellos se hallan los elementos de lo que bloquea su construcción y esto le concierne directamente.

-Vd. describe la infancia como un estado de alienación, invasión por la novela familiar. Concretamente, ¿qué significa esto?

-Esto significa que el niño no puede acceder a su propio pensamiento, decir “Yo”, mientras se halla cogido en la íntima convicción de que sus padres lo saben todo. Porque es entonces, con ellos, en una relación de transparencia en la cual está negado como ser diferenciado, como sujeto. En el fondo, Descartes olvidó decirnos cómo accedía el hombre

al pensamiento y ésta es una cuestión a la cual Freud quiso responder. Gracias a la primera mentira de los padres, dice, el niño descubre el derecho al secreto. El niño necesita descubrir la impotencia de su padre o madre a saberlo todo, para poder realmente autorizarse con su propia palabra. Para pensarse, en su deseo de nacer.

Inversamente, cuando el niño dice que no sabe, si omite precisar que esto no le impide vivir, condena a su hijo a ir a buscar el saber que no tiene en un acto a veces suicidario, que Françoise Dolto llama el impulso epistemológico: el deseo de saber a toda costa. El niño entonces hace como en Alicia en el país de las maravillas. Atraviesa el espejo para ir a buscar el saber que no tienen los padres. Necesita por lo tanto construirse un justo medio entre dos proposiciones: “lo sé todo”, y “no sé nada”. Así, podrá acceder a un espacio psíquico propio que llamo su derecho al secreto, aunque sea doloroso de llevar el secreto suyo.

-Deme Vd. un ejemplo.

-Tuve, en consulta, un niño en dificultad con padres inteligentes, pero instalados en la creencia “cientista” que la imaginería médica contenía en sí – misma todo el saber que buscaba su hijo sobre la llegada de los bebés.

Este nuevo saber que les trae la ciencia es, a veces, cogido en exclusividad por madres, como la verdad de las cosas, su realidad. Algunos padres consideran por ejemplo así la ecografía, y la usan para explicar la llegada de los bebés. Esto para que su hijo no sea débil, pero en esta inquietud por hacerlo bien, llegan también a olvidar de hablarle de amor. De darle a entender lo que es el amor.

La historia de Pablo.

“Me traen a este niño de cuatro años porque había dejado de hablar.

Llamémoslo Pablo. Antes, Pablo iba feliz a la pequeña escuela, estaba en lo social, todo iba bien. Y de repente, los padres toman cita conmigo, lo traen y me dicen: -Estamos muy preocupados, nuestro hijo ha perdido el habla.

Están aquí frente a mí, y el niño también, sentado en una silla. Y mientras estoy hablando con sus padres, se balancea con un balanceo estereotipado, como si no estuviera yo. A continuación y en sustancia, la conversación que tuve con su padre y madre. Les pregunto: -En qué momento sintieron Vds. que , de repente, algo resbaló?

-Su padre: no lo sabemos.

-Su madre: A mí, me parece que es en el momento en que nos preguntó cómo se hacían los bebés, y cuando le contestamos: “Pues, lo vas a ver”. Su padre fue a buscar el cassette de la ecografía que habíamos hecho de él, feto en mi vientre, y lo puso en marcha en la pantalla de televisión. En ese momento, se gira hacia su marido:

-Recuerda como, entonces, dejó el salón con un portazo y se encerró con doble vuelta en su habitación. Y él responde: -Ah! ¿Ese día? Y ella insiste:

-Sí, ese día, estoy segura que sucedió algo... pero no sé el qué.

Estos padres eran ambos profesores en la Educación nacional. No querían hacer como sus propios padres., “engañar sobre la verdad”. Así, cuando estaba embarazada, pensaron que un día, su hijo querría saber.

Pidieron al médico, como se suele hacer hoy, que les diera el cassette de la ecografía. La guardaron preciosamente, y el documento estaba allí, listo para usar.

Viendo como se balanceaba el niño, la cabeza en dirección del suelo, observo que mira su sexo y que su balanceo mima como una especie de coito. Me dirijo entonces a él diciéndole:

-Es Vd. prodigioso! Sus padres son profesores, podían enseñarle todo, pero *Vd. supo hacerles la pregunta a la cual no podían contestar.*

Los padres se preguntaban por qué decía yo esto. Proseguí: “Les preguntó cómo se hacen los bebés, y no sabían contestarles. Sólo que no quisieron reconocer que no sabían nada de cómo le habían hecho.”

Entendiendo de repente, el padre se gira entonces hacia su hijo y le dice:

-Idiota perdido... Pero debías decirme que querías saber si te habíamos deseado!

Entonces, el hijo hace una gran sonrisa por haber sido tratado de idiota por su padre. Va sobre sus rodillas y le da un beso. Y el padre, conmovido:

-Naturalmente que te deseamos! Y el Sr. Barral tiene razón: el deseo, no sabemos por dónde pasa.

El niño recobra la palabra para decir a su madre:

-Ya lo sabía, Mamá.

Así ve Vd. cómo va el niño, sin ni siquiera comprender lo que busca, buscando el saber que no tienen sus padres. Éste es su secreto. En lo que se toma por un síntoma, comprendió lo que no saben los padres.

El saber que no tiene el padre.

“Los padres de este niño habían precisado bien que no se les había dicho a ellos, cuando eran pequeños, cómo vienen los bebés. Es un saber que les había faltado en su historia y que justamente habían intentado colmar gracias a la imagen ecográfica. Querían proteger a su hijo de similar ignorancia, pero una ignorancia que lleva ¿sobre qué exactamente? Lo

descubrimos en la respuesta del padre: “Ah! ¿Querías saber si te habíamos deseado?” Contra toda espera, la pregunta del niño no llevaba sobre la biología de la reproducción. No llevaba sobre el encuentro del espermatozoide y del óvulo, ni sobre la construcción del cuerpo del bebé en la matriz materna. Se refería al deseo que precede el acto procreativo y lo sos – tiene. Un deseo que, manifiestamente, no había sido suficientemente expresado por los padres y que necesitaba mucho el niño. ¡Los niños saben bien que vienen del vientre de su madre! Se lo dicen bastante. Enseñarles la ecografía que da testimonio de esa realidad no sólo es una redundancia sino que es también un acto terrorífico en la medida en que encierra los sueños del niño sobre la llegada al mundo, en el sólo útero de su madre. Se le presenta entonces el útero de su madre como el fin último a toda cuestión., la barrera en la cual vienen romperse sus fantasmas de niño. Porque, finalmente si este niño quería oír que sus padres hablaran del deseo que tuvieron de hacerlo, ¿no es a su padre a quien se dirigía particularmente?

¿No quería conocer el papel de éste en su llegada? Si el útero es un significante mayor en nuestra cultura, no sucede lo mismo con los testículos que, sin embargo, juegan un papel central, tanto del punto de vista biológico como simbólico. Nunca se habla de ellos a los niños, lo cual tiende a hacerle creer que ha nacido por el solo deseo de su madre.

No se equivocó este padre. Es él quien, el primero, detectó el sentido de la cuestión de su hijo: “¡Ah! Es lo que querías saber: ¿si te habíamos deseado? ¡Naturalmente! ¡Idiota, te deseamos!”...

Aquí está la paradoja que mayoría de los padres no consiguen resolver. El padre debe responder a la pregunta del niño, sin saber que ignora la respuesta. Hace “como si”: como si “supiera”, como si no hubiese ningún misterio en esta pregunta fundamental que se hacen los humanos desde la noche de los tiempos, como si todo hubiese sido dicho, en el saber que nos propone la ciencia, hoy, sobre nosotros – mismos. En resumen, como si no hubiesen más preguntas! Es entonces cuando el niño le llama mediante un síntoma.”

-¿Cómo define Vd. su papel como psicoanalista?

-Se trata de devolver a cada cual el lugar que es suyo en la familia. Creo en el orden simbólico de los lugares. Es una alianza en la palabra: “Eres mi hijo, jamás podrás ser mi padre.” Somos lo que son un padre y un hijo: los “símbolos” uno del otro. Del griego “sumbolon”, que significa reunir lo que hace nexos, en la diferencia de las partes. Y este nexo que nos reúne puede ser generacional, sexual o de fraternidad (conjunto de hermanos(as)).

No es a mí a quien es importante que el niño confíe su secreto sino a su padre. Algunos “psi” que reciben a niños, asumen el dar ellos – mismos al niño este saber que espera de la única boca de sus padres. ¡Lo cual no es operativo! El saber que busca el niño sólo puede serlo si está traído por una palabra encarnada en una de las dos vidas responsables de la suya. En las palabras del padre y de la madre es donde debe descubrir el nexo de amor que lo constituyó. Mi papel consiste preferentemente en hacer que vuelvan a conectar entre sí padres e hijos. No intento volver a formular esto en mi propio sistema. Mi presencia crea un espacio favorable a la comunicación, y el hacer que los

padres vuelvan a hablar con su hijo me parece ser la primera misión del psicoanalista de niños. En breve, soy el electricista, lo que está desconectado, lo vuelvo a conectar. Hago de modo que pase la corriente y que el niño pueda acceder, sin intérprete, a su padre y a su madre.

-¿Y los abuelos, cuál papel tienen en los síntomas que manifiesta el hijo?

-El niño puede, por su síntoma, hacer trabajar su padre o su madre, como hijo o hija de otro y otra, y poner en juego a los abuelos. Pero cuando una mujer repite con su hija, sin saberlo, el silencio de su propia madre sobre la llegada de los bebés, esta mujer no supo de hecho nunca cómo se hacían los niños, ni qué papel había jugado su padre en su nacimiento. Hasta la edad de sus reglas, lo había ignorado todo de su madre, sin ni siquiera darse cuenta. Su omisión es pues transgeneracional. Y es esto que, por su síntoma, la muchacha para quien se me consulta le significaba.

El caso de David.

“Otro ejemplo: tuve en cura a un hombre, padre de un pequeño David que tenía entonces seis años. Un día, al llegar, me dice:

-Es una catástrofe, nuestro hijo David ha perdido el andar.

Al haberse quedado de pie, le pregunto:

-¿Cuándo ocurrió esto?

-¡Esta noche! Me contesta, como si fuera evidente. David quiso ir al aseo, se levantó de la cama y se derrumbó. Debió intentar varias veces levantarse y cuando vio que no podía ponerse en pie, se puso a llorar, a gritar, a llamar a su madre. Llegó mi mujer, lo instaló en el sanitario sin cuestionarse, lo volvió a acostar sin darse cuenta de nada. Al día siguiente, le despertamos para ir al colegio. Apenas colocado el pie en el suelo, vuelve a caer, como si sus rodillas no le aguantasen.

Me llama mi mujer para ayudarlo. Llego, le doy una paliza!

Comprenda Vd., creí que jugaba la comedia para no ir al colegio. ¡Pero David sigue sin andar, y llora! ¡Tengo miedo! Llamo a urgencias, al hospital Necker, anulo todas mis citas; En Necker, le hacen las pruebas neurológicas e incluso un escáner. No han encontrado nada. Desde entonces, anda a gatas... Pero lo que me intriga, es que esto no parece molestarle.

Le contesto:

-Y ¿en dónde duerme Vd., señor?

-En el salón. Y en seguida, sigue: Comprenda Vd., se debe a que acabamos de tener un bebé, como lo sabe Vd., y que duerme en nuestra habitación, ya que mi mujer debe dar el pecho dos veces cada noche. Esto me despierta.

Me levanto temprano, vuelvo tarde de mi trabajo y estoy cansado. Necesito dormir, por lo tanto duermo en el salón.

En este punto de sus explicaciones, se interrumpe y de repente, me pregunta:

-¿Por qué me hace Vd. esta pregunta? ¿Cree Vd. que esto puede tener un nexo?

Le respondo:

-¡No lo sé! Y añado: ¡Pero si esta pregunta tiene un nexo con Vd., debe Vd. comprobarlo!

Ocho días después, vuelve, totalmente alucinado:

-Es increíble su truco! David vuelve a andar! En Necker, no entienden nada, ni yo tampoco. Cuando me preguntaron cómo es que andaba, les dije: “Es mi psi quien ha intervenido” Y añado: quise probar su interpretación. No dije nada a David y me fui a dormir en la cama de mi mujer y puse al bebé en el salón. Y no me va Vd. a creer, pero al día siguiente, David se levantó como si nada hubiese ocurrido. ¡Había recuperado sus piernas!

Por lo tanto, a mi paciente no le hizo falta hablar con su hijo. Pero su transferencia sobre mí y mi palabra tuvieron por efecto el despertar su deseo de ir a hacer el amor con su mujer y de poner el bebé en el salón.

Ahora bien, si se quiere considerar la dimensión transgeneracional de esta historia, hay que saber que este hombre había hecho una primera parte de análisis conmigo, antes de estar casado, diez años antes. Conocía pues su historia. Y, ya que me había dicho “su truco es increíble!”, debía hacer algo con esta palabra “truco”, sino lo dejaba errar en el pensamiento mágico y creer, por ejemplo, que tenía el poder de volver a dar piernas a su hijo. Cuando la única magia en esta historia era que entre él y yo, la transferencia “había pasado por ahí”.

Entonces, me enfadé. No se lo esperaba en absoluto. Me felicitaba por mi “truco” y ahora me enfadaba y le decía: -¡Vd. se equivoca! ¡No es “mi” truco, sino que es “su” historia!

-¿Qué quiere decir con “mi historia”? Pero... ¿por qué está Vd. Enfadado conmigo, ahora?

Y se pone a llorar. Eran lágrimas de un pequeño. He oído muchas lágrimas en mi sofá, y sé hacer la diferencia entre lágrimas de adulto y lágrimas de bebé. Mi enfado, que le devuelve a su historia, hizo estallar una verdad hundida desde mucho tiempo. ¡Nunca me había dado lágrimas de recién nacido! Esto duró unos diez minutos por lo menos. Puse mis manos en su frente, como lo hacía Freud, al principio de su práctica, para vincularse a sus pacientes. Lo cual le permitió recuperar sus palabras:

-Esta mano, señor Barral, mi padre nunca jamás me la dio. E, inmediatamente, asoció: tenía seis meses cuando mi padre desapareció de la cama de mi madre.

Este paciente - analizante no tenía pues seis años como su hijo en el momento en que me llamó urgentemente porque acababa supuestamente de perder las piernas, sino seis meses, cuando su padre había desaparecido de su vida. Es él quien hace la conexión, porque seguía estando en trabajo de transferencia conmigo, y que había vuelto para saber cómo había funcionado este “truco”. A los seis meses, su madre lo confió a una nodriza todo el tiempo, y nunca había vuelto a ver a su padre durante su infancia.

Sólo lo volvió a ver en su adolescencia. Y cuando a los dos años y medio, por fin había regresado a su casa con su madre, había instalado a otro hombre a quien tuvo que dar el nombre de “Papá”. Contándome esto, se echó a llorar. Me da a entender otra vez todo su dolor por haber perdido a su padre. Entonces, vuelvo a poner mi mano sobre su cabeza, lo conecto, para no dejarle solo. No solo recupera sus recuerdos, sino que también recupera toda su desesperación. Es volviendo a actualizar este tipo de cosas como encontramos los medios de reconstruirnos. Estaba en derecho de esperar que otro le tienda una mano de la cual se le había brutalmente privado.

A partir de entonces, hubo un giro inaugural para este hombre. Le quedaba por liquidar la deuda de vida de su padre, y no se decidía a hacerlo porque se había quedado bloqueado en su rencor. Y vemos como es David, el hijo, quien, en este caso, hace hacer este trabajo a su padre, merced al “truco” significativo.

Este hombre solía decir a su hijo “soy tu “amigo””. Exactamente como se lo decía su propio padre, en el adolescencia. En su familia materna, durante toda su infancia, le habían repetido mil veces, como un insulto: “Eres efectivamente el hijo de tu padre”, “sólo eres un V...”. Entonces, le era muy vital luchar para defender su apellido. Pero, al hacerlo, sentía rencor contra su padre por no haber podido llevar este nombre, alto y fuerte. De aquí un odio por este padre-amigo, y un rencor que yo había calificado de “pasión rencorosa”, para bien subrayar la fidelidad infantil de este hijo enfadado contra su padre. Un padre que, finalmente, le había mantenido cautivo, en un nexo de atadura de tipo homosexual, y que no le había dado genitales.

Y para acabar pues, volvió a relacionarse con su padre. Pero, ¿qué es lo que David había intentado decir a su padre por su síntoma de “yo nosotros”, al dejar repentinamente poder mantenerse en pie sobre su “yo” y sobre su “nosotros”? “Vete a reconciliar con mi abuelo que es también tu padre! El también desapareció de la cama de tu madre: pero no puedes escapar a tu propia filiación a pesar de todo! A tu deuda de vida”.

No olvidemos que sucede esto después de la llegada de un bebé, en el momento en que David necesitaba tener confianza en los genitales de su padre. Y, es entonces cuando descubre que éste ya no está en la cama de su madre. “Intuye” que su padre repetía el guión que había vivido con su propio padre que desapareció. Debía oír como su padre afirmaba su presencia y no desaparecer como hombre, por el hecho de la repentina presencia de un bebé. Al dormir en el salón, su padre se comportaba como el hermano mayor, el “gran amigo”. En su lugar, había puesto un bebé varón, un hermano pequeño. Entonces, David se angustia. Expresa que “esto ya no anda”, que no puede identificarse con un padre que desaparece a la llegada de un bebé. Ya no quiere volverse hombre. El niño, así, viene a ubicarse en el punto ciego del pensamiento de su padre para

prolongarlo, y éste es su secreto. Porque, así, fuerza una apertura de lo que estaba impensado en sus padres. Lo impensable requiere estar elaborado y nombrado, para que la vida se transmita de modo adecuado de los padres a los hijos. Pero mientras tanto, no sólo “repite” el niño sino que restaura, repara el linaje y prepara él – mismo su descendencia. Queda sujeto autónomo de deseos creativos y también viene al mundo para cumplir su propia misión.”

6. Femenino – maternal.

Encuesta sobre una Arlesiana: la feminidad.

En una obra reciente titulada *Lo femenino del Ser*⁷⁵, Annick deSouzenelle rompe a trozos el cuento, falaz y humillante, de la creación de Eva a partir de un trozo de hueso arrancado al pecho de Adán. Volviendo al texto original en hebreo del Génesis, revela como Dios no quiso dar a Adán la sirvienta, quien paga su inferioridad desde milenarios, sino poner a su lado otra cara de sí – mismo, este “Yo es otro” cantado por Rimbaud⁷⁶.

“Nuestros traductores, dice, leyeron con sus gafas de exiliados”, con “los ojos de la exterioridad” este mito de nuestra encarnación sexuada, piedra angular de nuestra civilización.

Con esta nueva lectura, se impone un descubrimiento de tamaño: el pecado original que envenena la sexualidad de los Occidentales desaparece en beneficio de algo nuevo: lo femenino. Lo femenino no es la mujer ya que de todos modos está en el hombre, sino que la mujer posee una parte de este femenino que la caracteriza y que debe asumir. A este femenino de la mujer vamos a referirnos ahora.

¿Es lo femenino asimilable a lo maternal y equivale ser una mujer a ser una madre? Esta confusión de los papeles y géneros está presente por todas partes en nuestra cultura, lo religioso habiendo dado el tono desde hace mucho tiempo.

No duda Dider Dumas en situar la relación cultural con la feminidad como uno de los “barómetros” de la evolución humana: “la evolución espiritual del ser humano, dice, está totalmente vinculada con el estatuto que damos a la feminidad, la del hombre como la de la mujer. Lo femenino es la apertura a lo que viene del exterior. Es lo que acoge el misterio, lo desconocido. En nuestra cultura, es la Virgen acogiendo el misterio que la religión llama Dios. Sin esta apertura a las energías de lo desconocido y del misterio, no veo cómo el ser humano podría volverse adulto, gobernar su vida y evolucionar. Los cielos de los cuales habla la Biblia, no se refieren al cielo material sino a “otra realidad” de la cual hablan los místicos y los chamanes.

En psicoanálisis, es lo que se llama inconsciente, y la escucha es femenina. La feminidad es pues para mí lo que, en cada ser, deja sitio para la escucha, el diálogo con el inconsciente y el misterio de lo que somos.

Entonces, ¿por qué fue la mujer la víctima propiciatoria en la mayoría de grandes civilizaciones? En la nuestra, en la Edad Media, la mujer sólo podía ser mala, ya que el pecado original estaba atribuido a Eva. Sólo pudo obtener un estatuto de ser humano total a través de la figura de María.

⁷⁵ Annick de Souzenelle, *El femenino del Ser, Para acabar con la costilla de Adán*, Albin Michel, 1997.

⁷⁶ Ver al respecto, el bello artículo que Catherine David le dedica en el *Nouvel Observateur* del 6-12 de marzo de 1997.

Entonces fue reconocido socialmente como madre. Y socialmente, debe seguir siendo madre y no decir una palabra del sexo, de lo que basa el placer de la vida. De aquí, la clásica dicotomía entre la Mamá, sin sexo, adulada, cuya figura emblemática es la Virgen, y la mujer que goza, es decir la Puta, objeto de placer, que no tiene derecho a existir en el seno de una familia. Aquí está el aspecto más pérfido de nuestra herencia en materia de sexualidad. Porque una madre que sólo es madre y no puede revelarse como mujer a sus hijos, obligatoriamente hace de ellos unos neuróticos.

La identidad de la mujer no es lo material y hay que ver, en esta confusión entre maternal y femenino, el poder de un matriarcado oculto y devastador que, sustituyendo el niño al hombre, tiende a hacer de él el único objeto de gozo valedero. En nuestra época es el mayor problema que se encuentra al nivel de la salud mental de los niños: permitir a sus respectivas madres poder ser mujeres manteniéndose madres a la vez.”

En la sucesión de las generaciones, la negación de la feminidad se paga en efecto muy caro. Es una hipoteca considerable sobre la salud de los linajes. Está en el origen de la histeria femenina, y cuando el odio de la feminidad se transmite de madre a hija, por el hecho que hace a la mujer dependiente del hombre, sus efectos, primero subterráneos, siempre son devastadores, y se hacen sentir ya en la tercera generación. Tuvimos un

ejemplo con la joven Alicia, del primer capítulo, esta adolescente autista que vivía sus reglas como una pura herida, y cuyos graves trastornos mentales tenían su origen en un rechazo del sexo femenino, transmitido por su abuela a su madre y remontando, a partir de ahí, a las mujeres de sus linajes en varias generaciones.

No debo a mi analista el descubrimiento de mi propia feminidad, sino que ésta parecía bloqueada en una teoría que no lo era. Su referencia en la materia era un texto de la psicoanalista Piera Aulagnier⁷⁷ defendiendo la idea que la mujer no tenía deseo propio y que debía, por esto, remitirse al del hombre que él, por suerte, tenía uno pero sin tener consciencia de él. E incluso era necesario que la mujer que no tenía deseo, le revelase el suyo. En resumen, esta historia me hacía andar en círculos, y sólo mucho más tarde, al trabajar sobre lo transgeneracional, comprendí que la sexualidad adulta – femenina y masculina – el placer, el gozo y el orgasmo, no tenían, a pesar de cualquier apariencia, ningún estatuto teórico serio en el pensamiento freudiano. Desde entonces, pude constatar, cerca de mis amigas, en análisis o no, que merecía bien su nombre la expresión con la cual Freud calificaba esta gran desconocida que para él era la sexualidad femenina, el famoso “continente negro” de la psicoanálisis. El gozo femenino no tiene, en efecto, estatuto legítimo en el lenguaje desde tiempos inmemoriales, y la psicoanálisis apenas ha modificado este estado de hecho. Hice la experiencia de ello en mi cura. Tan pronto como intentaba abordar el tema con mi analista, las palabras con las cuales me contestaba ella funcionaban entonces como una cortina de humo, velando púdicamente el hecho que ella no sabía realmente qué opinar, ni decir, referente a la comunicación erótica. La única analista quien, que yo sepa, escribió algo concreto al respecto, incluso cuando usa un

77 Piera Aulagnier: “Observaciones sobre la feminidad y sus avatares” en P.Aulagnier-Spairani et al., El deseo y la perversión, Seuil, 1967.

vocabulario de especialista, bastante esotérico, es, paradójicamente, una analista de niños: Françoise Dolto⁷⁸.

Itinerario de una pionera.

“La sexualidad es el pecado de la psicoanálisis”, me dice un día, repentinamente, Danièle Flaumenbaum, médico ginecóloga y acupuntor, en donde iba a cuidarme. He aquí como se inició para mí el descubrimiento de la feminidad. Danièle Flaumenbaum ha integrado tanto lo genealógico en su pensamiento diario que casi no es posible consultarla sin que ella le pregunte sobre sus antepasados. Aprendí así con ella en qué modo mi madre y mi abuela materna me habían transmitido, no sólo el poder de transmitir la vida a mi vez, sino también la potencialidad del placer de ser mujer. Lo que Danièle Flaumenbaum me hizo trabajar no tenía nada de un favor excepcional. Esperando mi turno, en su sala de espera, observé a las mujeres que entraban y salían de su consulta. Se desconoce cuál es su magia, pero al salir de su casa, una ha recobrado fuerza, vivacidad interior, que contrasta enormemente con el aspecto preocupado o la expresión ausente que se tenía al llegar. Sus palabras a veces son duras, a veces enigmáticas, le escucha a Vd. cómo le habla de su vida de mujer, la examina y, a veces, le aconseja, algún libro... mientras tanto, le ayuda a ser Vd. – misma, “a dejar de ser una niña esperando al Príncipe azul”, en suma, descubrir esta Arlesiana que es para cada una, su feminidad. Tal es el sentido que Danièle Flaumenbaum quiso dar a su oficio y a sus luchas. Le pregunté un día: “¿Es merced a su clínica que almacenó Vd. Tanto conocimiento?” “No, esto, lo adquiriré en mi sexualidad”, me contestó sin más explicación.

Danièle Flaumenbaum empieza su carrera de médico ginecólogo al principio de los años 1970. El Movimiento del Planning familiar para la contracepción y la liberalización del aborto estaba en su apogeo. Participa activamente en ello. Al no entender el interés de venir al mundo sin ser bienvenido, lucha por el derecho al aborto de las mujeres embarazadas de niños no deseados. “Me parecía fundamental que las mujeres dejen de estar consideradas como conejas y que cesen las prácticas ancestrales de la fabricante de ángeles, llevadas a cabo en la clandestinidad y siempre vividas, por lo tanto, de un modo traumático, que el aborto esté por fin legalizado. La historia lo permitía. ¿qué interés para un niño, el encontrarse con una madre derrumbada por estar embarazada, y sin tener padre?”.

Su destino de ginecóloga, se lo debe a una abuela comadrona, muerta de un cáncer dos años antes de su nacimiento, de quien su madre nunca hizo el luto. “Nací durante la guerra, en 1943. Mis padres, Judíos polacos, estaban escondidos en el sur de Francia con sus dos hijas. Una circular pasaba en esa época afirmando que la Gestapo no arrestaría a las mujeres embarazadas y a las madres de niños con menos de cinco años. Mi padre, muy lúcido, pensaba que la guerra iba a durar aún mucho. Ingenuamente, me concibieron para salvar a mi madre y a mis hermanas. Me matriculé en la facultad de medicina a pesar de que estaba interesada por las lenguas.

78 Françoise Dolto: Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino, anotado y presentado por Muriel Djéribi-Valentin y Elisabeth Kouki, Gallimard, 1996 (1ª edición: Scarabée y Co/AM Métailié, 1982).

Sabía que sería ginecóloga, sin conocer los motivos. Estos estudios me fueron particularmente penosos. Los hallaba estrechos, inhumanos, dando muy escasamente respuestas a mis preguntas. De hecho esos diez años de estudios doblaban el mutismo de mi familia sobre la sexualidad. Ni una sola vez, oí hablar de sexualidad y de gozo femenino en casa, salvo un modo higienista, o como si fuera normal. La ginecología era una medicina de la madre y de la maternidad, no una medicina de la mujer. En ella, la mujer estaba reducida a una madre potencial y la primera gran revelación para mí, fue descubrir que lo maternal y la feminidad no tenían ninguna relación. Lo que las madres omiten transmitir a su hija, probablemente porque no lo saben aún claramente ellas – mismas, es la doble vocación del sexo femenino. El sexo femenino está a veces al servicio de la reproducción y, en este caso, las mujeres están en continuidad con su linaje, a veces al servicio del placer. Entonces se trata de celebrar la vida, el sexo volviéndose el instrumento de su propia evolución.

Yo misma, formo parte de la primera generación de mujeres que beneficiaron de la contracepción. En 1963, tenía veinte años y encargué un diafragma en el Planning familiar. Se importaban de Inglaterra! Al principio de los años sesenta y cinco, las mujeres pudieron empezar a beneficiarse de la pastilla, pero en el inicio, está sólo se instituyó para hacer menos pesada la tarea materna. Las parejas ya no querían tener una familia numerosa., querían ser disponibles para los niños presentes. Habían padecido demasiado por haber tenido padres indisponibles. Las futuras madres preparaban su parto. Los padres asistían al nacimiento de sus hijos.

El bebé se volvía una persona, entendía antes de saber hablar, estaba cada vez más respetado. La ecografía revelaba que el feto chupaba su pulgar y orinaba en el vientre de su madre. Los padres jóvenes dialogaban entre sí, y hablaban con su pequeño. Este bonito desarrollo de las funciones materna y paterna dio hijos llenos de salud, pero padres totalmente agotados, sin saber cómo recargarse, y repitiendo el desastre sexual de sus padres.”

La contracepción, una revolución.

“La contracepción conllevó, de hecho, un cambio radical en el modo de concebir la sexualidad. Volvió a introducir en nuestra cultura la dimensión propiamente humana de ésta, la del placer. La sexualidad ya no está entonces únicamente al servicio de la reproducción. Relacionada con el placer, la sexualidad “arraiga” al individuo en su diferencia, dándole un equilibrio, conservando su salud y permitiendo su evolución. Pero, para la primera generación de las mujeres que se beneficiaron de ella, el trabajo fue colosal. Al tomar la pastilla, la mujer indica a su cuerpo que no es el momento de hacer un hijo. Maternal y femenino aparecen, entonces, como dos instancias distintas. Una mujer no es la misma cuando se cuida de un hijo o cuando hace el amor con un hombre. Cuando hace el amor, vive su feminidad carnalmente, celebra la diferencia y la complementariedad de un hombre y de una mujer. Y cuando así celebra el encuentro, por fin libre de su cuerpo, el placer que toma y que da es lo más valioso en la conservación de la vida. He aquí lo que las generaciones anteriores no pudieron, ni plenamente, ni simplemente, vivir por el hecho que la única vía sexual autorizada era la procreación. La contracepción permitió a las mujeres el ser radicalmente diferentes de su madre y de sus abuelas. ¡Y

este nacimiento de la sexualidad femenina en la vida diaria es la revolución más importante, en la historia de las costumbres conocida por el mundo occidental!

Socialmente, sin embargo sigue siendo la maternidad la que promociona a la mujer joven en el mundo adulto y el trabajo, que la vuelve independiente de su familia. La feminidad queda desconocida, en el registro de las transmisiones madre – hija. Sigue siendo negada, como instancia estructurante permitiendo dejar su estatuto simbólico de hija, para nacer al de mujer.”

-Y la ginecología, ¿qué le hizo descubrir en este campo?

-El ejercicio de mi profesión me hizo constatar hasta qué punto la contracepción y sus problemas se referían esencialmente a la sexualidad.

Era la principal petición de mis clientas, en mis consultas de la época, entre otras al nivel de los embarazos involuntarios. Éstos se producían generalmente sustituyendo las preguntas que no habían podido comentar con su madre. Tenía pues obligación de admitir que las mujeres que solicitaban una contracepción estaban privadas de criterios, de referencia con el pasado. ¡Cuán perdidas estaban! La libertad que les daba la contracepción no les permitía ser las mujeres felices que anhelaban ser.

Necesitaban primero, para ello, construir una imagen de sí – mismas para la cual no encontraban ninguna respuesta en su madre ni sus abuelas.

Y sigue siendo así. Para algunas, las dificultades son tales que no se produce el encuentro con una pareja. No entienden por qué los hombres no se les acercan. La mayoría de veces, les tienen rencor por no seducirlas como les gustaría serlo. Entonces se vuelven víctimas de sus conceptos equivocados, conceptos que niegan la diferencia de comportamiento entre los hombres y las mujeres. Esperan, pasivas y desgraciadas, en la inconsciencia total de su encerramiento. Para otras, es bajo forma de síntomas corporales que se expresa este malestar. Esto, sobre todo cuando la relación amorosa es importante o cuando se instalan con un hombre.

Padecen entonces inflamaciones del sexo, cistitis, micosis, vaginitis. La pastilla les da nauseas, les hace engordar, las hace sentir sus pechos dolorosos, las hace pesadas, las hace sangrar, las da piernas hinchadas, las hace irritables, o disminuye su deseo sexual. Con el DIU, tienen dolor o sangran.

También hay las que no lo consiguen. La sexualidad es problemática, imposible, el deseo que tenían para con él con quien están viviendo desapareció repentinamente y sin razón aparente, lo cual es bastante frecuente después de la llegada de un hijo y sobre todo del primero, cuando la mujer se vuelve madre. O aún, es la penetración lo que cuesta, incluso imposible. Todo debe hacerse en superficie. Se quedan secas, les duele, no sienten nada, o no están presentes. Su sexo nunca ha sido realmente de ellas. Sólo puede ser vivo patológicamente: sangra o quema. En suma, siempre hay algo para impedir que los preliminares del encuentro, el coqueteo, las caricias puedan prolongarse por una recepción del pene.

Que el gozo femenino pueda tener derecho de ciudad en la vida diaria es cosa reciente. El espacio de este posible existe pero está aún silvestre. Tenemos algunos árboles, algunas flores... plantados aquí, allá, en una herencia catastróficamente vacía o falaz. Lo importante es que una nueva manera de ver y de vivir su sexualidad empiece, en nuestra época, a transmitirse. Muy pronto, alrededor de los tres años, las niñas deben estar informadas de la anatomía de su sexo. Deben saber que tienen una vagina, un útero, ovarios. Que éstos, llegados a madurez, les permitirá dar vida a su vez, pero que de todos modos, su sexo está hecho para acoger el pene y atestiguar así de la complementariedad de lo femenino y de lo masculino.

Siempre estoy conmovida al ver que las hijas de mis clientas vienen a consultarme. Estas jóvenes mujeres hablan libremente. Aún están informadas pocas veces del modo en que la sexualidad se instaló en su madre, y no siempre se atreven a preguntarle cómo la vive. Pero las mujeres jóvenes saben que estas informaciones son necesarias. Una de ellas me declaró al respecto: “Naturalmente que es importante! Es el único medio de comprender que se tiene la libertad de hacer mejor que ella. No sienten ni vergüenza, ni culpa por dar testimonio de su propia experiencia.

Saben que una relación sexual debe estar mediatizada por la palabra, que está por construir, que es un aprendizaje. Pronto, las mujeres que nos consultarán habrán tenido madres y abuelas que hayan conocido la contracepción. Pero para mi generación, la contracepción que tenía que haber permitido a las mujeres vivir plenamente su sexualidad, reveló sobre todo el camino aún por recorrer para adueñarse de su cuerpo. La mayoría de las mujeres están en la ignorancia total de lo que puede ser la gestión del placer en una vida de mujer.

Genealogía y sexualidad.

-¿Cuál es la naturaleza de los pesos que impiden a las mujeres aprovechar su libertad nueva en el plano sexual?

-Nuestra visión del mundo fue creada por las generaciones que nos anteceden, y siempre es lo que fue o no fue, su madre, lo que está en el origen de estos nudos, obstáculos que continuamente se erigen entre ellas y su deseo. El cinturón de castidad transmitido por las generaciones anteriores es muy presente. Es un dolor insoportable para ellas el deber tomar consciencia que su querida mamá no les transmitió que podían ser felices de ser sí-mismas: de ser mujeres. Pero ¿cómo sus madres hubiesen podido transmitir lo que ignoraban ellas – mismas? Disfrutar haciendo el amor, es poder gustarse a sí – misma, amarse como mujer, poder estar satisfecha de lo que una es. No olvidemos que el género humano vuelve de lejos. Antes de 1512, la mujer no tenía alma, y sólo es desde 1945, con el derecho de voto que se volvió en Francia una ciudadana con todos los derechos. En cuanto a Freud, vio a la mujer y su sexualidad como un “continente negro”. Suerte que existió Françoise Dolto. En *Los evangelios y la fe con el riesgo de la psicoanálisis*⁷⁹, y a propósito de la sombra de Dios que fecunda a María, escribe que para la mujer, la sombra

79 Françoise Dolto, Gérard Sévérin, *Los evangelios y la fe al riesgo de la psicoanálisis*, Gallimard 1996.

de Dios no es otra cosa que el deseo del hombre a quien ama. En otros términos, para la mujer, Dios pasa por el sexo del hombre amado. Pero tomar cada día el placer de recibir el sexo masculino en su vagina y darse al a quien amamos, ofrecerse a la magia del cielo que le atraviesa, necesita una seria revolución frente a lo que vivieron nuestras madres y abuelas! El decidir que aún no es tiempo de hacer hijos y poder descubrir el encuentro carnal totalmente es lo que permite a hombres y mujeres construirse adultos. Hacerse adulto significa dejar de vivir en la órbita de los que les han construido. Es poder volverse hombre o mujer antes de ser padre o madre. Y tomar la pastilla no transforma milagrosamente a las adolescentes en mujeres. Y, como que la mayoría de mujeres ni siquiera se dan cuenta que invierten su identidad en la maternidad y no en la feminidad, en general, no comprenden en nada porqué la contracepción les trae tantos inconvenientes.

La primera edición de esta obra salió en 1977 bajo el título: *El evangelio al riesgo de la psicoanálisis*, en Seuil (J.P. Delage editor). Heredando, en mayoría de una madre que no decía palabra de la sexualidad, su sexo no está en absoluto movilizado en esta aventura que es la unión carnal. Los trastornos de la contracepción son trastornos inherentes a una sexualidad que intenta vivirse y expresarse, pero que choca aún sobre numerosos obstáculos. Frente a este desfile de quejas, preguntas y enfados femeninos, al cual mi profesión me confronta desde hace más de un cuarto de siglo, entonces me decía que si había sido inventada la contracepción para hacer la vida más fácil, en el inmediato, al contrario, ésta se complicaba más. Ahora, tengo tendencia a decirme: “¡Cuán lento es el evolucionar!” Frente a su sexualidad, las mujeres carecen de instrumentos, de modo de empleo, carecen de transmisión, perdidas entre dos mundos, el mundo acabado de su madre y el que aún no consiguen crear. Al principio, no conseguía explicarme a que se debía que puedan estar enamoradas, no gozar y no entender nada a esto. El psicoanálisis me ayudó a hacerlo. Bastante rápidamente, comprendí que estos trastornos revelaban el encerramiento que impedía aún las mujeres pretender a la comunicación con el otro por el único bies del placer. ¡Siempre es difícil lograrlo mejor que su madre! Cualquier novedad debe construirse, tomar forma. El placer sexual aún no se ha inscrito en las células de la madre moderna, como pueden estar inscritos en ellas los sentimientos y el deseo. La necesidad de vivir su sexualidad de modo autónomo y nuevo, es una cosa. Otra es lograrlo, porque esto implica cuestionar otra vez una herencia de vergüenza y silencio, lo cual no puede hacerse sin un serio trabajo sobre sí - misma.

El feminismo ha permitido que las mujeres accedan a la condición humana y gracias a él, tendemos hacía el reconocimiento de la igualdad social. En cambio, no obliga a ninguna reflexión sobre la feminidad. No era su propósito, porque primero hay que existir antes de diferenciarse. De cualquier modo, la relación con el hombre ha estado planteada, frecuentemente, en términos de rivalidad, y no de trabajo sobre sí – misma.

Aún recibo a diario mujeres que tienen una enorme dificultad en aceptar la ignorancia en que son de su feminidad. La suponen adquirida o natural, pero no la relacionan ni con el placer sexual, ni la acogida del sexo masculino. Lo que hace que estas mujeres siguen, de un modo u otro, estando insatisfechas, y no es con ellas que los hombres pueden celebrar el misterio de la vida. Cuando son frías, pueden hacer llevar una vida infernal a su esposo, pero no piensan que tienen ellas algo que ver en esto.

Lo cual, por cierto, no es del todo falso. Esta noción de placer no les ha sido transmitida o ha sido criticada, prohibida. En este tipo de caso, se descubre una vez de dos, que a su madre y abuelas no les gustaban los hombres. Amaban a los niños, los padres, hermanos y hermanas y otros alter ego, pero no a los hombres. Es el “mensaje” que inconscientemente transmitieron a su hija. Un mensaje que los padres no han contradicho para poder guardarla con ellos. Lo genealógico es entonces un instrumento indispensable para ayudarlas a salir de su encerramiento.

-Vd. evoca el papel de los padres y su responsabilidad en el encerramiento de las muchachas. ¿Siguen siendo las cosas así?

-Los padres en principio desean a sus mujeres y valoran, en su hija, su estado de futura mujer. Son una bisagra indispensable para permitir a la hija liberarse de su madre. Pero los padres de nuestros padres daban miedo, y no hablaban y, en consecuencia, aún muchos padres hoy son muy pasivos, distraídos o francamente tiránicos y prohibidores.

La medicina China.

-Es Vd. también médico acupuntor. ¿Por qué haber elegido este arte tradicional?

-La acupuntura es una ayuda valiosa para mí. La medicina China tiende a regularizar una energía, el *chi* (o *Qi*) que es a la vez la del cuerpo y de la mente. El *chi*, es la energía de las impulsiones de vida de la cual habla Freud y la psicoanálisis. Entre otras, las impulsiones afectivas y sexuales.

Estas impulsiones son limítrofes, intermediarias entre el cuerpo y la mente. Los problemas sexuales de las mujeres se presentan en medicina China, como una defecto de circulación energética. Lo más frecuente, es una desarmonía, una disociación entre la parte superior e inferior del cuerpo, la energía fluyendo con fluidez en la parte superior del cuerpo mientras que debajo de la cintura, está bloqueada o insuficiente. Lo que da un vientre frío, o un vientre lleno, hinchado, con espasmos, nalgas frías, piernas más o menos hinchadas y pies fríos. La medicina China es, a este nivel, muy eficaz. Permite, no sólo volver a movilizar las energías estancadas sino también las asume en su dimensión transgeneracional. En efecto considera que los trastornos de la función sexual son generalmente debidos a *Kwei*, *fantasmas* que, almacenados en otoño, renacen en primavera. En medicina China la primavera no sólo es una estación, es la puesta en movimiento del ser, y la primavera del cuerpo, es justamente la sexualidad. Lo que perturba la libre circulación de las energías sexuales procede siempre de un embotellamiento debido a las transmisiones maternas. El perineo, este músculo de base de los órganos sexuales que está en acción en las relaciones eróticas, en los Chinos no se llama en balde “el músculo de los antepasados”. La acupuntura considera que la sexualidad es el primero de los remedios, pero para los Antiguos Chinos, la sexualidad forma parte de la higiene mental, cuando, en el mejor de los casos, en occidente, es un anexo de la higiene corporal. En una cultura como la nuestra, en la cual todo se atribuye al cuerpo, un número asombroso de mujeres y hombres ni siquiera saben invertir mentalmente su sexo. En práctica, primero hay que ayudarles a atreverse a hacerlo, para que se liberen de sus inhibiciones.

Me explico: estar inhibido es estar indisponible. Los Antiguos Chinos definen la disponibilidad de un individuo por la noción de vacío. El vacío no es una ausencia. Es hacer sitio. Para que la novedad aparezca, hay que dejarle sitio. La disponibilidad es indispensable a la comunicación y a los movimientos de los alientos. Es la condición necesaria a la aparición de lo nuevo. Si Vd. encriptó en Vd., padre y madre y que ocupan todo el sitio, no puede estar disponible para un hombre. El vacío es esto. No se puede añadir agua a un jarrón ya lleno. Es el modo en que se deja a sus padres para poder estar disponible para otra cosa. Hay que saber soltar cosas que, relacionadas con un período anterior, tuvieron su necesidad pero que, mirando al futuro, son una molestia: un exceso de “lleno”.

Para los Chinos, lo *demasiado lleno* es el primer obstáculo al dinamismo personal. En el cuerpo puede tomar formas múltiples. Se puede estar llena de aire, llena de humedad, o demasiado gorda, hacer edemas, tener hinchazones, vómitos, dolores de cabeza... todas formas de atasco debidas a un *demasiado lleno* que fija o reduce la circulación de la energía.

-¿Por qué dice Vd. que este atasco se debe a la herencia materna?

Porque la sexualidad de una mujer toma modelo en la de su madre y de sus abuelas, y que los síntomas que marcan la genitalidad se repiten de una generación a otra. He aquí un ejemplo: La Sra. B, cuarenta y cinco años, me consulta por un segundo aviso de histerectomía debido a un fibroma.

En el examen clínico, el útero no es muy gordo, pero sangra mucho. Por otro lado, se le dio un tratamiento hormonal que aumenta sus hemorragias.

Al interrogarla, me entero que la Sra. B es la última de una fratría de tres hijos. Su madre sufrió una histerectomía a los cuarenta y cinco años, y su abuela materna murió dando a luz al tercer hijo. La Sra. B se sorprende al descubrir la repetición. Le explico que sus hemorragias se deben a un útero traumatizado que es, por este hecho, átono, el cual heredó de su madre y de su abuela en este estado. Le propongo movilizar su energía al nivel de la pelvis pequeña por acupuntura. Para las hemorragias, se evita la intervención. Casos similares al de esta cliente son sumamente frecuentes. No es raro que una mujer tenga un fibroma a la misma edad que su madre o que se deprima en la misma edad que ella, y los síntomas de la procreación, enarcado, o parto difícil, embarazo extra uterino o aborto espontáneo, son también, muy frecuentemente, la repetición de un traumatismo que afectó a su madre o su abuela.

-Pero ¿cómo en estas condiciones, puede existir la feminidad?

-Si la sexualidad no está inscrita en el cuerpo, es porque no ha sido transmitida. Entonces sólo puede inscribirse en él si cambiamos de actitud.

Si seguimos siendo las hijas queridas o detestadas de nuestras madres o padres, no podemos nunca ser otra cosa que hijas. Por lo tanto hay que reconstruirse, y es el motivo por el cual nuestra cultura inventó el psicoanálisis y todas las nuevas terapias. Si el

espacio familiar en el cual crecimos no consideró la sexualidad como formando parte de la vida, si la sexualidad no existía, es inevitable que esté manchada de vergüenza, que se tenga que vivirla en el secreto, la culpabilidad, la imposibilidad de hablar de ella, cuando no es francamente insatisfactoria. Es así como se fabrican mujeres - hijas. Las mujeres – hijas tienen un deseo sexual pero sus células no están informadas.

Una cliente me contó que había interrogado a su padre referente a su sexualidad con su madre, y le había contestado lo siguiente: “Tu madre, hay que solicitarla mucho antes de que esté dispuesta. Siempre es el caso, aún hoy. Además, se necesita absolutamente un psicodrama para que pueda desearme.” Y, esto era precisamente el sufrimiento de mi cliente. La pelea, como preliminar al amor, la identificaba a su propia madre. Era como una puerta que le permitía sentir su deseo, liberándola al mismo tiempo del odio a los hombres, transmitido por la abuela materna. Trabajamos juntas, en energética, para que su pequeña pelvis pueda estar viva sin el “electrochoque” que representaba el continuo psicodrama.

Las mujeres cuyas madres amaron el amor son realmente minoritarias, pero éstas dicen, al contrario: “A este nivel, no tengo ningún problema”. Lo cual significa que una madre que toma placer a hacer el amor lo transmite automáticamente a su descendencia. Aunque no hable de ello.

El genosociograma, un instrumento necesario.

“Cuando lo que sufren impide la realización de la vida deseada, cuando siempre les duele el vientre, cuando no encuentran hombre, o que no consiguen hacer un hijo, es cuando les invito a hacer su *genosociograma*. Lo que más me asombra en este tipo de trabajo, es que no es muy difícil, pero siempre hay reticencias, emoción a la idea de empezar, como si se guardase una vigilancia natural en proteger a la propia familia incluso cuando lo que se hereda es totalmente catastrófico. En suma, el *genosociograma* es como un ritual de separación. Tan pronto como uno construye su árbol genealógico, se descubre rápidamente el lugar que se le asignó en su familia y con él, los riesgos que se corren, al mirar de frente.

Sin embargo, es muy eficaz, porque hay todo tipo de trastornos genitales que sólo se entienden volviendo a situarlos en la continuidad de las mujeres de su familia, las con las cuales una se ha construido. Es importante considerar cómo las madres, abuelas y bisabuelas se comportaron, cómo vivieron su vida de mujer y su vida de madre. La aprehensión al árbol genealógico es lo que da fundamentos, anclaje, base. Las mujeres descubren las energías de naturaleza ancestral con las cuales estuvieron concebidas, lo que deben a su madre y a sus abuelas, tanto en bien como en mal. Es un constato de realidad, una toma de consciencia, que les confiere la fuerza y esto, cualquiera sea el guión, ya que esta historia las construyó y que están vivas.”

7. Las faltas de los padres

El psicoanálisis y el padre.

La psicoanálisis deja un lugar muy importante al padre. Para Freud, el padre es primero el lugar en donde se forman los ideales con los cuales construye el niño mentalmente su futuro y va creciendo. Para Lacan, es el por quien llega la psicosis, por poco que su función “simbólica” no esté reconocida en el seno de la familia. “Pero ¿qué es lo que Lacan y la psicoanálisis entienden por “función simbólica” del padre⁸⁰?” pregunté un día a Didier Dumas.

-La simbólica se refiere al hecho que somos seres de lenguaje y el lenguaje es la única cosa que nos diferencia de los demás mamíferos. Pero a nivel práctico, el padre puesto en el primer lugar por Freud, luego por Lacan, es un padre severo, y a este nivel, el psicoanálisis cometió un grave error. En efecto, ¿qué es un padre que usa el palo, sino es el personaje que prohíbe al niño que se venga a estructurar en él? El discurso del psicoanálisis sobre la ley y la castración, en mi opinión, estorbó mucho a los hombres en su modo de ser padres. Para ellos, destaca el hecho que un padre es un látigo, un policía o un pedagogo. Tal modelo les incita a repetir a sus padres en una educación que descansa sobre la doma, como si el niño fuera un animal o un vicioso que sólo piensa en seducir a su mamá y eliminarles a ellos. Con lo cual, después de Lacan y para parodiarle, el “padre severo” es lo que persevera (juego de palabra en Francés porque padre en este idioma se dice “père” y “padre severo” (= père sévère) se pronuncia como “persevera” (= persévère) de una generación a otra. Ser padre, es primero repetir el suyo propio, reproducir lo que hizo, o no hizo, con nosotros. El padre es una función transgeneracional, pero ni Freud, ni Lacan podían ver las cosas así, ya que postularon de antemano, un inconsciente dado como individual.

Para comprender lo que es la función paterna, hay que detectarla aquí donde falla, en la clínica de las psicosis infantiles. Lacan es el primer psicoanalista que asoció la psicosis con el fallo de la función paterna. Antes de él, la psicosis siempre se consideraba como un asunto materno. Pero Françoise Dolto fue la primera en detectar que la psicosis del niño era un asunto transgeneracional. Situaba su origen en las relaciones de la madre con su propia madre.

El propio Didier Dumas es padre de dos hijos. En el momento de esta entrevista, acaba un libro en el cual describe diferentes tipos de padres, a partir de historias de hombres, mujeres e hijos que son las de su clínica.

Elabora así un cuadro de la función paterna en Occidente, de sus carencias como de sus ventajas, su objetivo siendo dar a los padres los medios para “tomar placer en observar cómo sus hijos se construyen con ellos”. Las patologías vinculadas con la carencia de la función paterna son, para él, “patologías de linaje”. Tener en cuenta esta dimensión transgeneracional de la paternidad obliga a reconsiderar la función paterna, tal como el patriarcado la había definido hasta ahora. El padre retratado por Didier Dumas es, de

80 Cf. Nina Canault, “Padre cuál es tu modo de empleo?”, *Libération*, martes 11 de octubre de 1994.

hecho, punto por punto, el que halló en el Génesis. Un texto tan desnaturalizado por las Iglesias monoteístas que su mensaje estuvo borrado durante siglos.

-Vd. atribuye a la función paterna numerosas virtudes en el seno de la familia. ¿Por qué esta insistencia en defender una función que está perdiendo terreno en nuestra sociedad, después de haber sido una de las piezas maestras de la organización jerárquica del poder de la familia? ¿No piensa Vd. que es una buena cosa que el patriarcado haya fracasado?

-Cada día constato los daños que esta desaparición de los padres provoca en los que me consultan. Y cuando abro los periódicos, son las consecuencias socio – políticas de esta situación las que destacan. ¿Qué es la delincuencia que explota en los suburbios sino una ausencia de padre?

Acoger a un niño sin padre, tal como actualmente está favorecido esto por la ley y la medicina, es totalmente dramático para la psique humana. En una época en que numerosas mujeres sueñan con hacer hijos solas, nadie les dice que es abrir gran abiertas las puertas al infierno. Cuando está aquí el hijo, sólo tienen éxito sustituyendo al padre por los terapeutas con quienes hablan de él, lo cual arregla las cosas a medias. Además, es muy oneroso. Una madre sin padre es, para un hijo, a la vez un dueño y un esclavo. Pero sobre todo es una situación sin puerta de salida. Si un hijo está criado únicamente por su madre, no tendrá nada que decir. Está puesto en posición de rey durante toda su infancia. Pero en el momento de las transformaciones biológicas y psíquicas de la adolescencia, sólo puede ser un drama atroz. Si uno lo es todo para su madre, y recíprocamente, ya no es posible dejarse, sin drama. Si la ley atribuye la primacía a la madre en la responsabilidad del niño, la paradoja es que se necesita otra ley también para que los hijos tengan derecho a divorciarse de su madre. ¡Aquí estamos!

Globalmente sufre nuestra sociedad –y tengo ganas de decir todas las sociedades desarrolladas – de una carencia espiritual cuya primera manifestación es la exclusión de los padres. El individuo, y, con más razón el hijo, no puede estar tomado en su dimensión propiamente humana, como un ser total, si está considerado como el único producto del cuerpo de su madre. El hombre y la mujer transmiten ambos tanto el cuerpo como la mente. El hijo es tanto el producto del esperma de su padre como el de los pensamientos con los cuales su madre recibió la semilla. Pero aunque debe tanto al útero de su madre como al deseo de su padre, el padre está más particularmente responsable de su estructura mental. Al no poder llevarlo en su vientre, disponiendo sólo de la cabeza para poder esperarle, está teóricamente mejor situado para concebirlo como el producto de intercambios y transmisiones mentales. La construcción mental del niño depende en primer lugar del padre, y es curiosamente lo que trata la Biblia, de un modo mucho más pertinente que lo hicieron Freud y Lacan.

Si se vuelve a ubicar este libro en el contexto animista y chamánico en que se escribió, el Génesis es una tesis magnífica sobre la construcción del psiquismo humano. Y en la Biblia, la función paterna está presentada como una función transgeneracional: a partir de lo que generan los padres en sus descendientes sobre tres o cuatro generaciones. Como padre, Caín está en el origen de los que perpetúan el crimen, la vendetta y el integrista. Inversamente, Abraham es el primer padre de un linaje de hombres que van a dar

nacimiento al pueblo de los elegidos. En negativo como positivo, la función paterna está dada como lo que funda y mantiene la solidez de los linajes, lo que ordena la sucesión de las generaciones. Si un padre ha sido humillado, su descendencia querrá reparar este insulto lo antes posible. Irremediablemente, el hijo vengará a su padre, porque lo lleva en él. Por lo tanto, cualquier padre humillado por la ley o el poder en función, engendra, veinte años más tarde, desorden social, locura o delincuencia. El padre es una instancia que, en el ser humano, determina la rectitud, la consciencia y el honor. A este nivel, es una función que se constituye en la sucesión de las generaciones, con lo que fueron todos los padres de sus linajes.

La Biblia es el texto fundador de un patriarcado que fue, es verdad, tan loco como tiránico y por lo tanto, para contestar a su pregunta, no reivindico en absoluto el antiguo patriarcado que se elaboró sobre la exclusión de lo femenino y, por este motivo, fue particularmente mortífero.

De hecho, no puede haber padre sin madre, ni madre sin padre. Son dos funciones indisociables y complementarias. Si, en una pareja, la mujer no soporta, o simplemente no es feliz, observando como su hijo se identifica a este otro que es su padre, si ya no está enamorada del con quien hizo a este hijo, frecuentemente ya ni siquiera es posible que el hombre se dé cuenta en qué se le parece su hijo. Porque si no puede hablar de esto con la madre, generalmente, no ve cómo el hijo se identifica a él. Pero cosa más grave, la madre impide que su hijo se construya mentalmente, es decir pueda pensarse autónomo, lo cual depende específicamente de la identificación con el padre.

El hombre no solo existe en su cuerpo. Existe también en su lenguaje, en sus estructuras mentales, en su pensamiento. Esta forma de existencia le importa mucho más que su cuerpo porque es capaz de sacrificar su vida por sus ideas. Hace ya unos treinta años que se está modificando la ley en nombre de los derechos del niño, pero olvidando simplemente que la primera necesidad de un hijo es poder construirse. Queda pues el problema de saber cómo y en qué base, construye el niño sus estructuras mentales. Y, si el útero es la matriz de la existencia corporal, el nombre del padre es la de la existencia mental. Cuando un padre da su nombre a un hijo, no sólo cumple una mera formalidad, un acto anodino.

Lo acoge, en verdad, en su aparato psíquico, para que arraiga el suyo. Le ofrece un lugar a partir del cual establecerá sus reglas de vida, su moral, sus ideales y su solidez psíquica. El hombre se prolonga tanto como la mujer en su descendencia. Se reproduce mentalmente a través de su hijo, sabiendo que un día, éste le sustituirá ya que sabe que es mortal.

La construcción mental del hijo está a la imagen de la del cuerpo, se elabora a partir de los materiales psíquicos cogidos al exterior de sí: las palabras y los pensamientos de los padres. La identificación es el mecanismo que permite esto. El niño duplica así todo lo que, en la psique de los padres, es necesario para su propia construcción y para las preguntas que se hace al crecer. Si su madre no le da un padre con el cual identificarse, corre el riesgo de no poder volverse otra cosa que el doble de su madre. Lo que permite que un niño sea él – mismo, persiga su evolución, es la posibilidad de coger materiales

físicos a veces en su padre, a veces en su madre, para poder proseguir esta búsqueda fuera de su familia, identificándose con todos los humanos. Pero, al principio, esto se basa en el derecho a identificarse a un padre.

Siempre esta cuestión plantea enormes dificultades a las mujeres. Éstas no piden en absoluto a los hombres que sean padres, sino que las ayuden a ser madres y, al final, les piden que asuman las carencias de poder de su propia madre. Esta problemática se plantea en casi todas las curas de mujeres. Cuando hacen hijos, repiten a su madre y no se dan cuenta en absoluto que lo que piden a los hombres les impide ser realmente padres, es decir un exterior para el niño, otro lugar de arraigamiento diferente del cuerpo de ellas. Y se llega a esta situación de hoy que reviste una gravedad importante o sea que el número de familias monoparentales – madres que crían solas a su(s) hijo(s) – alcanza el porcentaje de 30% sin contar el hecho que un niño sobre dos (56%)⁸¹ ya no vuelve a ver a su padre después del divorcio de sus padres.

El fracaso histórico del estatuto paterno.

-¿A qué atribuye Vd. esta destitución del padre que se ve operando durante estos últimos treinta años?

-El siglo XX es a la vez el siglo en que el hombre occidental intenta desesperadamente poner fin a la barbarie con la cual, en el siglo anterior, la burguesía triunfante le hizo considerar su cuerpo y su sexualidad, y en el que la ciencia se ha hecho, en cierto modo, la mitología de las ideologías materialistas. Las creencias materialistas contribuyeron a disolver cualquier pensamiento referente a la transmisión de la mente y, con él, el estatuto paterno que es su eje. La paternidad sufrió una degradación en el seno de la familia, cuya primera causa es la ley del 4 de junio de 1970, poniendo fin a las nociones de “jefe de familia” y de “autoridad paterna”. ¡Desde entonces, año tras años, no se para de enmendar esta ley! Pero el daño está aquí. Ya nadie parece saber de qué sirven los padres. También la ciencia contribuyó mucho en esto. Para la biología médica, el padre se reduce a una gota de esperma, la necesaria para fabricar bebés en probeta. Sobre este tema, estoy totalmente de acuerdo con Geneviève Delaisi de Parseval⁸². Fuera de la eyaculación, los médicos no tienen ninguna representación de lo a qué puede llegar a servir un padre.

Aplican a madres humanas, técnicas elaboradas y corrientemente utilizadas para la reproducción animal, sin darse cuenta que una hembra humana no hace a sus hijos como una vaca, y que el futuro papá debe, para pasar del estado varonil al de padre, “llevar” él también, a su hijo. En nuestra cultura, nunca se tiene en cuenta lo que viven los hombres al pasar del estado de hombre al de padre. No tienen tampoco en cuenta el luto del niño del hombre cuando la compañera abortó contra su voluntad, lo que está subrayado muy oportunamente por Geneviève Delaisi de Parseval⁸³.

81 Jean-Claude Guillebaud, “El fracaso de los padres”, *Le Nouvel Observateur*, 10-16 marzo 1994.

82 Geneviève Delaisi de Parseval, *La parte del padre*, Seuil, 1981.

83 Geneviève Delaisi de Parseval, op. cit. p. 306.

Actualmente, existe un matrimonio oculto entre las madres y los médicos, y esta alianza oculta, jamás mencionada como tal, toma la relevancia al tradicional dúo entre curas y devotas del siglo XIX que, en esa época, ya obró para hacer que los padres sean inútiles. Si las madres hallan un apoyo en la Iglesia, la medicina, el policía o el Estado, en vez del hombre con el cual hicieron a su hijo, lleva irremediablemente a un cierre incestuoso madre – hijo en el cual está expulsado el padre.

Son fórmulas que sólo consiguen poner al hijo en situación de ser el único objeto de disfrute y satisfacción de su madre. ¡Y este modo silencioso y solapado de excluir a los padres nunca se denuncia!

-Dice Vd. que el padre lleva también al hijo durante el embarazo de su mujer. ¿Pero en qué modo?

-Lo lleva en su cabeza, en sus estructuras mentales, en su deseo. Y, a este nivel, no hay ninguna duda para mí, que existe una comunicación muy precoz, de ser a ser, entre un feto y sus dos genitores. Cuando hacen el amor sus padres durante el embarazo, el feto encuentra a su padre a través de su sexo. Lo cual sitúa ya su capacidad para construirse en la relación con su padre. Entre mis clientes, tengo varios casos de embarazo en que son los hombres quienes, los primeros, detectaron el embarazo de su compañera. Lo cual demuestra, en mi opinión, la existencia de una comunicación existente entre el embrión y su padre. En nuestra época y en nuestra cultura, esto parece inverosímil, pero es, de hecho, el punto de vista defendido por todas las tradiciones. El ritual de la incubación lo demuestra.

Geneviève Delaisi de Parseval, que asocia brillantemente la etnología con la psicoanálisis, presenta un panorama de estos rituales con los cuales numerosas sociedades acompañan a los padres que están en la espera de un hijo. Los rituales de incubación son rituales de paso del estado varonil al de padre. En los Indios Mohave, el padre está bañado, al nacimiento del hijo, bien por su madre, bien por su mujer, como el bebé. Explican que es para ayudar al padre a regresar al estado de dependencia neonatal, lo cual le permite comunicar mejor con su hijo. La incubación ritual existió absolutamente por todas partes en el planeta: Japón, China, Malasia, Estados – Unidos, América latina, Irlanda, Holanda, Albania, Cipro, Córcega, Bearn... Por todas partes, se trata de nutrir espiritualmente la relación del hijo con su padre. Tomemos otro ejemplo, el de los Indios Hopi, tan pronto como la mujer deja de tener sus reglas, su esposo se pone en cama y se pasa nueve meses acostado para facilitar la relación telepática con su feto. Lo cual tiene por objetivo el dar al feto la fuerza de afrontar la vida. Contrariamente a lo que sucede con demasiada frecuencia en nuestra cultura, el Indio Hopi no ignora que concebir a un hijo, implica tanto a su espermatozoide como a sus estructuras mentales. En Occidente, apenas se empieza a descubrir los trastornos que padecen ciertos hombres durante el embarazo de su mujer: pérdida del apetito, dolores de vientre, vómitos, caprichos similares a los de las mujeres, toma de peso, insomnio persistente, dolores de cabeza y de riñones, trastornos sexuales, pelea, fuga o miedo... Pero el hombre occidental nunca hace el nexo entre estos trastornos y el embarazo de su mujer, y ni siquiera piensa en indicarlos generalmente. El médico suele estar en la misma ignorancia que él. Durante su embarazo, las mujeres tienen un séquito de especialistas para cuidarse de ellas, pero los padres, “reman”

lamentablemente. Para ellos no existe ningún lugar en donde hablar del cambio que señalan estos trastornos, que son los del “embarazo paterno”.

Sin embargo, señalemos en este desierto que deben atravesar los futuros papas, una oasis que se llama “haptonomía”. Es el arte del tacto y del sentir en su dimensión íntima y afectiva. Una práctica relativamente reciente, inventada por Frans Veldman⁸⁴ y propuesta durante el embarazo a los padres deseosos de comunicar con su feto. En la haptonomía, este encuentro se realiza mediante la voz y las manos del padre que aprende a llamar al hijo por pequeñas presiones en la barriga materna. Se descubre que muy pronto un feto es capaz de comunicar con su papá. Lo cual significa que el hijo, incluso al estado fetal, no se construye únicamente en la relación con su madre. La diada, que al principio, forma con ella, es evidente porque está doblada de una dependencia material, la dependencia del pecho. Pero, luego, más tarde, en la edad de la adquisición del lenguaje, la edad edipiana, se percibe más difícilmente que el hijo tiene una relación de diada con su papá, porque esto no se traduce por un cuerpo a cuerpo como lo es con la madre. Es una comunicación espiritual, en la que tienen prelación los intercambios verbales.

La funcionalidad paterna.

-Hablemos de la función del padre en un nivel más práctico. ¿Cuál es su papel en la vida cotidiana?

-Los padres no tienen nada más que hacer que vivir con sus hijos y observarles como se construyen con ellos. No han de hacer nada especial para educarles, salvo saber hablarles, discutir con ellos y amarles. Le contesto así porque el deseo consciente de un padre de que su hijo haga tal o cual cosa, estorba, tan pronto como se le impone, el modo en que se identifica el hijo naturalmente con él, aun cuando el padre no se dé cuenta, porque la identificación es un proceso primero inconsciente. En la relación con un padre, lo más importante es poder identificarse con él, porque es así como el hijo duplica sus funciones mentales, su viveza mental, su gusto por la música o el ajedrez, tal o cual defecto y mil otras cosas aún. Estos procesos se producen muy, muy pronto, antes de los siete años. Por lo tanto, para que estas transmisiones inconscientes se hagan muy naturalmente, sobre todo no hay que estorbar al hijo pidiéndole que sea otra cosa que lo que somos nosotros – mismos. Y como el único modo de disolver un *fantasma* es hablar de él, lo más importante es la capacidad de hablar al hijo. El verdadero problema siendo aquí que los padres no saben que son un lugar de identificación. No tienen consciencia del modo en que sus hijos se construyen con ellos, y no pueden darse cuenta de ello mientras no intentan reflexionar en ello con su esposa. Al no hacerlo, esto les lleva a veces a preguntarse si este hijo es bien suyo tanto como el de su compañera. Entonces hay que darles los instrumentos que les permitan observar y comprender cómo su hijo se identifica a ellos, se construye con esto que son y, primero que todo, con sus estructuras mentales. Un padre no es un pedagogo, en cambio le pertenece a él proponer pedagogos a su hijo. Él no debe enseñárselo todo. En las culturas tradicionales es más simple; su un padre es

84 Bernard This, “Fetología... Fiesta en casa”, artículo sobre Frans Veldman sobre lo que hizo y lo que fundó: la “haptonomía”, “El Alba de los sentidos”, en *Los Cuadernos del recién nacido*, n° 5, obra colectiva bajo la dirección de Etienne Herbinet y de Marie-Claire Busnel, Paris. Stock, 1981, 1989, 1991.

herrero, su hijo se vuelve herrero. El oficio se transmite de padre a hijo, y se adquiere ante todo por identificación inconsciente, en la pequeña infancia. En nuestra sociedad en la cual las cosas evolucionan muy rápidamente, cada generación debe parcialmente modificar los modelos transmitidos por la anterior. Actualmente, estamos confrontados con una evolución de las técnicas y modales muy rápidamente. Nunca hemos conocido nada parecido en la historia de la humanidad. Por lo tanto ya no se trata de tomar forzosamente el oficio de su padre, lo cual se limitaría a reproducirle socialmente. Sin embargo existe una continuidad genealógica entre padre e hijo, en obra dentro del dinamismo social de una ciudad como la nuestra, en que todo evoluciona muy rápidamente. La más conocida siendo la referente al padre campesino, el hijo maestro, y en la tercera generación, el nieto hace estudios superiores.

Los fantasmas paternos y su transmisión.

-Llegamos a la dimensión transgeneracional de la función paterna que evocaba Vd. antes. Finalmente, el hijo hereda tanto de los traumatismos de su linaje paterno como de su evolución espiritual. Pero ¿cómo se realiza esta transmisión, ya que dice Vd. precisamente que no hay cuerpo con cuerpo entre ellos?

-Justamente, es en el momento de la “diada identificatoria” con su padre cuando el hijo puede tomar en su cuenta *fantasmas* del linaje paterno. El niño tiene más tendencia a hacerlo que la niña, porque en la relación de diada con su padre, construye su identidad sexual. La identidad sexual de los hombres se construye en continuidad de la de su padre y la de las mujeres, al retomar la relación de su madre con la sexualidad. La construcción de la sexualidad es transgeneracional, implica una transmisión “vertical” de padre a hijo y de madre a hija. En *La sexualidad masculina*⁸⁵, cuento el caso de un muchacho cuyo “donjuanismo” procedía de un síntoma paterno que se le había ocultado. Estaba obligado a una sexualidad agotadora. No podía encontrar a una mujer sin estar obligado a honrarla. Su psicoanalista reveló que, cuando era pequeño, su padre que era militar, había tenido un accidente que había tocado el canal uretral y lo había hecho impotente. Este hombre sabía vagamente que su padre había tenido un accidente, pero ignoraba las consecuencias sexuales. Y sin embargo, toda su libido se había construido en referencia a este drama. Su donjuanismo tenía por único muelle inconsciente el remediar a la impotencia de su padre y se resolvió después de que descubriera que el accidente de su padre le había hecho impotente. ⁸⁵ Didier Dumas, *La sexualidad masculina*, Albin Michel, 1990. A este nivel, las transmisiones inconscientes son mucho más sólidas que las conscientes, porque este hombre tenía el sentimiento de nunca haber tenido la menor relación consistente con su padre! Tal es la realidad del *fantasma* y de la transmisión genealógica en linaje paterno. El inconsciente ocupa el primer lugar.

-Y cuando se trata de una hija, ¿suceden las cosas del mismo modo? ¿O bien la naturaleza de su sexo la protege de los fantasmas de su linaje paterno?

-No, esto no la protege en absoluto. La hija se construye primero en la identificación con su madre, pero se construye tanto como el hijo en la relación afectiva con su padre. Puede, pues, como él, heredar de los traumatismos de su padre. Es tan vital para la hija como para el hijo darse una representación de la sexualidad del padre. Las cuestiones

edipianas llevan sobre lo que diferencia a los hombres de las mujeres pero también y sobre todo sobre el origen: ¿de dónde vengo, y adónde voy? ¿Cómo nos reproducimos? Chico o chica, los hijos deben poder representarse que son primero salidos del cuerpo de su padre o si prefiere Vd., que su madre tuvo una relación carnal con un hombre, lo cual hace que estén aquí. Es la primera clave del Edipo. Hay que nombrar los testículos del padre para significar al hijo que salió del cuerpo de un padre, antes de haber salido del de su madre. En los hombres, varias veces, constaté la necesidad de algunos en revivirse hasta la fase de espermatozoide. Siempre son hombres a quienes no fueron nombrados los testículos en la edad de Edipo. Si el chico no ha sido informado en el momento adecuado, es decir en la edad edipiana, antes de los siete años, que la sexualidad humana no es partenogenética, esto puede causar luego graves síntomas. Pero en lo que a construcción femenina se refiere, el descubrimiento del sexo del padre es igual de importante, y los *fantasmas* paternos pueden también marcar su genitalidad.

Tomemos el ejemplo de la cliente con la cual lo descubrí. Había decidido emprender un análisis después de dar a luz a su primer hijo porque, desde su parto, era incapaz de hacer el amor con su marido. Tan pronto como se acercaba a ella, la cogía un pánico incontrolable, dolores abdominales y náuseas. Tenía mucha vergüenza porque seguía amándole y no imaginaba vivir sin él.

Durante los dos primeros años en que vino a verme, su cura se desarrolló muy normalmente. Exploró su infancia, su propio nacimiento así como el de su madre. Reanudó estudios, cambió de profesión y su marido, muy interesado por el trabajo que ella hacía conmigo, emprendió él también un análisis. Todo iba cada vez mejor salvo que el síntoma para el cual me había consultado iba agravándose. Ya ni siquiera podía soportar dormir en la misma cama que su esposo. Tenían que tener cada uno su habitación. Y sucedió lo que tenía que ocurrir. Él-mismo, agotado, le pidió el divorcio.

Entonces, me trajo todo tipo de sueños a los cuales no entendía nada, pesadillas que ponían en escena crímenes de niños acompañados de todas las formas de sadismo. Pero, sobre todo, y contrariamente a su costumbre, le era imposible asociar nada a estas imágenes de terror. En uno de estos sueños, era presa con su marido en un barco. La habían atado al pie del mástil y, bajo sus ojos, marineros cogían a niños por los pies para romperles el cráneo, antes de tirarles al mar. Podía entender que este sueño me estaba dirigido, o sea que se trataba aquí de un sueño de transferencia, ya que se representaba ella al pie del mástil: al pie de Dumas. Pero también se tenía que considerar que lo revelado por el sueño procedía de alguna parte. Se lo dije y ya que habíamos explorado sus linajes paterno y materno sin hallar la menor huella de bebé muerto, añadí que se trataba probablemente de un acontecimiento que ella ignoraba, un no-dicho o un secreto familiar referente a la muerte y al hijo.

Ya en la sesión siguiente, había hallado ella la clave de este misterio.

Había pasado el fin de semana interrogando a sus padres. Su padre había visto como moría su propia madre cuando tenía tres años, lo que yo ya sabía. El abuelo se había vuelto a casar, pero la de sus mujeres que ella había conocido, la que ella había llamado “abuela” no era su segunda esposa, como siempre lo había creído, sino que era su tercera

esposa. Entre ambas, se había casado con una mujer de la cual se había separado. Uno de los motivos de su separación era que esta segunda esposa de su padre había tenido cinco bebés muertos al nacer, seguidos. ¡Esto era lo que volvía en los sueños de mi clienta!

A partir de entonces, pudo encontrar una vida sexual normal. Las crisis de pánico que la cogían a la idea de hacer el amor habían brotado en el momento en que había permitido al hombre a quien amaba, de ser padre.

Pero, de hecho, procedían de la herida que había sido, para su propio padre, este alud de bebés muertos. En la edad en que se integra la sexualidad, había perdido a su madre y debido adoptar a otra. En esta edad, aún no se tiene genitoria capaz de hacer hijos, pero se construye su sexualidad idealizando la de su padre. Y, este hijo veía el sexo de su padre brutalmente reducido a la impotencia por esta serie de bebés muertos. Cuando se volvió padre a su vez, el luto imposible de estos bebés muertos se transmitió a su hija, mi clienta, bajo forma de un síntoma trabando su vida amorosa. -En su primer ejemplo, el *fantasma* vuelve a brotar en la segunda generación, mientras que en el segundo, sucede en la tercera. ¿En cuántas generaciones puede transmitirse, en su opinión?

-Esto depende: en general, las transmisiones padre- hijo, implican las identificaciones del hijo con su padre, pero también con su abuelo, o sea tres generaciones. Tres generaciones bastan para permitir al hijo representarse lo que será su vida. En el curso de su vida, un ser humano debe, tanto ocupar el lugar del hijo, el de padre, luego el de abuelo. Su padre y su abuelo son pues modelos inevitables. Y, aunque Freud no haya podido ver las cosas así, la pregunta que hace la Esfinge a Edipo: “Cuál es el animal que, por la mañana tiene cuatro patas, al mediodía tiene dos y por la noche tiene tres, y que es el más débil cuando tiene más patas?” significa estas tres grandes etapas del destino humano. Del mismo modo, en la Biblia, no hay padre a menos de tres generaciones. Desde el punto de vista bíblico, debe haber habido una sucesión de tres generaciones de hombres que asumen el hecho de ser padre para que, en un linaje, exista la función paterna. Por lo tanto, si alguien quiere trabajar su propia estructura, le basta explorar su árbol genealógico sobre tres generaciones.

-Cuando contó Vd. la historia de Juan – Miguel, este adolescente autista de nacimiento, que no podía mirar a su madre en los ojos⁸⁶, por una parte Vd. me dijo que le hizo falta remontar a la cuarta generación de su genealogía, y por otra parte, sobre todo me habló de su linaje materno.

-Es verdad, no le hablé de su padre; pero si éste no hubiese sufrido de un fantasma, bastante similar al de su esposa, hubiese podido, por el mero hecho que Juan – Miguel se identificaba a él, permitirle no recoger por su cuenta el *fantasma* responsable de su autismo. Este hombre se había encontrado brutalmente huérfano a la edad de cinco años. Reclutado, su propio padre había sido matado el tercer día de la última guerra mundial y su madre se había reunido con él en la muerte algún tiempo más tarde, después de haber

86 Para la historia de Juan - Miguel, -ver el primer capítulo-

sombrado en la locura. Al no haber tenido padres, casi, de hecho, podía difícilmente ser padre. Al nacimiento de Juan Miguel se había puesto a trabajar frenéticamente, algo como noventa y dos horas por semana. Lo había hecho para nunca estar en casa. Y esto, debido al terror que le inspiraba la relación madre/hijo que acababa de crear. El enfrentarse con una madre que se volvía loca, en su infancia, un traumatismo terrible que seguía obsesionándole. Del lado del padre, he aquí lo que había encontrado Juan Miguel al identificarse a él. Entre una madre a quien no podía mirar en los ojos, por miedo a descubrir la locura asesina de dos bisabuelas que empujaron a sus esposos al suicidio, y a un padre gravemente traumatizado por la locura de su propia madre, de ambas partes, las estructuras del inconsciente familiar le ofrecían una visión fantomática de lo maternal a tal punto aterradora que había hecho falta que se recogiera en el autismo. Y sin esta “estereofonía” en la genealogía parental, Juan Miguel probablemente no se hubiese vuelto autista.

Este caso fue muy instructivo para mí. Primero me enseñó a ya no limitar la exploración del pasado genealógico de mis clientes a sus abuelos.

Para comprender el peso de una herencia ancestral, basta, en la mayoría de casos, remontar a tres generaciones. Hay otros en que es indispensable ir hasta la cuarta. En cambio, es bastante raro que se tenga que remontar más lejos. Por esto, para anticipar, como lo hace el texto bíblico, que “la falta de los padres sea transmitida en tres o cuatro generaciones”, sólo podía llamar mi atención. Para mí, esto quiere decir que el ciclo de las transmisiones genealógicas suele referirse generalmente a tres generaciones, lo cual vincula el abuelo, el padre y el hijo, pero que, en algunos casos, para comprender, en particular la aparición de un niño autista, hay que saber buscar el origen en cuatro generaciones. En resumen, descubría, escrito negro sobre blanco, en la Biblia, lo que había tardado varios años en comprender y admitir.”

Conclusión.

Los libros sagrados son inagotables por poco que los hombres tengan la libertad de leerlos e interpretarlos. La Biblia es uno de ellos. Al interrogar sus textos, focalizan en un juego de imágenes fuertes y puras los tormentos que conocen el individuo, la sociedad y el siglo, al modo de un sueño que nos hablaría tanto de lo que hemos vivido como de lo que viviremos. En ellos, están como estrechamente entrelazados, pasado, presente y futuro. Tal fuente de conocimiento no puede dejar indiferente al clínico del alma, este descifrador de sueños de los tiempos modernos, y los psicoanalistas cada vez son más numerosos en darse a la lectura de la Biblia.

-Dígame lo que cuenta la Biblia referente a la “falta” pregunté a Didier Dumas que se ha vuelto, en los últimos años, un especialista en *mitoanálisis*⁸⁷. ¿Es un error de juicio o una mala acción?

-La primera vez en que aparece este término en el Génesis, es a propósito de Caín. Dios le pone en guardia: “Desconfía, la falta está al acecho, lista para brotar en ti” le dice en sustancia, justo antes de que Caín mate a su hermano Abel. O sea, la falta no está presentada como estando aquí, antes de estar cometida, como una emergencia del inconsciente. Ya en el verso siguiente, Caín mata a Abel y, esto, en vez de hablar con él. Una de las traducciones del texto bíblico, la de Andre Chouraqui, es muy explícita en cuanto a significar la imposibilidad en la cual se halla Caín de expresar la menor palabra: “Caín dice a Èbèl, su hermano... y es cuando están en el campo, Caín se levanta contra Èbèl, lo mata.⁸⁸” Caín abre la boca, pero no sale ningún sonido, como lo indican los puntos de suspensión. Caín está desbordado por sus emociones, incapaz de controlar la ira que se apoderó de él al ver que su ofrenda a Dios no recibió su agrado, como la de su hermano Abel. Lo que el texto llama “la falta” es pues una carencia de palabras, una imposibilidad de hablar que, al enmudecer a Caín, le llevará al asesinato.

Por lo tanto, sean las que sean, las faltas no expresan otra cosa que las carencias de palabra: son *impensados*, hiatos en el sistema de representaciones con el cual afrontamos el mundo y que transmitimos a nuestros descendientes. Es, creo, el sentido que la Biblia da a este término.

El Antiguo Testamento es un texto cuya fuerza es la de poner el acento sobre la necesidad para el hombre de asumirse como un ser de lenguaje. El pecado no está, como quisieron hacérselo creer los curas, relacionado con el placer erótico. Es el hacer al hijo en el cuerpo antes de haberle concebido en el verbo, es tomarse por un mamífero olvidando que somos, ante todo, seres de lenguaje.

El estudio de los árboles genealógicos permite precisamente comprender cómo estos impensados juegan un papel en la extinción de una familia. Un exceso de fantasmas y se ven los linajes que desaparecen por un cáncer, psicosis del niño, suicidio u otro accidente

87 La mitoanálisis es un término inventado por Didier Dumas para designar la lectura de los textos sagrados y mitos a partir de la teoría del inconsciente transgeneracional.

88 Génesis, capítulo verso 7, traducción André Chouraqui, Desclée de Brouwer, 1989.

de la vida. También se ve cómo la vida y la muerte se transmiten en las familias. -Pero la Biblia atribuye a los padres, exclusivamente la responsabilidad de la transmisión de la falta. En su opinión, ¿quien es responsable de ella: los padres, las madres o ambos?

-La Biblia funda el patriarcado, lo cual asigna a los padres una labor de palabra, palabra que, para recoger la imagen bíblica, permite en un rebaño, separar el corderito de su madre. La función paterna tiene por tarea reponer palabra ahí donde sólo hubo cuerpo. Al nacer, un hijo se encarna antes de saber hablar. Sabiendo comunicar por el cuerpo con su madre, es cuerpo antes de ser verbo. Y la mujer también, ineluctablemente, ya que da el cuerpo, ya que está del lado de la función materna. No es que la mujer sea mala como lo pensaban los sacerdotes en la Edad Media. En mi opinión, la persiguieron sólo para fetichar mejor a su madre. Pero, contrariamente a lo que dijeron, la fuerza de la Biblia es justamente el no haber puesto la falta sobre Eva. La historia de la serpiente cuenta que la mujer es quien excita al hombre⁸⁹. ¡Por suerte! Si tuviéramos que hacer esto solo, carecería de interés! Pero también dice que si las madres cometen faltas, son los padres quienes llevan la total responsabilidad de ello porque son ellos los que han de separar al hijo de su madre. ⁸⁹ Nina Canault. "Inmersión psicoanalítica en la Biblia", en La Actualidad religiosa, n° 128, 15 diciembre 1994.

Y aquí también, la historia de Juan Miguel me fue una enseñanza valiosa para comprender esta distribución molesta de los papeles en las transmisiones mentales. Se necesita una complicidad paterna y materna en los *impensados*, para que el niño recoja por cuenta suya un *fantasma*, porque, basta que cualquier traumatismo, por más grave que sea, esté hablado en vez de estar callado, para que desaparezca. El fantasma se transmite cuando el padre juega el mismo papel que su esposa y que esconde, él también, la verdad a los hijos sobre un acontecimiento trágico o doloroso de la historia familiar. Y si lo hace, es generalmente para no causar pena a su mujer. El de Juan Miguel no podía disolver la herencia defectuosa del linaje materno de su esposa porque era, ya se lo dije, llevador de un fantasma similar al suyo. Le era imposible "separar el cordero de su madre", debido a sus propios *fantasmas*. Y si el padre no puede contra - equilibrar a la madre, ser para el hijo un espacio de construcción otro y diferente de ella, permitiéndole elaborar su identidad mental, en resumen, si el padre se comporta como una madre o un doble de la madre, chafa a su hijo.

La enfermedad mental, desde la neurosis a la psicosis, siempre es, en mi opinión, un defecto de la función paterna. Lo cual quiere decir que si los padres se comportan como madres, o si avalan el papel de las madres sin pensar en su propio papel y en su poder, esto da hijos que, como lo atestigua toda mi clientela, tienen la sensación de jamás haber tenido ocasión de encontrar a su padre. Y éste es el problema más grave de nuestra época.